



# ANDES

AGOSTO 1985

Santiago - Chile.

Nº 3

ADAPTACION Y CAMBIO EN LOS ATACAMEÑOS.  
LOS INICIOS DEL PERIODO COLONIAL,  
SIGLOS XVI Y XVII.

*José Luis Martínez C.*

LA SOCIEDAD CHILENA DEL SIGLO PASADO  
VISTA POR LOS VIAJEROS EXTRANJEROS.  
(1811 - 1851)

*Carlos Maldonado Prieto*

LA REPUBLICA SOCIALISTA DE 1932.

*Patricio Mason*

LA MODERNIZACION DEL SUBDESARROLLO:  
EL SALVADOR. 1858 - 1931.

*E. Bradford Burns*

PARA UNA COMPRESION DE LA  
CULTURA POPULAR.

*Carlos Ossandón B.*

CONSIDERACIONES ACERCA DEL CONCEPTO  
DE CULTURA POPULAR.

*Mario Berríos C.*



IEC  
Instituto de  
Estudios  
Contemporáneos

*Director: Patricio Quiroga Z.*

*Consejo de Redacción: Carlos Maldonado, Jorge Núñez, Patricio Quiroga, Robinson Pérez.*

*Comité Consultivo:*

*Antonio Cavalla, Eugenio Alcamán, Bradford Burns (EE.UU.), Anne Marie Flückinger (Suiza), Juan Carlos Gómez, Timothy Hardy (EE.UU.), Humberto Lagos, José Luis Martínez, Roberto Naduris (EE.UU.), Alexander Schubert (RFA), César Yáñez (España). (RFA), César Yáñez (España), James Petras (EE. UU.).*

*ANDES es un órgano de difusión del Instituto de Estudios Contemporáneos (IEC).*

*Aparece tres veces al año.*

*Los artículos publicados son responsabilidad de sus autores y no reflejan necesariamente la opinión del IEC.*

*El presente ejemplar es de circulación privada y no persigue fines de lucro.*

*Toda colaboración y correspondencia relativa a la publicación deberá dirigirse al Instituto de Estudios Contemporáneos, San Antonio 378, of. 911, 9º piso. Casilla 4053. Correo Metropolitano. Santiago-Chile.*

*El IEC es una iniciativa de científicos sociales que buscan una renovación del pensamiento social. El Instituto, fundado a principios de 1984, en Santiago de Chile, privilegia los métodos de análisis de la Ciencia Política y principalmente la Ciencia Histórica.*

# Portal del Socialismo Chileno Biblioteca Clodomiro Almeyda

Diagramación: Jaime González J.  
Montaje: Mario Arancibia

*Ejemplar no comerciable.  
Editado con el exclusivo propósito  
de difundir las ciencias sociales en  
el país. (Ley Nº 16.271).  
Septiembre 1985.*

Taller "El Gráfico"  
Caliche 812 - F. 378870  
Santiago - Chile

## PRESENTACION

El Instituto de Estudios Contemporáneos pone a disposición del público lector un nuevo ejemplar de nuestra publicación ANDES.

En el presente número se entregan —como es habitual— avances de investigaciones en el plano de la ciencia histórica. Al mismo tiempo, y por primera vez, entregamos a la crítica pública, los primeros estudios de las recientemente creadas áreas de Antropología—Etnohistoria y Filosofía.

Reiteramos al círculo que accede a nuestra publicación, que de acuerdo a nuestra vocación pluralista, las páginas de ANDES están abiertas a los aportes de los estudiosos de la realidad nacional e internacional.

Las monografías y ensayos que se publican en este ejemplar, como es de público conocimiento, intentan la búsqueda de respuestas a interrogantes del desarrollo en diversos aspectos de la vida social.

En el marco anteriormente señalado toda crítica y sugerencia será un aliciente para futuras investigaciones y profundizaciones de trabajos en perspectivas de desarrollo.

EL DIRECTOR

## INDICE

- Adaptación y cambio en los Atacameños.  
Los inicios del período colonial, Siglos XVI y XVII  
José Luis Martínez C. 9
- La sociedad chilena del siglo pasado vista por los  
viajeros extranjeros. (1811 - 1851).  
Carlos Maldonado Prieto 27
- La República Socialista de 1932.  
Patricio Mason 71
- La Modernización del subdesarrollo:  
El Salvador 1858 - 1931.  
E. Bradford Burns. 89
- Para una comprensión de la cultura popular.  
Carlos Ossandon B. 121
- Consideraciones acerca del concepto de  
cultura popular.  
Mario Berríos C. 127
- Reseña Bibliográfica 139

## ADAPTACION Y CAMBIO EN LOS ATACAMEÑOS. LOS INICIOS DEL PERIODO COLONIAL, SIGLOS XVI Y XVII

*José Luis Martínez C. \**

### INTRODUCCION

Los estudios sobre la región atacameña, en el Norte Grande chileno (II Región Antofagasta), han ido concitando cada vez más la atención y dedicación de diversos investigadores, provenientes de variadas disciplinas. Es gracias al conjunto de sus aportes que, poco a poco, se empiezan a plantear con mayor precisión algunos de los problemas relativos a los grupos humanos que habitaban esa área y se pueden problematizar nuestros actuales conocimientos, buscando obtener nuevas respuestas que abran otros y distintos caminos en ese conocimiento<sup>1</sup>.

Entre los investigadores ha empezado a tomar cuerpo la idea de que si bien las tierras desérticas de esta región fueron marginales en los procesos inaugurados con el período colonial, esta área puede ser también muy rica en cuanto a la información que proporcione a los estudiosos sobre la organización social andina y las estructuras productivas propias a esas sociedades. Aun siendo un territorio hostil, árido y con baja densidad demográfica, se dio en él una dinámica social y económica que tuvo por resultado la presencia, más o menos permanente, de diversos grupos étnicos provenientes de regiones que hoy consideraríamos bastante alejadas (a varios días de camino a pie), al otro lado de la cordillera de los Andes y hacia la vertiente oriental de la misma.

Es importante destacar que en los Andes, los obstáculos geográficos naturales no parecen haberse convertido en barreras, sino más bien en puntos de articulación y relación entre grupos distintos. Sólo así puede explicarse el uso intensivo de la cordillera, de las tierras estériles o las áreas desérticas, todas las cuales revelan importantes presen-

\* Magister Antropología. U.C., Lima, Perú.  
Vicepresid. Colegio de Antropólogos de Chile.

1. Dos síntesis interesantes sobre esto, pueden encontrarse en el volumen del Simposio Culturas Atacameñas del 44º Congreso de Americanistas (1982), publicado por la Universidad del Norte, Antofagasta (1984); y en las Actas del Simposio de Arqueología Atacameña, realizado en San Pedro de Atacama, en enero de 1983.

cias humanas y largos procesos adaptativos en ellas.

En este trabajo queremos explorar un tema que ya ha sido tratado, con una correcta aproximación y con un tratamiento mucho más erudito que el nuestro, por otro investigador<sup>2</sup>. No es pues un tema nuevo en la etnohistoria de Atacama. Nos referimos a los intentos de visualizar con mayor claridad y precisión algunos de los cambios producidos en esta área producto de la incorporación de ella al coloniaje. Nuestro aporte está en el período revisado, el de los inicios de la presencia española, en los siglos XVI y XVII. Fundamentalmente, nuestros datos provienen de documentos inéditos revisados en el Archivo Nacional de Bolivia (Sucre) y en el Archivo Histórico de Potosí<sup>3</sup>.

No pretendemos hacer aquí un tratado sobre el tema, sino sencillamente exponer algunos datos y, con ellos, intentar ver hasta dónde podemos avanzar. No es por lo tanto algo exhaustivo e intencionalmente dejaremos de lado algunos materiales ya publicados para no distraernos de la línea central de nuestra exposición.

### ANTECEDENTES GENERALES

La región atacameña quedó sometida formalmente al dominio español durante los primeros años de la década de 1560. Fue recién en 1561, cuando los dirigentes étnicos atacameños firmaron el acta de pacificación y aceptaron reducirse al cristianismo, que se implantó el control del aparato administrativo y económico hispano. Habían transcurrido casi veinte años, desde la llegada de Valdivia a Atacama y la consiguiente destrucción del pucará de Quitor. Durante ese intermedio, aparentemente las instituciones europeas no llegaron a la zona<sup>4</sup>.

Al arribo de los españoles, en 1540, se pueden percibir algunas características del territorio y sus habitantes que creemos importantes para la comprensión del posterior desarrollo de los grupos asentados allí. Atacama funcionaba como centro de varias rutas que, cruzando el desierto, llegaban a la costa, a los valles del Norte Chico, y —hacia el este— hasta el otro lado del cordón occidental de la cordillera. Vinculaban también a esta región y a sus habitantes con los oasis y valles tarapaqueños<sup>5</sup>.

2. Hidalgo, J.: "Descomposición cultural de Atacama en el siglo XVIII: Lengua, escuela, fugas y complementariedad ecológica" en Simposio Culturas Atacameñas, Universidad del Norte, 1984.
3. Estos materiales se obtuvieron gracias al financiamiento de CONICYT (Proyecto 1973-84).
4. Medina, J.T.: Colección de Documentos Inéditos para la Historia de Chile; T. 28, Santiago, Imprenta Eizeviriana; Documento N° 20.
5. Bittmann, B. et al.: Cultura Atacameña, Santiago, Ministerio de Educación, 1978; Colección El Patrimonio cultural chileno. Núñez, L. y Dillehay, T.: Movilidad giratoria, armonía social y desarrollo en los Andes meridionales: Patrones de tráfico e interacción económica; Antofagasta, Universidad del Norte, 1978.

Una información relevante entregada por el cronista Bibar<sup>6</sup>, se refiere a la presencia de grupos distintos en la región (llamados "nacionalidades" por los documentos del siglo XVI) y que los etnohistoriadores y antropólogos denominan grupos étnicos<sup>7</sup>. El cronista de Valdivia señala la existencia de habitantes costeros, aparentemente especializados en las labores de pesca y recolección marinas; se refiere también, naturalmente, a los habitantes del valle de Atacama y menciona, junto a algunos grupos aparentemente de Tarapacá (como los capiruzones y los de Gutacondo y Pica), a un fuerte contingente militar de indios chichas, provenientes —a su vez— del sudoeste de Bolivia.

Los trabajos de los arqueólogos han contribuido a precisar mejor las características de algunos de estos grupos y los habitats que ocupaban. Sabemos así que en la cuenca del río Salado (afluente del Loa), habitaban también y parece que de manera más o menos permanente, pobladores provenientes del altiplano de Lipez, la región inmediatamente vecina hacia el este<sup>8</sup>. Estaban presentes, asimismo, grupos provenientes del noroeste argentino, de los valles calchaquíes, Tucumán, etc.<sup>9</sup>

Así, en un territorio cuyos límites posiblemente no pasaban del río Loa hacia el norte y del Despoblado de Atacama hacia el sur, y desde el Océano Pacífico en el oeste, hasta la puna andina en el este, se presenta una situación de un verdadero mosaico étnico.

Lo señalado anteriormente tiene una consecuencia directa sobre nuestros conocimientos acerca de la organización socio-económica y política alcanzada por aquellos habitantes. En algunos casos, los datos que poseemos permiten precisar concretamente a qué grupo étnico se refieren, pero en la mayoría de las referencias esta identificación desaparece, limitándose las fuentes a señalar que los atacameños se organizaban en tal o cual manera o trabajaban la tierra con ésta o aquella técnica de regadío. Ello nos obliga a movernos con suma cautela, puesto que las características que se atribuyen a algunos grupos podrían corresponder a otros.

6. Bibar, G.: Crónica y Relación copiosa y verdadera de los reynos de Chile, ... Santiago, Fondo Histórico y Bibliográfico J.T. Medina, 1966 (1558).
7. Muchos de estos grupos étnicos alcanzaron, en los Andes, complejos desarrollos sociales, conformando inclusive Señoríos y Confederaciones. Se supone, por ejemplo, que los incas fueron un grupo étnico que logró paulatinamente ir imponiéndose sobre sus vecinos. Muchas veces, compartiendo identidades básicas, como lengua, territorio y similar organización socio-política, estas etnias se reconocían como diferentes, dando lugar al surgimiento de pequeños y múltiples señoríos.
8. Castro, V. et al.: "Antecedentes de una interacción altiplano-área atacameña durante el período Tardío: Toconce"; en Actas del VII Congreso de Arqueología de Chile, vol.2, Santiago, ediciones Kultrún, 1979.
9. Aidunate, C. y V. Castro: Las chulpa de Toconce y su relación con el poblamiento altiplánico en el Loa Superior, Período Tardío., Santiago, Ediciones Kultrún, 1981.

9. Bittmann et al. Ob. cit.

Lingüísticamente, la multiétnicidad pareciera expresarse también a través de la variedad de lenguas habladas en la región. Tenemos antecedentes por algunos documentos del siglo XVI, que al menos se hablaban tres idiomas distintos<sup>10</sup>. Todos los investigadores aceptan que los atacameños, esto es, los habitantes de la hoya del Salar de Atacama y de la puna aledaña, tenían su propio idioma, "es lengua por sí" señalaba el cronista Bibar, la cual se conocería bajo la denominación de kunza. Además, hemos recogido la información de que, en el mismo siglo XVI, se les exigía a los doctrineros católicos que debían cristianizar a los indios en esta provincia, el conocimiento del idioma aymara, para poder comunicarse con los habitantes<sup>11</sup>. Por último, sabemos de un temprano desarrollo del quechua en la región, reflejado entre otros elementos por la toponimia, que probablemente había llegado con los inkas a la región<sup>12</sup>. A todo ello debería agregarse la implantación, ya tardía, del español como idioma de los conquistadores y la posibilidad de que los grupos costeros hablaran su propia lengua, como lo señala la visita del Duque de la Palata, en 1683-84<sup>13</sup>.

Pese a las dificultades anotadas, es posible postular algunos elementos con relación a la estructura socio-económica y política de los atacameños. Digamos antes que por su posición privilegiada con relación a las rutas de tránsito de las diferentes caravanas, este grupo étnico recibió el aporte de muchos otros pueblos tanto del altiplano boliviano como del noroeste argentino, los cuales fueron integrados a la cultura propia y que dieron articulados dentro de la ideología local<sup>14</sup>. Y recibieron, por la misma vía, nuevos conocimientos tecnológicos que incidieron grandemente en el desarrollo de técnicas productivas más eficientes para resolver las necesidades de subsistencia de los grupos humanos. Los arqueólogos han apuntado al paulatino desarrollo de la agricultura y el copamiento de las tierras de labranza a fines del período Intermedio Temprano (500 AC a 400 DC). Para resolver este problema, la sociedad atacameña implementó una compleja red de irrigación artificial que

10. Vease Martínez J.L.: "Información sobre el comercio de pescado entre Cobija y Potosí, hecha por el corregidor de Atacama, don Juan de Segura (19 de Julio de 1591)", en Cuadernos de Historia, N° 5, sección Documentos; Universidad de Chile, 1985.
11. Archivo General de Indias, AGI, Indiferente General N° 532, año 1580, f.377v.
12. Lehnert, R.: "Presencia del runa-simi en el sector atacameño", en Cuadernos de Filología, N° 15 - 16, Universidad de Antofagasta, 1982. Ibarra Grasso, D.E.: Lenguas indígenas de Bolivia, La Paz, 1982, pág. 26.
13. Agradecemos a J.V. Murra habernos proporcionado una versión paleografiada de esta visita.
14. Llagostera, A.: "El arte atacameño: universo de identidad de un pueblo precolombino", en Tesoros de San Pedro de Atacama, Santiago, Museo Chileno de Arte Precolombino, 1984. Bittmann, B. et al., Ob. cit.

permitió, en parte, aumentar la producción<sup>15</sup>. Estas técnicas, complementadas con un desarrollo creciente de la ganadería, que sustentaba el desplazamiento y movilidad de las caravanas<sup>16</sup>, son los dos pilares sobre los que se asienta la economía atacameña, situación que pareciera continuar hasta el siglo XVII<sup>17</sup>.

En este panorama no se puede olvidar, sin embargo, que cualquier estructura productiva en la región, topaba siempre con las tremendamente adversas condiciones ecológicas. De esta manera, referirse a la agricultura con irrigación implica recordar que ésta sólo podía aplicarse en aquellos pequeños oasis con agua suficiente para hacerlo, por ejemplo; y que el desarrollo de la ganadería sólo pudo darse en las tierras más altas (sobre los 3.000 msnm), no aptas para los cultivos y de pastos muy pobres. Todo en escala menor y sin las complejidades alcanzadas en los Andes centrales.

Por lo tanto, la sociedad atacameña estuvo desde muy temprano orientada hacia las vinculaciones con grupos étnicos de regiones vecinas y a los posibles circuitos de intercambio que le permitirían acceder a otro tipo de recursos de subsistencia así como, también de gran importancia, a objetos suntuarios. A esto debemos agregar un tipo de control más o menos directo, por parte de los atacameños, de recursos ubicados en distintos pisos ecológicos, algunos de ellos a varios días de camino. Bajo esta modalidad, aparentemente, habían obtenido acceso a los recursos marinos, por ejemplo, y a cultivos como la quinua y la papa, en la puna<sup>18</sup>.

Se podría concluir que todas estas condiciones habrían exigido el surgimiento y desarrollo de una organización social relativamente compleja, con una elite que se especializara en las tareas de administración y dirección de la sociedad. No tenemos hasta ahora evidencias de ello. En algunos momentos de su historia, que coinciden con un auge económico y con la posibilidad de acumular mayores excedentes parecieran aparecer algunos grupos que iniciarían un proceso de diferenciación y jerarquización social. Esto estaría reflejado en la posesión de parte de algunos individuos, de mayores bienes de estatus, que aumentarían su prestigio interno. Sin embargo, y también a nivel de elucubración, el destino de estos sectores dirigentes estaría ligado al éxito en la obtención de recursos externos, de los que dependería en

15. Berenguer, J.: "San Pedro de Atacama. Espacio, tiempo y cultura", en Tesoros de San Pedro de Atacama (Catálogo de Exposición), Santiago, Museo Chileno de Arte Precolombino, 1984.
16. Núñez, L. y T. Dillehay, Ob. cit.
17. Casassas J.: La región atacameña en el siglo XVII; Antofagasta, Universidad del Norte, 1974. Hidalgo, J.: "Culturas y etnias protohistóricas: Área Andina Meridional", en Chungará N° 8, Universidad de Tarapacá, Arica, 1982.
18. Para un análisis más detallado de este tema, véanse los trabajos de Núñez, L. y T. Dillehay, Ob. cit., y de Hidalgo, J. (1982), Ob. cit.

parte su función de dirigentes. Así, en algunos períodos de crisis económica, la sociedad tendería nuevamente a homogeneizarse y disminuiría el prestigio interno de los jefes<sup>19</sup>.

Cuando llegan los españoles y, más concretamente, cuando son pacificados en 1561, intervienen por la parte indígena, un individuo que es sindicado como el "cacique principal" de la provincia de Atacama y varios otros indios, también "principales"<sup>20</sup>, lo que apuntaría a una cierta estructura de cargos políticos. Hidalgo ha postulado la existencia de una elite con las características señaladas aquí y que incluso en algunas ocasiones habría extendido su dominio a lugares más allá de sus comunidades o núcleos<sup>21</sup>. Es mucho lo que falta por conocer al respecto y poco o nada sabemos de los privilegios de los sectores dirigentes, del sistema de apropiación de los recursos y sus funciones específicas, o de la superestructura ideológica de sustentación.

El concepto de "movilidad giratoria" elaborado por Núñez y Dillehay para explicar el desarrollo, en los Andes del centro-sur, de una economía parcialmente basada en el intercambio y complementada con lo que se ha denominado el "control de un máximo de pisos ecológicos" o "verticalidad"<sup>22</sup>, permite entender mejor el papel jugado por Atacama en el contexto interregional.

*"Debido a su privilegiada situación geográfica, en la que convergen rutas venidas desde distintos y lejanos lugares, San Pedro de Atacama se había convertido en un centro neurálgico del tráfico interregional. Algo así como un "puerto de intercambio", por el que circulaban los productos de la costa, el desierto central, los oasis piemontanos, las selvas orientales y los valles del noroeste argentino"*<sup>23</sup>.

Innumerables caravanas de llamas convergerían así sobre Atacama, uno de los puntos vitales del circuito. Todo esto debió requerir que un importante número de atacameños se estuviera movilizándolo constantemente entre algunos de los puntos de la ruta, así como que otro grupo estuviera dedicado a las tareas de conservación y reproducción de la masa ganadera, lo que inevitablemente llevaría a estos pobladores a permanecer largo tiempo alejados de sus comunidades o núcleos. Los primeros en viajes que fácilmente podrían durar algunos meses; los segundos, en estancias en las zonas de pastos de la puna, que

19. Berenguer, J. Ob. cit., págs. 18—21.

20. Medina, J.T., Ob. cit., pág. 73.

21. Hidalgo, J. (1982), Ob. cit. pág. 223.

22. Murra, J.V.: "El control vertical de un máximo de pisos ecológicos", en Formaciones Económicas y Políticas del Mundo Andino; Instituto de Estudios Peruanos, Lima, 1975.

23. Berenguer, J., Ob. cit., pág. 18.

bien podrían extenderse por toda una temporada. Esto era posible en la medida de que —creemos— el conjunto de la economía funcionaba aquí en base a la reciprocidad y a mecanismos andinos de colaboración que aseguraban a los individuos que se alejaban por las tareas comunitarias, la mantención de sus derechos en sus núcleos. Así, un caravanero ausente, no perdía el acceso al usufructo de los productos de la tierra y sabía que, en su ausencia, sus otros deberes comunitarios serían desempeñados por miembros de su grupo<sup>24</sup>.

## LOS CAMBIOS

Es evidente que la implantación del dominio español en la región introdujo modificaciones en el seno de las sociedades allí existentes. Modificaciones que van más allá de las producidas por un prolongado período de guerra y estado de conflicto (1540-1561) o de la instalación en la zona de funcionarios coloniales, como el Corregidor.

No se han estudiado aún las alteraciones producidas por la necesidad de pagar la tasa, por ejemplo, o las reorientaciones que pudieron haberse sucedido en la estructura económica, esta vez apuntando a un cierto grado de participación en la economía de mercado. Nuevamente es Hidalgo quien en este terreno ha señalado rumbos a seguir. En un reciente trabajo aborda algunos de estos temas, durante el siglo XVIII, observando ciertos procesos de desarticulación de la sociedad atacameña más tradicional<sup>25</sup>. Pero hay un gran vacío en lo que se refiere a los siglos XVI y XVII, sobre todo con respecto a grupos como los del altiplano de Lípez asentados en la cuenca del río Salado, sobre los cuales existe un enorme desconocimiento.

Una rápida revisión de la documentación colonial, refleja ciertas tendencias posiblemente características de la adaptación indígena a la presencia española. Pareciera que, allí donde fue posible, la respuesta andina implicó seguir usando los patrones tradicionales de organización, recurriendo a mecanismos preexistentes en el seno de las poblaciones indígenas. En otros casos, aparentemente las condiciones no fueron las mismas o no permitieron este tipo de respuestas, provocando cambios acelerados y procesos de desestructuración violentos.

Los ejemplos que veremos aquí parecieran inscribirse, más bien, en la primera perspectiva. Abordaremos aquí dos situaciones concretas: a) la pérdida del control del tráfico de recursos marinos, en el siglo XVI, y b) los cambios producidos en el patrón de movilidad y en el sistema de control de recursos distantes, de algunos grupos atacameños.

24. Este sistema parece haber funcionado en casi todos los Andes, constituyéndose en una de las bases que posibilitaron el desarrollo de la economía basada en un control de recursos situados en pisos ecológicos distantes del núcleo. Para mayores ejemplos, véase Murra 1975. Ob. cit.

25. Hidalgo, J. (1984), Ob. cit.



### a) El tráfico de recursos marinos

La mayoría de los estudiosos de la región coincide en señalar el acceso que habían logrado los atacameños a los productos obtenidos de la pesca y la recolección marina, aun cuando hay diferencias en la apreciación de los mecanismos concretos implementados para obtenerlos. Casassas y Bittman se inclinan, por ejemplo, por la posibilidad de que tal acceso estuviera intermediado por un grupo pescador-recolector especializado, que entregaba el pescado (¿ya procesado?) a los atacameños. Hidalgo, por su parte, postula la posibilidad de que allí se den situaciones étnicas más flexibles y que algunos grupos de agricultores podrían haber alternado sus prácticas de cultivo con las pesqueras. En todo caso, Hidalgo es enfático en señalar las vinculaciones existentes entre los grupos del interior y los de la costa, que permiten suponer relaciones étnicas muy estrechas<sup>26</sup>.

La gama de productos marinos obtenidos es bastante extensa, incluye la albacora, sardina, atún, congrio, corvina, jurel, lisa, lenguado, tollo, pejerrey, por mencionar los más conocidos. Mariscos tales como ostras, ostiones, almejas, picorocos y otros. Por último, pero sin agotar la lista, hay que indicar las algas marinas, cochayuyo, luche, etc.<sup>27</sup>. Todos ellos tenían la posibilidad de ser secados y salados y consiguientemente almacenados, lo que aumentaba sustancialmente las posibilidades de transportarlos a lugares distantes por intermedio de las caravanas de llameros atacameños que acudían regularmente a la costa.

La mejor y más clara indicación de que los atacameños ejercían algún tipo especial de control sobre estos productos o sobre los grupos encargados de llevar a cabo las faenas pesqueras, se encuentra en una carta fechada en 1581, que envió el factor de Potosí al Virrey del Perú. Allí, entre otros datos de gran interés, menciona que en la ensenada de Atacama (Cobija), "hay cuatrocientos indios pescadores uros, que no son bautizados ni reducidos ni sirven a nadie, aunque a los caciques de Atacama dan pescado en señal de reconocimiento"<sup>28</sup>. Este pescado habría sido incorporado como un producto importante en el tráfico caravanero que mencionamos.

Con el surgimiento del centro minero de Potosí y su transformación en un importante polo de desarrollo de actividades productivas sub-regionales, orientadas hacia ese mercado, las faenas pesqueras de

26. Casassas, J. Ob. cit.; Bittmann, B.: "Notas sobre poblaciones de la costa del Norte Grande chileno", en Aproximación a la etnohistoria del norte de Chile, Casassas, J. (Ed.), Antofagasta, Universidad del Norte, 1977. Hidalgo, J. (1982), Ob. cit.; Bittmann, B. et. al. Ob. cit.

27. Bittmann, B. (1977) Ob. cit. págs. 36-38, 39; Casassas, J. Ob. cit., pág., 96.

28. Carta del Factor de Potosí Juan Lozano Machuca al virrey del Perú... en Relaciones Geográficas de Indias, T. II, Apéndice III, Madrid, 1885 (1581), pág. XXV.

la costa atacameña concitaron la atención de los españoles<sup>29</sup>. El pescado seco y los demás productos marinos eran un producto altamente valorado por los pobladores andinos y es lógico pensar que su comercialización mayor estaba precisamente entre los indígenas que trabajaban las minas potosinas<sup>30</sup>.

Gracias a un litigio surgido entre el encomendero y ex-corregidor de Atacama, Juan Velázquez Altamirano, y su sucesor, Juan de Segura, sabemos que en 1591 (y probablemente desde mucho antes), el primero de los nombrados manejaba el tráfico caravanero de pescado hacia Potosí<sup>31</sup>, habiendo perdido los atacameños, aparentemente el control de éste.

Además de los pescadores camanchacas, que aparentemente nunca fueron numéricamente muchos (varios documentos hablan de doce familias), Velázquez Altamirano tenía indios atacameños en el puerto de Cobija. No sabemos si éstos se dedicaban a pescar también, pero lo cierto es que ellos eran los responsables de conducir los fardos de pescado hasta Chiuchiu, donde se almacenaban, para posteriormente ser llevados hasta Potosí por los mismos indios. Las caravanas al centro minero, según un testigo español, tardaban a veces más de tres meses en completar el giro y no es descartable que, recurriendo a las mismas viejas prácticas, fueran pasando por otros puntos intermedios, intercambiando a su vez otros productos.

Como aparentemente el número de atacameños dedicados a estas labores era relativamente crecido, había otros, encargados de llevarles comida desde el valle de Atacama a los que estaban en Cobija, lugar que pareciera haber tenido una reducida capacidad productiva agrícola.

El interés español por el comercio de pescado era tan grande que, de la información de otro testigo, se deduce que había varios "empresarios" dedicados a la pesca requiriendo la mano de obra indígena de Cobija. Con tales individuos, Velázquez Altamirano, que poseía el monopolio del transporte a Potosí, llegaba a acuerdos de compra del pescado fresco a precios privilegiados.

Según estas informaciones, se puede deducir que los atacameños habían pasado de una situación en la que controlaban el tráfico carava-

29. Para el tema de Potosí y su influencia en el desarrollo de economías sub-regionales orientadas a satisfacer la demanda interna del mercado minero, véase Assadourian, C.: El sistema de la economía colonial, Instituto de Estudios Peruanos, Lima.

30. Muchos grupos étnicos andinos del altiplano desarrollaron estrategias de control de puntos costeros, para acceder a los productos marinos. Se pueden mencionar a los Lupaqa, los Pakajes, los Karangas, todos señorios altiplánicos con colonias en la costa tarapaqueña. El interés por el consumo de pescado para el centro potosino se refleja también tempranamente en las tasas en especies que debían pagar algunos de estos grupos; varios de ellos debían llevar pescado a Potosí el que era rematado públicamente (Archivo Histórico de Potosí, Cajas Reales 1).

31. Martínez, J.L., Ob. cit.

nero, a otra en que y refiriéndonos únicamente a los productos marinos, eran simplemente los responsables de su transporte. No tenemos, hasta ahora, datos de que las caravanas llevaran otros productos, aun cuando es lo más probable; y tampoco sabemos cómo y quién controlaba esa parte del tráfico.

Es interesante advertir que el encomendero parece simplemente haber reorientado una actividad tradicional, para sus propios y nuevos intereses. Antes de su llegada, los atacameños ya obtenían el pescado y lo habían incorporado a sus procesos de intercambio. Existían las rutas de tránsito y la organización social adecuada a esa actividad. La modificación impuesta por Velázquez Altamirano consistió en enviarlo a Potosí transformándolo en una mercancía cambiante por dinero, incorporando estos productos, por esa vía, a la naciente economía mercantil.

Si bien no tenemos aún el hilo que nos permita seguir esta información y saber cómo continuó el proceso, por datos aislados de documentos del siglo XVII se puede inferir que los atacameños habían recuperado, al menos en parte, algo de este acceso directo al pescado y que éste ya no estaría en las manos del corregidor. Esto se desprende de un juicio de residencia a Antonio Gutiérrez Caro, efectuado en 1677. Los testigos indígenas indican que todo el pescado que le llevaban para su consumo personal, era pagado por Gutiérrez Caro<sup>32</sup>, lo cual permite inferir que una parte de la pesca, al menos, pasaba por manos indígenas.

Menos clara que la referencia anterior, en el mismo texto se menciona que había indígenas que continuaban yendo con caravanas a Potosí, pero ahora a título personal y para obtener un provecho que, en el contexto del documento, se supone individual<sup>33</sup>, por lo que queda abierta la posibilidad de una no interrupción del tráfico de productos marinos a Potosí; sobre todo teniendo en cuenta que la región no poseía abundancia de otros recursos que permitieran reemplazar satisfactoriamente las ganancias dejadas por la venta de los productos del mar en el centro minero.

Queremos agregar un último dato a esta situación de cambios en el tráfico caravanero. Hemos señalado una pérdida en el control de algunas rutas y productos durante ciertos períodos y sugerimos su transformación de una actividad de tipo comunitario a otra de carácter más individual. Otra modificación se produce en el cambio de los medios de transporte. De la llama usada tradicionalmente se pasa, en el caso de los atacameños, al empleo de mulas.

Al parecer uno de los principales impulsores de la aceptación indígena de este animal, fue el ya mencionado corregidor Gutiérrez Caro:

32. Archivo Nacional de Bolivia ANB, Expedientes Coloniales 1677 N<sup>o</sup> 26, foja 137.

33. Id., foja 147.

*"... y las mulas con que trabajan, y el dicho Maestro de Campo Antonio Gutiérrez Caro les ayudó y amparó en todo, procurando sus aumentos, en que trabajasen en sus trajines y sementeras, dándoseles a todos y a este testigo que de ello se les seguiría útil y combeniencia y así lo hicieron en su tiempo y tubieron algunas."*<sup>34</sup>

La introducción de la mula y su reemplazo respecto de la llama parece estar consolidándose en 1684, cuando Alonso de Espejo, visitador de la provincia por orden del Virrey Duque de la Palata, señala que "mantiénense los yndios con las mulas por ser todos harrieros"<sup>35</sup>.

Pero hay un problema que es más de fondo en todo esto. La crianza de las llamas exige una organización social de tipo comunitario, y ellas estaban profundamente integradas a la ideología atacameña<sup>36</sup>. Nada de esto ocurría con las mulas, que además, si bien como animales de carga son más resistentes, son igualmente menos eficientes en la ecología andina. Es de suponer que la introducción de la mula provocó un impacto que va más allá de la adquisición de un medio de transporte de carga diferente al que se tenía.

#### b) Cambios producidos en el patrón de movilidad y en el sistema de control de recursos distantes

La alta movilidad producida por el tráfico de caravanas, que pareciera caracterizar en parte a los atacameños implicaba —como ya lo señalamos— prolongadas ausencias de algunos grupos, generalmente unidades domésticas. Esta actividad se complementaba con el desplazamiento de grupos orientados a obtener el control de recursos distantes ubicados en pisos ecológicos diferentes. Ambas modalidades parecieran estar presentes en el caso de los recursos costeros visto recientemente, por ejemplo.

Las ausencias, por prolongadas que fueran, serían siempre transitorias, regresando constantemente los individuos a sus núcleos o poblaciones de origen, sin haber perdido en el intertanto, sus derechos de acceso a los recursos obtenidos por la etnia.

Durante el siglo XVII estas prácticas parecieran continuar. Los manuscritos mencionan en forma reiterada las permanencias de tributarios en otras regiones. Hasta ahora hemos podido identificar tres áreas que captan las preferencias en el desplazamiento de los grupos atacameños: el río San Juan, en Tucumán; los ingenios mineros de Lipez

34. Id., foja 141.

35. Archivo General de la Nación Argentina AGN.A. Sala IX Legajo 7-7-1, foja 1v. Agradecemos a J.V. Murra la obtención del documento y la paleografía del mismo.

36. Llagostera, A. Ob. cit., pág. 18.

(al sur de Bolivia) y los ingenios mineros de la provincia Sur-Chichas (en el sudeste boliviano). Como se aprecia a primera vista, se trata de áreas con las cuales los atacameños han tenido vínculos ancestrales, a través de las relaciones establecidas con los grupos étnicos que señalamos al principio de este artículo.

Sabemos sobre la presencia de atacameños en el río San Juan, porque en 1683 los caciques tuvieron que ir allá conjuntamente con el corregidor, a obligarlos a retornar a su provincia:

*"...en una ocasión salió al río de San Juan, paraje a donde asisten muchos de los yndios de esta provincia, a donde están poblados y fue a traer dichos yndios y trajo a esta provincia más de setenta yndios e indias y este testigo los vió en el asiento de minas de San Pedro Apóstol, jurisdicción de esta provincia y para ello fue en compañía el dicho corregidor, del gobernador y los más caciques de la provincia de Atacama la Alta..."<sup>37</sup>*

No se informa qué actividades realizaban los atacameños en el río San Juan, pero son compelidos al regreso para integrarse a las faenas mineras, por lo que es posible que en Tucumán hicieran labores similares. Del contexto del documento se desprendería, sin embargo, que el principal gestor de este retorno habría sido el corregidor, aunque no debemos descartar el interés que pudieran haber tenido los curacas o caciques en hacerlo trabajar en las minas de Atacama, desde donde les sería más fácil cobrar las tasas.

La cantidad de personas no deja de ser significativa y es posible que no todos los que estaban en Tucumán regresaran, puesto que allí estaban "poblados"; esto es, ya se habían asentado en la zona. Se trata entonces de que en el río San Juan había una población atacameña aparentemente estable, ¿resultado de una antigua colonia que controlaba recursos distantes?

En el caso de los ingenios mineros de Lípez, se pueden inferir nuevos antecedentes. Aquí poseemos algunas listas de trabajadores en las que se incluye a varios atacameños; o se trata de pleitos en los que intervienen indígenas de ese grupo étnico residentes en algún ingenio de la región<sup>38</sup>.

En la lista del Ingenio de San Antonio de Padua aparecen nueve atacameños, mencionados como acreedores del dueño porque éste no ha podido pagarles sus jornales, debiéndoseles cantidades que en un caso alcanzan los 386 pesos corrientes. Todas las deudas son de cierta antigüedad y en algunos casos se arrastran desde el propietario anterior, lo cual nos lleva a pensar de aquí, como en el caso anterior, se trata de

37. ANB, Expedientes 1683 N° 2451, foja 131.

38. ANB, Minas N° 756k; Minas 1643, II-14.

gente que reside por varios años fuera de su provincia. Algo similar se observa en el pleito entre Inés Casma y Martín Chico, indígenas de Atacama la Alta. Los pleiteantes aparecen viviendo en dos ingenios, igualmente de Lípez, los del Rosario y de San Pablo. Este ejemplo, a su vez, presenta otra homología con el caso tucumano: se trata aquí, como allá, de gente de Atacama la Alta<sup>39</sup>.

En los Lípez los atacameños se dedican directamente a la minería y en un contexto, evidentemente colonial, de emplearse como mano de obra. Esto parece nuevo en las prácticas económicas atacameñas. Pero veamos la última zona, cuya información clarifica algunos de estos aspectos.

En 1634, ante innumerables oficios y denuncias enviadas por el cura de Chichas a la Audiencias de Charcas, ésta designó a uno de sus miembros para que visitara los ingenios de la provincia, revisara las condiciones de trabajo de los indígenas y sancionara a los propietarios españoles si era necesario. En junio de ese año, el licenciado Martín de Arriola, oidor de la Real Audiencia, da inicio a la visita<sup>40</sup>.

En el ingenio de Nuestra Señora de Guadalupe, ubicado en sur-Chichas, cerca del pueblo de Tatasi, hay un crecido número de atacameños trabajando. Estos, junto con los lípez, conforman los grupos numéricamente más representativos. De un total aproximado de 45 nombres entregados por los indígenas como trabajadores del ingenio, cerca de 20 son mineros que provienen de Atacama. En la mayoría de los casos se trata de unidades familiares, puesto que se encuentran allí con sus mujeres y, por lo tanto, con sus hijos. Esta proporción de atacameños podría aumentar si se considera a las mujeres atacameñas casadas con indígenas originarios de otros lugares. Es el caso, por ejemplo, del alcalde de los indios operarios del ingenio, don Pedro Hachata. El es de San Miguel del Tucumán y está casado con María Hasmia, de Atacama<sup>41</sup>.

Algunos testigos citados a declarar son atacameños, e informan que están allí por períodos de tiempo que varían. Unos llevan ya dos, tres o más años, otros han llegado recientemente y, por último, se menciona el caso de un indígena cuyos padres eran atacameños habiendo nacido él en el ingenio. Desempeñan diferentes oficios, lavadores y beneficiadores de metales, fundidores y quemadores, repasiris, arrieros, cargadores, leñadores, etc.

Cuando se menciona específicamente el lugar de origen de estos mineros, se advierte una nueva coincidencia: provienen de comunidades, ayllus o pueblos de Atacama la Alta o la Grande y no de Atacama la Baja.

39. Este documento circula en una versión mimeografiada preparada por J. Hidalgo; Azapa. 1976.

40. ANB, Minas N° 689; Minas N° 690 (T. 131 N° II).

41. ANB, Minas N° 690a (T. 131 N° II), foja 31v.

La estadía en el ingenio pareciera no haber roto los vínculos étnicos y políticos con sus autoridades nativas:

*"...dijeron que algunas veces han venido los curacas y principales de los indios lipes y atacamas y de otros que están sirviendo en el ingenio, a cobrar de ellos las tassas..."*<sup>42</sup>

*"...y la plata la gastan en pagar las tassas, los que tienen curacas, cuando vienen a cobrarla de ellos..."*<sup>43</sup>

Pero, lo que parece más importante aún, estos indígenas aparentemente no han perdido sus derechos en el núcleo, es decir, se conserva todavía esa modalidad andina de organización:

*"...dijeron que el dicho Capitán Pablo de Espinoza no les quita ni les estorba a los indios lipes y atacamas, i a los demás que tienen sus pueblos cerca del yngenio, se bayan a ellos cada vez que quieren a ver a sus parientes o a hacer sus chacaras y los mismos indios se buelben de su voluntad..."*<sup>44</sup>

Después de su visita a este ingenio, el Oidor de la Audiencia siguió al ingenio de San Francisco, en el asiento minero de Esmoraca, en la misma provincia de Chichas. En esa visita no se entregan nuevas informaciones, pero se corrobora una cierta tendencia a encontrar a indígenas nacidos en los ingenios o en lugares cercanos a ellos, cuyos padres eran atacameños. La adscripción étnica pareciera mantenerse puesto que en el caso señalado en el ingenio de Guadalupe, el testigo conservaba su calidad de atacameño. La lista de mineros de San Francisco únicamente anota a "Joan Sarapura, de Talina, hijo de padres atacameños" y menciona igualmente a un Francisco Bilti, también de Talina y del que no se indican los padres. Por el apellido Bilti deducimos una posible pertenencia a la etnia atacameña<sup>45</sup>.

¿Qué sacamos de todo esto? Primero, en Chichas, lugar con el que la etnia atacameña posee relaciones muy antiguas, hay núcleos de unidades familiares de ese grupo. Estos parecen residir en forma relativamente permanente allí; segundo, se dedican a labores mineras que les permiten obtener un nuevo recurso: la plata, requerido por el grupo étnico para cumplir con sus obligaciones ante el Estado colonial; tercero, los atacameños pertenecerían fundamentalmente a pueblos y ayllus de Atacama la Alta, esto es, ubicados en la hoya del salar

42. ANB, Id. foja 47.

43. id., foja 33v.

44. Id. foja 49v.

45. ANB, Minas N° 689 (T. 131 N° III), fojas 10 y 23v.

de Atacama; cuarto, probablemente éstos no han perdido sus vínculos comunitarios, ni con sus curacas o caciques, ni con sus relaciones de parentesco (base del entramado social), ni en lo que a sus derechos de acceso a la tierra se refiere (cada cierto tiempo regresan a participar en la siembra).

Tanto en lo que respecta a la permanencia prolongada en un lugar determinado, como en cuanto a los lugares de origen de los protagonistas, los casos del río San Juan, de Lipez y de Chichas son semejantes. En dos de ellos (Lipez y Chichas), se realizan trabajos mineros que permiten obtener parte de la plata requerida para pagar las tasas, y en el otro, los residentes en el río San Juan son regresados para trabajar en las minas de Atacama, probablemente con idéntico fin que los anteriores.

Los contextos permiten sugerir que se trata generalmente de unidades familiares más que de individuos aislados y en todos estos ejemplos, los atacameños parecieran no haber perdido sus relaciones con el núcleo y con sus dirigentes. Son éstos los que los van a buscar al Tucumán y los que van a cobrar las tasas a Chichas. Tenemos información de que también se hacían viajes a Lipez para idéntico fin, como el realizado en 1668<sup>46</sup>.

Todo apunta al funcionamiento de un patrón muy andino, el del control de un máximo de pisos ecológicos o "verticalidad", operando con reorientaciones ante la nueva situación. Antes de la invasión europea este sistema permitía a los grupos étnicos enfrentar colectivamente la tarea de aumentar los recursos controlados por la etnia y de obtener algunos que no se encontraban en el territorio más directamente controlado (el núcleo). Ahora, en el siglo XVII, la etnia se ve compelida a obtener un nuevo "recurso", el dinero, y recurre a sus propios mecanismos para lograrlo. Sugerimos que en este caso debe entenderse el desplazamiento de unidades familiares fuera del núcleo, no como una iniciativa individual, sino como el resultado de estrategias colectivas de subsistencia y adaptación.

Pero no es este el único cambio. Las unidades familiares enviadas a controlar las colonias o "islas" alejadas del núcleo, en términos andinos, permanecían un período durante el cual prestaban sus servicios comunitarios, para posteriormente regresar al núcleo y ser reemplazados por nuevas unidades familiares. Si bien tales períodos podían fluctuar de un caso a otro y de uno a otro grupo étnico<sup>47</sup>, en general tendían a no ser largos (por algunos meses). En los casos anotados se advierte una tendencia a la estabilización y permanencia de los atacame-

46. ANB. Expedientes 1668 N° 1784, foja 243v.

47. Las variaciones más comunes se dan por las distancias entre el núcleo y las colonias y por el tamaño del grupo étnico que condiciona la cantidad de unidades familiares que pueden desplazarse.

ños en sus nuevos centros de trabajo. Ya hay algunos casos, como en Chichas, de gente que nació afuera. Este proceso necesariamente va socavando en forma paulatina los vínculos de estas familias con sus grupos de origen e introduce elementos desarticuladores en el funcionamiento y organización de la etnia como tal. En el caso concreto que tratamos, uno de los puntos culminantes de la desestructuración parece alcanzarse en Atacama durante el siglo XVIII, cuando el sistema encuentra mayores dificultades de funcionamiento a raíz de nuevas legislaciones españolas<sup>48</sup>.

## CONCLUSIONES

Hemos esbozado algunos elementos que permiten sugerir algunos cambios en la nueva situación creada por la invasión europea. Tales cambios, al menos durante los siglos XVI y XVII, se plasman preferentemente en "reorientaciones" del funcionamiento de mecanismos de acceso y control de recursos preexistentes en las sociedades andinas, y la atacameña no es una excepción. Sin embargo, estas reorientaciones o cambios en el sentido y objetivos del funcionamiento de esos mecanismos, conllevan nuevos elementos estructurales (transformación M-D, por ejemplo, o trabajo asalariado), que van a terminar por alterar mucho más profundamente la organización social andina.

Falta aún mucho por conocer sobre estos procesos. Si bien es cierto que una de las formas de obtención más fáciles de dinero (plata), era la incorporación de los indígenas como mano de obra asalariada al trabajo minero, no por ello deja de ser una apreciación parcial. Los grupos indígenas tenían la posibilidad de participar en la economía de mercado a través de otras formas también, principalmente por intermedio de la comercialización de productos agropecuarios o manufacturados (e.g. los textiles), y lo hicieron de acuerdo a sus necesidades o al manejo que podían hacer de ellas, adaptándose a las distintas situaciones y coyunturas. Este es un proceso que debe estudiarse en Atacama.

Otro elemento surge de la información presentada. Las posibles diferencias existentes entre los habitantes de la hoya del salar de Atacama y los de la cuenca de los ríos Salado y Loa. En los cambios producidos en el sistema de control de recursos distantes se mencionan sobre todo habitantes de Atacama la Alta. No tenemos hasta ahora referencias específicas que pobladores de Aiquina o Caspana, por ejemplo, hayan realizado prácticas similares y, si lo hicieron, no pareciera ser numéricamente significativo.

48. Véase Hidalgo, J. (1984), Ob. cit.

Es posible que ello se deba a las diferencias étnicas, producto del mosaico que indicamos inicialmente. En la cuenca del río Salado se asentaron poblaciones provenientes del altiplano, probablemente repitiendo a la inversa, el sistema que vimos en los atacameños hacia Tucumán, Chichas y Lipez. De allí que los datos indiquen o recojan estas diferencias. Queda señalado, en todo caso, como una línea de estudio a desarrollar.

## AGRADECIMIENTOS

A CONICYT por el financiamiento del Proyecto 1073-84, que permitió el viaje a los archivos bolivianos y las reproducciones del material allí existente.

Santiago, junio de 1985.

LA SOCIEDAD CHILENA DEL SIGLO PASADO VISTA POR  
LOS VIAJEROS EXTRANJEROS  
(1811 - 1851)

\*Carlos Maldonado Prieto

I. VALOR DEL TESTIMONIO DE LOS VIAJEROS

Es indudable que las fuentes de primera mano, sean éstas documentos originales o testimonios vivenciales, son de valor incalculable para el historiador. Desde el siglo pasado la historiografía chilena ha sabido valorar las fuentes históricas y ha procedido a recopilar y ofrecer al lector varias colecciones de documentos referentes a la historia colonial y republicana del país, sobre todo de carácter político y jurídico; baste citar la labor en este sentido de José Toribio Medina y muchos otros<sup>1</sup>. Sin embargo, no podemos decir lo mismo respecto a otras fuentes primarias de primer orden, principalmente aquéllas que tocan temas económicos (como comercio, tributación, exportaciones e importaciones, comunicaciones y transporte, agricultura, etc.). Un ejemplo de ello es la escasez de publicaciones de informes consulares relativos a Chile, habiendo empero posibilidades concretas en archivos históricos y cancillerías europeas y norteamericanas<sup>2</sup>. Algo parecido ocurre con la extensa literatura escrita por viajeros extranjeros hacia fines del siglo XVIII y durante todo el siglo XIX. En general, la actividad de traducción y publicación de textos de viajes y expediciones ha sido poca en

---

\* Investigador del IEC  
Santiago, abril de 1985.

1. José Toribio Medina, *Colección de documentos inéditos para la historia de Chile, desde el viaje de Magallanes hasta la Batalla de Maipo*, Santiago, 1888 - 1902. 30 vol., y Enrique Matta Vial y Guillermo Fellú Cruz, *Colección de Historiadores y de Documentos relativos a la Independencia de Chile*, Santiago, 1900 - 1954. 37 vol.
2. *Sobre informes consulares relativos a América Latina, consúltese a Heraclio Bonilla, Gran Bretaña y el Perú: informes de los cónsules británicos, 1826 - 1919*, Lima, 1975 - 77. 5 vol.; R.A. Humphreys, *British consular reports on the trade and politics of Latin America, 1824 - 1826*, London, 1940, y Williams R. Manning, *Correspondencia diplomática de los Estados Unidos, concerniente a la Independencia de las naciones latinoamericanas*, Buenos Aires, 1930 - 32. 6 vol.

nuestro país, con las honrosas excepciones de los infatigables Medina y Guillermo Feliú Cruz<sup>3</sup>.

Hasta hace poco los testimonios de los viajeros extranjeros eran reducidos por la historiografía tradicional a una visión meramente exótica y algo romántica de nuestra realidad nacional; se hacía resaltar de preferencia los aspectos anecdóticos y triviales de sus impresiones y fugaces experiencias en tierras chilenas<sup>4</sup>. Sin embargo, la contribución de los testimonios de los viajeros va mucho más allá; es así que algunos de ellos se transformaron de ser meros observadores en activos participantes de la vida chilena del siglo pasado, como lo reflejan los casos de Domeyko, Sutcliffe (que vivió 16 años en Chile), Miers o Lord Cochrane, hombres que, de furtivos "turistas", se convirtieron en excelente conocedores del país, que recorrieron a lomo de mula o caballo el territorio chileno de punta a cabo, cruzando sus pasos fronterizos, investigando su flora y fauna, escudriñando su geografía física y económica en el norte minero, en el centro agrícola, en el sur indómito y lluvioso y en las lejanas tierras del archipiélago de Chiloé, último lugar habitado y administrado por chilenos<sup>5</sup>.

Sorprende leer los textos originales de los viajeros extranjeros que vinieron a Chile, sobre todo después del triunfo revolucionario de Maipú, al comprobar su espíritu altamente crítico y de profundo sentimiento de amistad hacia nuestro pueblo. Muchos de ellos se transformaron con el correr de los años en celebridades científicas o artísticas, como el caso de Charles Darwin, María Graham o Raimond Monvoisin.

Como ya decíamos, superando el análisis de lo exótico y costumbriera del mensaje de los viajeros, descubrimos en él un contenido humanista y de atenta observación que hizo un descarnado diagnóstico de la realidad chilena postindependentista, resaltando sus cualidades y condiciones particulares del país, pero demostrando a su vez el retra-

3. Véase el excelente trabajo de Guillermo Feliú Cruz, *Notas para una bibliografía sobre viajeros a Chile*, Santiago, 1965. De los títulos recopilados por este autor, sólo una ínfima parte está traducida al español. Para el estudio de otros países latinoamericanos, consúltese a C.J. Cordero, *Los relatos de los viajeros extranjeros*. Fuentes de historia argentina, Buenos Aires, 1936; Estuardo Núñez, *Los viajeros extranjeros y la Independencia del Perú (1805 - 1825)*, Lima, 1971, y Pascual Venegas Filardo, *Viajeros en los siglos XIX y XX*, Caracas, 1973.

4. Un ejemplo de lo dicho lo encontramos en Roberto Silva Bjiit, *Viajeros en Quillota durante el siglo XIX*, Quillota, 1980, y en menor medida también en Guillermo Feliú Cruz, *Santiago a comienzos del siglo XIX. Crónicas de los viajeros*, Santiago, 1970.

5. Entre los casos dignos de mención destacan los de Samuel Halgh, comerciante británico que voluntariamente abandonó su cómodo almacén del centro de Santiago, para acudir a luchar en la batalla de Maipú al lado del Ejército chileno, o el caso de William G. Worthington, más anecdótico pero no menos característico para cierto tipo de extranjeros del período, quien siendo representante diplomático norteamericano en Chile, propuso al Director O'Higgins que considerara aprobar para la nueva república una constitución política elaborada de su puño y letra. Véase a Eugenio Pereira Salas, *La misión Worthington en Chile*, Santiago, 1936, pág. 10 y sig.

so del modo de producción que imperaba en Chile, al compararlo una y otra vez con la realidad de Europa y los Estados Unidos.

Hay que destacar también que los testimonios de los viajeros tienen una interesante particularidad y, por lo mismo, un valor significativo como fuente histórica: su relativa imparcialidad y distancia frente a los hechos observados y analizados. Con justicia nos dice el insigne sabio polaco Ignacio Domeyko en sus "Memorias de un exiliado": "Sólo un extranjero, exento de prejuicios y nada obcecado, puede ver y apreciar imparcialmente muchas cosas que los propios chilenos miran con ideas preconcebidas, con pretensiones a una nueva civilización, con excitación del amor propio, aunque todavía con simpatía innata"<sup>6</sup>.

Por otro lado, sin embargo, no podemos tampoco sobredimensionar el valor histórico de estas fuentes. Como toda observación humana, ésta es profundamente subjetiva, influenciada por mil situaciones del momento, del clima, del viaje mismo, etc., donde no faltan los prejuicios eurocentristas y hasta racistas<sup>7</sup>. No es raro detectar también simpatías contradicciones en los diversos textos<sup>8</sup>. Influye además la circunstancia de las rivalidades entre las potencias (caso de los Estados Unidos y Gran Bretaña, por ejemplo), los intereses económicos y financieros de muchos de los viajeros, su nivel cultural —aunque, por lo general, era bastante alto, muchas veces superior a la mayoría de sus anfitriones—, y un sinfín de elementos de tipo circunstancial. Con todo, el testimonio de los viajeros debe ser rescatado y analizado en sus justos términos; algo de ello ha ocurrido ya, por ejemplo, con el testimonio gráfico de Rugendas o de varios viajeros ingleses —Miers— para visualizar los vestidos de la época o el nivel de los instrumentos de trabajo en la agricultura, etc.

## II. LOS VIAJEROS EXTRANJEROS EN CHILE

El presente trabajo se basa en el análisis de 65 visitantes extranjeros entre los años de 1811 y 1851, que corresponde más o menos al período de "postemancipación", o sea, los años que van desde el mo-

6. Ignacio Domeyko, *Mis viajes. Memorias de un exiliado*, Santiago, 1978, pág. 357, vol. 1.

7. El siguiente juicio del cónsul general británico en Lima en el año 1834, Mr. Belford A. Wilson, es característico del prejuicio al cual nos referimos: "... sus despreciables intrigas por el poder político o su destructiva anarquía surgida de la lucha entre el despotismo militar (...), en un país que se encuentra solamente a un grado distante de civilización de los nativos de la costa de Guinea", en: Heraclio Bonilla, ob. cit., pág. 102, vol. 1.

8. Mientras el comerciante sueco Bladh, asegura que "las chilenas no fuman", el viajero y mercader francés Mellet nos dice que "las mujeres son muy atractivas; gustan mucho de tocar la guitarra, de cantar y bailar; pero también tienen la mala costumbre de beber aguardiente y de fumar". Véase a Carl Eduard Bladh, *La república de Chile, 1821 - 1828*, Santiago, 1951, pág. 145, y Julián Mellet, *Viajes por el interior de América Meridional*, Santiago, 1959, pág. 72.

vimiento juntista de 1810 y que dan inicio a la República, y 1850—1851 que señalan el fin del proceso de emancipación y de readecuación económica y política al nuevo status republicano, el cual se caracterizó en Chile por la instauración del "Estado en forma" de base portaliana con el apoyo efectivo de la aristocracia agraria<sup>9</sup>.

Bien es sabido que en el período colonial, España prohibía en forma discrecional a todo extranjero la visita de sus posesiones americanas. La medida fue inflexible y sólo en contados casos hubo alguna flexibilidad (los viajes legendarios de Alexander von Humboldt por Cuba, México y Venezuela y de George Vancouver por Chile, son una prueba de ello). Por lo que a partir de 1810, cuando el dominio peninsular comenzó a resquebrajarse por las juntas que florecían en todas las colonias, permitió que muchos extranjeros se abalanzaran sobre el Nuevo Mundo, con la intención de "redescubrir" estas tierras para beneficio de la ciencia y de la economía de sus respectivos países. "Una legión de sabios, artistas, aventureros, militares, políticos, mercaderes, curiosos iba y venía por toda América estudiando los fenómenos naturales, mirando lo exótico, buscando aventuras, examinando las posibilidades de expansión económica que abría la independencia de las nuevas repúblicas recién salidas del huevo imperial español"<sup>10</sup>.

Analizando este granado grupo de 65 viajeros que hemos podido compilar —obviamente sólo aquéllos que pusieron sus impresiones sobre papel—, nos encontramos que refleja bastante bien la procedencia de determinados países, de ciertas profesiones y otros aspectos de interés. Su procedencia habla a las claras del interés de Europa por Chile y América del Sur: 51 viajeros provenían del Viejo Continente, y de ellos 24 de Gran Bretaña (además, 10 franceses, 9 alemanes, tres suecos, 2 belgas, 2 suizos y un polaco); los restantes 14 viajeros provenían de los Estados Unidos.

En lo que respecta a sus ocupaciones u oficios, la situación es algo más compleja, pues los viajeros tendieron a realizar varias actividades a la vez o sucesivamente. Así, por ejemplo, no escasearon los militares que se dedicaron a la agricultura (Lord Cochrane) o al comercio (Lafond de Lucy), o comerciantes que ejercieron como mineros (Miers) o representantes diplomáticos que participaron en comercio, minería u otras actividades muy remunerativas (el caso de todos los cónsules norteamericanos del período de los años de Independencia, a excepción de Jeremías Robinson, agente especial para Chile entre 1818 y 1823). Resumiendo, nos encontramos con que de los 65 viajeros —no siendo muy completos sus datos biográficos, lastimosamente— 20 eran militares

10. Tomás Lago, *Rugendas, pintor romántico de Chile*, Santiago, 1960, pág. 11.

9. Sobre el concepto de "postemancipación" y sus características en Chile, consúltese nuestro trabajo "Sobre los movimientos de masas democráticos y las reformas liberales de mediados del siglo XIX en Chile", Andes, N° 1, Santiago, 1984, pág. 121 - 156.

(marinos en su mayoría), 14 eran científicos (naturalistas, médicos, ingenieros, etc.), 10 viajeros propiamente tales, 6 comerciantes natos y 13 de otros oficios (como pintores, cónsules —analizamos sólo aquellos cuyos escritos han sido publicados—, reverendos, tipógrafos, etc.). Este análisis, insistimos, no puede ser de exactitud completa, pues, como decíamos más arriba, las ocupaciones en ese período eran relativas y dependientes de los vaivenes de los acontecimientos; muchos cambiaron varias veces de ocupación. Sobresalen, sin embargo, los viajeros dedicados al oficio militar, muchos de ellos empeñados en tareas científicas también (viajes alrededor del mundo, expediciones hidrográficas, etc.) o de reconocimiento de la capacidad comercial del país. Por otro lado, el análisis por país hace palpable lo dicho: de los 20 militares 11 eran británicos y de los 14 científicos 5 eran alemanes. Esa fue la tendencia general, Gran Bretaña puso su interés sobre todo en los aspectos militares y comerciales (con una base naval permanente en la costa occidental de América del Sur, por ejemplo), en menor medida también los Estados Unidos, mientras que los demás países de Europa privilegiaban los aspectos de investigaciones científicas y las artes.

Los testimonios que usamos para este trabajo se encuentran publicados en las más diversas lenguas, en forma de bitácoras de viaje, relatos de aventuras, informes consulares y administrativos, memorias y diarios de vida, etc., muchos de los cuales tuvieron gran difusión en su tiempo, siendo a su vez lectura obligada para quienes deseaban aventurarse por tierras latinoamericanas. Los tópicos abordados en estos textos son muy amplios, destacando las impresiones sobre costumbres y usos regionales, observaciones sobre la vida urbana y los medios de transporte, juicios sobre las diversas ramas productivas del país (comercio exterior, minería, agricultura, manufactura, etc.), sobresaliendo las observaciones sobre la situación social —las que nos ocuparán preferentemente en las páginas siguientes— y en menor medida las cuestiones eminentemente políticas y de Estado, exceptuando, como es lógico, a los cónsules y enviados diplomáticos. Destacan en este campo los viajeros norteamericanos, imbuidos por un espíritu progresista y sinceramente republicano, siempre deseosos de colaborar en el afianzamiento de la joven nación chilena, como así también los emigrados por razones de confesión religiosa o política, quienes sensibilizados por la cuestión social nos legaron juicios tremendamente inquisidores sobre la realidad chilena: dignos de destacar son el polaco Domeyko y el bávaro Aquinas Ried.

El presente trabajo es claramente más descriptivo que analítico. Su carácter es absolutamente provisorio y no puede pretender de ningún modo de entregar una visión definitiva del período estudiado. Para ello sería menester contar con muchos otros antecedentes más. La idea central que emana de estas páginas, es demostrar la validez de los testimonios de los viajeros extranjeros sobre el estado y la capacidad de



desarrollo y expansión del modo de producción imperante en Chile después de la independencia del país. Es por ello que se tiende a hacer hablar a los propios observadores de los hechos, dejando ver todas sus contradicciones, limitaciones, prejuicios y genialidades.

### III. LOS CHILENOS, SUS COSTUMBRES Y SUS CIUDADES

Las impresiones de los visitantes extranjeros, pese a los diversos medios culturales de donde provenían y a las diferentes épocas en que vinieron a Chile durante las cuatro décadas que abarca este estudio, son generalmente coincidentes. Después de largos meses de navegación o de caminatas agotadoras por las quebradas de la cordillera de los Andes, los viajeros avistaban tierra chilena y quedaban impresionados por la fertilidad de los valles de la zona central o por la sequedad del norte del país. Sin embargo, por lo general les atraía más la geografía humana de un pueblo desconocido para ellos, que vivía, producía y se desarrollaba en los confines del mundo civilizado, que las bellezas naturales.

La primera impresión era en la mayoría de los casos favorable; encontraban un pueblo simpático y temperamental, amistoso hacia los extraños, se sentían a gusto. Así describe el viajero francés Arago, por ejemplo, las mujeres de Chile: "Las mujeres son de una belleza sobresaliente, tienen en su actuar un aire de independencia y juventud que caracteriza a las andaluzas, y sus ojos audaces son muy provocadores: todo extranjero es bien recibido; todo francés bien festejado"<sup>11</sup>. Del mismo modo, para el británico Mathison las mujeres chilenas son bellas y concluye que, por su verdor y hermosura, Chile merece el nombre de la "Italia de América"<sup>12</sup>. Otro tanto nos dice María Graham, entusiasta viajera que había estado en la India, en gran parte de Europa y en el Brasil: "... jamás he visto tantas mujeres hermosas en un solo día como aquí (en Santiago, C.M.), en el día de hoy"<sup>13</sup>. Sin embargo, les sorprende a nuestros visitantes, la tendencia generalizada a la imitación del modo de vida y de vestir europeos. Así, Mathison asegura en 1822 que "en la moda, las damas de Chile imitan las ropas europeas, las cuales encuentran acogida lentamente en Río de Janeiro y Buenos Aires; y de esa manera la moda española va cayendo más y más en desuso"<sup>14</sup>. Ya en 1816, el marino alemán von Kotzebue había escrito que "los chilenos reciben su moda de París; el tono de la sociedad (de Concepción, C.M.)

11. Jacques Arago, *Voyage autour du monde de l'Astrolabe et de la Zélée* (1837 - 1840), París, 1844, pág. 104/105.
12. Gilbert F. Mathison, *Narrative of a visit to Brazil, Chile, Peru and the Sandwich Islands during the years 1821 and 1822*, London, 1825, pág. 217.
13. María Graham, *Diario de mi residencia en Chile en 1822*, Santiago, 1953, pág. 108/109.
14. Gilbert F. Mathison, ob. cit., pág. 201.

es decente y nada de estirada"<sup>15</sup>. Su compatriota, el bávaro Ried, por su parte y ya cerca del medio siglo, critica ácidamente la sociedad santiaguina: "Abundan los franceses y las maneras y las ideas de esta gente son afrancesadas, ilo que no constituye una ventaja para ella!" y agrega a renglón seguido que "el palacio de la Moneda es un conjunto extenso de muros de ladrillos muy poco característico. Falto de estilo determinado, falto de comodidades, falto de elegancia. Unos cuantos húsa-res montan guardia, son una pobre imitación de un pobre original, el húsar francés"<sup>16</sup>.

Todos coinciden unánimemente en resaltar la hospitalidad del pueblo chileno, tanto de la clase acomodada como de la masa popular. El médico naval norteamericano Ruschenberger escribe en 1831: "La hospitalidad y amabilidad de los chilenos para con los extranjeros no podía ser mejor —si es que se le iguala— en ninguna parte del mundo (. . .) No cabe duda que Chile tiene un cierto encanto que pocos extranjeros pueden resistir . . ."<sup>17</sup>. De manera similar se expresa en 1849 el viajero alemán Gerstäcker: "El chileno es alegre y sociable, y si alguna vez debo elegir un país extranjero para vivir, elegiría, justamente por el motivo expuesto recién, a Chile"<sup>18</sup>. Sin embargo, algunos relatos de viajeros demasiado soberbios habían causado escozor en la sociedad pudiente de Valparaíso y Santiago, pues se referían en forma arrogante y hasta hiriente sobre usos y costumbres de los chilenos adinerados. Es así que ya en 1831 el viajero berlinés Meyen comprueba un franco recelo de parte de los anfitriones: "... pues actualmente ya ha desaparecido la costumbre de que todo extranjero decente podía entrar, sin mediar mayor formalismo, en el círculo de las familias más prestigiosas"<sup>19</sup>. Por lo que la crítica del naturalista suizo von Tschudi, quien visitó Chile en dos ocasiones entre 1838 y 1860, dirigida a aquellos observadores inflexibles de la realidad latinoamericana, que, al querer compara todo con lo europeo, no reparaban en las desproporciones del desarrollo entre ambos mundos y destacaban aspectos ásperos y escabrosos, contribuyendo poco al entendimiento entre los hombres, cobra sentido y trascendencia: "El primer y el más importante deber del viajero es comprobar la situación desde un punto de vista lo más

15. Otto von Kotzebue, *Entdeckungs-Reise in die Süd-See und nach der Berings-Strasse zue Erforschung einer nördlichen Durchfahrt - unternommen in den Jahren 1815, 1816, 1817 und 1818*, Welmars, 1821, pág. 110, vol. 1.
16. Aquinas Ried, "Diario de viaje efectuado por el Dr. Aquinas Ried desde Valparaíso hasta el lago Llanquihue, y de regreso (1847)", *Revista Chilena de Historia y Geografía*, tomo XXXVI, N° 40, Santiago, 1920, pág. 220.
17. William S.W. Ruschenberger, *Noticias de Chile, 1831 - 1832*, Santiago, 1956, pág. 103/104.
18. Friedrich Gerstäcker, *Reisen. Südamerika*, Stuttgart-Tübingen, 1853, pág. 387, vol. 1.
19. F.J.F. Meyen, *Reise um die Erde in den Jahren 1830, 1831 und 1832*, Berlin, 1834, pág. 253, vol. 1.

imparcial posible y con una visión clara, antes de juzgarla. Su juicio podrá así llevar el sello de una observación individual, pero éste será honesto y más o menos valioso; y por lo menos el lector no se verá engañado con superficialidades, notorias falsedades, actitudes arrogantes con respecto al país y su gente y con conclusiones generales apresuradas y erradas de uno o pocos ejemplos como ocurre lamentablemente en muchas descripciones de viajes<sup>20</sup>.

Otro aspecto que impresionó a los viajeros, íntimamente ligado a lo anterior y que revela algunos aspectos interesantes sobre el estado de las relaciones sociales en el período de postemancipación, fue la seguridad con la que se podía viajar a través del país, aunque sobre el particular haya varias versiones contradictorias. Por un lado, el químico suizo Schmidtmeyer señala en 1820 que "un rasgo que merece ser notado particularmente es la seguridad con que el viajero puede viajar, dormir al aire libre y permanecer completamente expuesto durante su reposo, aunque se sepa siempre que viaja con propósito de comerciar y generalmente con mucho dinero (. . .) Recibir a extraños es, aun entre los chilenos más pobres, un acto de hospitalidad (más) que de propio interés . . ."<sup>21</sup>. En términos semejantes se expresa el ya citado Carl Bladh<sup>22</sup>. Por el contrario, el enviado británico Proctor verifica en 1823 "que después de la revolución los caminos habían sido constantemente perturbados por bandidos, desertores del ejército, que muchos robos y también asesinatos habíanse cometido principalmente entre hijos del país"<sup>23</sup>. Otro tanto asegura el capitán británico Vowell, buen conocedor del país y que vivió en Chile entre 1821 y 1829<sup>24</sup>. Con todo, la impresión general del país por parte de los extranjeros, es buena y se puede resumir en estas bellas palabras de María Graham, que destacan, además, el carácter formativo de la conciencia nacional que ella pudo palpar durante su residencia en nuestras tierras: "Me inclino a tener una alta idea del carácter y disposición de los chilenos: son francos, alegres, dóciles y valientes. Con seguridad estas cualidades les

20. Johann J. von Tschudi, *Reisen durch Südamerika*, Leipzig, 1866 - 1869, pag. vii, vol. 1.
21. Peter Schmidtmeyer, *Viaje a Chile a través de los Andes*, Buenos Aires, 1947, pag. 275.
22. " . . . los robos son (. . .) rarísimos. Los viajeros son rara vez o nunca atacados por ladrones, y las casas se dejan cerradas tanto en las ciudades como en el campo". En: Carl Eduard Bladh, ob. cit., pag. 69.
23. Robert Proctor, *Narraciones del viaje por la Cordillera de los Andes y residencia en Lima y otras partes del Perú en los años 1823 y 1824*, Buenos Aires, 1920, pag. 67.
24. "El número de los carreteros y la reputación que tienen de vigor e intrepidez, constituyen protección importante para las mercaderías de valor que continuamente están acarreado del puerto a la ciudad (de Santiago, C.M.) y viceversa, ya que todos los caminos de Chile, cual más cual menos, están infestados de ladrones". En Richard L. Vowell, *Campañas y cruceros en el Océano Pacífico*, Buenos Aires - Santiago, 1968 (3ra. ed.), pag. 62.

servirán para formar un hermoso pueblo, una nación que llegará a ser algo"<sup>25</sup>.

La descripción de las ciudades ocupó en gran medida el interés de los viajeros, pues consideraban lo urbano como un signo fidedigno del nivel de desarrollo del país. La mayoría de nuestros visitantes se impresionó notablemente con Valparaíso, su puerto, sus cerros, su agitada vida comercial y su notorio sello cosmopolita. El británico Mathison relata que "los ingleses y americanos (. . .) parecían constituir la masa de la población de la ciudad; y tantos oficiales navales, ayudantes de comerciantes, marinos y hombres de negocios, los que se veían por todas partes, que, pese a la apariencia pobre y sucia del lugar, el extranjero pensaba haber llegado a una ciudad inglesa"<sup>25</sup>. Algo similar nos refieren María Graham, William Ruschenberger y otros, llegando a afirmar el comerciante Haigh en 1827, cuando visitaba por tercera vez el país, que el puerto "estaba atestado de ingleses residentes (. . .); como 4.000 habitaban aquel lugar"<sup>27</sup>. Por cierto que, principalmente después de las guerras de Independencia, las potencias comerciales de la época —Gran Bretaña en primer lugar seguida de Francia, Alemania y los Estados Unidos—, comenzaron a tener gran preponderancia en la vida de las naciones latinoamericanas. Esto se expresaba también en la presencia de multitud de sus súbditos en las ciudades y puertos de la región, aun siendo éstos pequeños y de relativamente poca importancia. Un ejemplo de ello lo entrega el marino inglés Andrews al referirse a la situación de

25. María Graham, ob. cit., pag. 43.
26. Gilbert F. Mathison, ob. cit., pag., 176.
27. Samuel Haigh, *Bosquejos de Buenos Aires, Chile y Perú*, Buenos Aires, 1920, pag. 165/166.  
Sobre Valparaíso: "En todas las calles se ven carteles de sastres, zapateros, talabarteros y posaderos ingleses; y la preponderancia del idioma inglés, sobre todas las demás lenguas que se hablan en la calle, lo harían a uno creer-se en una ciudad de la costa inglesa". En: María Graham, ob. cit., pag. 37.  
" . . . Valparaíso más parece una factoría extranjera que una ciudad chilena, es una especie de zona neutral, torre de babel, donde en la misma casa se escucha a veces conversar en diez lenguas diversas, aunque el español y el inglés sean los idiomas más usados". En: Jacques A. Mourouhouth, *Visión de Valparaíso en 1828*, Revista Chilena de Historia y Geografía, Nº 118, Santiago, 1951, pag. 24-25.  
"A ambos lados hay tiendas llenas con los productos de la industria europea, exhibidos en parte con igual buen gusto que en nuestras ciudades mayores. Alternan con las grandes bodegas de casas comerciales británicas de primer rango y con las tabernas de los marineros, de las que salen sonidos que también se podrán escuchar en Londres o Hamburgo. Es cierto que, excepción hecha de las horas caniculares del mediodía, la gente se aglomera en esa calle de gran movimiento comercial, pero en su mayoría son extranjeros, y casi se oye hablar más la lengua de Inglaterra que los sonidos más sonoros de la península hispana". En: Eduard Poeppig, *Un testimonio en la alborada de Chile, 1826 - 1829*, Santiago, 1960, pag. 69.  
Sobre Copiapó: "Copiapó cuenta ahora de 10 a 12 mil habitantes, siendo su población una mezcla de todas partes del mundo: Franceses, alemanes, yanquis, inmigrantes de diversas partes de América española, sobre todo los llamados cuyanos (. . .) forman esa población, cuya mitad apenas componen los chilenos, y aún estos, lo mismo que los extranjeros, llegan aquí y se establecen por algún tiempo buscando fortuna en las minas, sin vincularse con el lugar". En: Ignacio Domeyko, ob. cit., pag. 403, vol. 1.

la ciudad peruana de Tacna en 1825: "Hallé allí tal influencia de mis compatriotas que Tacna parecía más colonia inglesa que española. Es asombroso lo pronto que todo emporio abierto a nuestro comercio se abate . . ."28. El sueco Graaner escribe en 1816 algo parecido respecto de Buenos Aires: "Los ingleses ( . . . ) han colmado esta ciudad y casi todas las ciudades y pueblos que están en el camino a Potosí, con sus productos manufacturados . . ."29.

Por otra parte, los viajeros señalan con claridad el progreso del puerto de Valparaíso que fue vertiginoso a partir de la década de los años veinte. Si la ciudad contaba con "2.200 personas de ambos sexos y de la clase de españoles, mestizos, etc." en el año de 1793, ya en 1821 el número de habitantes era de 12.000 para llegar luego, en 1828, a 20.000 almas30. Coinciden todos en considerar Valparaíso como una "verdadera ciudad europea"31.

La capital chilena también mereció largos pasajes en los textos de los viajeros. La impresión general es la de una ciudad agradable, limpia y ordenada, más rústica y provinciana que Valparaíso, pero no por ello menos interesante. Para Peter Schmidtmeier, Santiago era una ciudad abigarrada y llena de contrastes sabrosos: "Carniceros, fruteros y minoristas de todos los productos y manufacturas chilenas, llenan una parte de esta plaza (de Armas, C.M.) y le dan el aspecto de una feria. Detrás de éstos hay tiendas, que son atendidas personalmente por algunas de las personas más respetables de Santiago y que se hallan principalmente llenas de mercaderías extranjeras valiosas"32. Empero, nuestro ya conocido Aquinas Ried describe la ciudad, casi treinta años después, con tintes mucho más oscuros: "El ocio, la indolencia, las intrigas, el vicio de fumar, el del juego y otros menos finos, dan una idea de los habitantes de Santiago. Faltan las industrias ( . . . ) El mate, la toilette, la misa y las aventuras amorosas ocupan a estas mujeres: porque los hombres parece que aun tienen menos quehaceres"33.

Yendo más al sur, las impresiones que hemos podido cotejar sobre Concepción tampoco son muy halagüeñas. Así, por ejemplo, el joven estadounidense Coffin, quien visita la ciudad en los años de la lucha por la Independencia, escribe que las acciones bélicas "han desolado completamente la ciudad y los alrededores y por muchos años no recobrarán su prosperidad. Cada partido, según la ocasión que ha tenido, ha confiscado las propiedades e intereses del contrario ( . . . ) Con respecto

28. Joseph Andrews, *Viaje de Buenos Aires a Potosí y Arica en los años 1825 y 1826*, Buenos Aires, 1920, pág. 216.

29. Jean A. Graaner, *Las Provincias del Río de la Plata en 1816*, Buenos Aires, 1949, pág. 103.

30. Thaddäus Haenke, *Descripción del reyno de Chile*, Santiago, 1942, pág. 82, y Carl Eduard Bladh, ob. cit., pág. 28.

31. Jacques Arago, ob. cit., pág. 105.

32. Peter Schmidtmeier, ob. cit., pág. 306.

33. Aquinas Ried, ob. cit., pág., 221.

a su manera de vivir, dudo de que hayan experimentado cambio material alguno durante los tres últimos siglos"34. A este durísimo juicio se suma el del reverendo británico Salvin, quien reside en el país entre 1824 y 1825: "En toda la población de Concepción se revela una gran pobreza y miseria, no hallándose una sola persona ocupada en hacer algo útil, a excepción de los tenderos. Se ven hombres y mujeres andrajosamente vestidos en las esquinas de las calles, con los brazos cruzados, inmóviles, a excepción de los ojos, y, sin embargo, las tierras en los alrededores del pueblo aparecen sin cultivo alguno, y producen solamente pasto"35. Resalta también este atento observador, los efectos regresivos de las guerras de la Independencia en la producción, comercio, transporte y nivel de vida de la región penquista, tema al que se refieren una y otra vez los viajeros, al tratar específicamente los rubros de minería, agricultura y otros.

#### IV. LA BASE MATERIAL DE LA SOCIEDAD CHILENA

##### 1. La agricultura

La sociedad chilena del siglo pasado fue eminentemente agraria y rural, siendo a su vez la base de sustentación de la economía del país, la fuente de trabajo para la mayoría de la población y centro de poder político de la clase terrateniente. Obviamente los viajeros se interesaron en los pormenores de este mundo agrario omnipresente en todo el territorio.

En la primera mitad del siglo XIX, la agricultura chilena se caracterizó por el predominio de una economía pastoril —prolongación en el tiempo del período colonial—, la existencia de un sistema, en la mayoría de los casos, de mera subsistencia, y, por lo tanto, de relaciones dinero-mercancía muy poco desarrolladas. Predominaban las grandes propiedades territoriales que tenían como núcleo la hacienda señorial, organismo productivo que existía a base del "inquilinaje", relación de producción servil y precapitalista. El nivel técnico de la producción era bajo, igual que el de inversiones de capital, y el terreno cultivado no superaba un cuarto de la superficie arable del país. El imperio de una economía "tradicional" precapitalista en la cual la población rural producía su propio consumo y la población urbana era escasa y con poca capacidad de demanda, tendía a desarrollar un mercado interno más bien reducido. Bajo tales circunstancias, la exportación se transformó

34. John F. Coffin, *Diario de un joven norte-americano detenido en Chile durante el período revolucionario de 1817 a 1819*, Santiago, 1898, pág. 80 y 130.

35. Hugo Salvin, "Diario escrito a bordo del buque de S.M. 'Cambridge', desde enero de 1827, hasta mayo de 1827", *Revista Chilena de Historia y Geografía*, tomo XXXII, No 36, Santiago, 1919, pág. 419.

en el rubro principal para la agricultura chilena<sup>36</sup>. Y aunque la base de la producción era la ganadería —rama que no necesitaba grandes instalaciones de regadío ni ocupaba mucha mano de obra—, el trigo y la harina fueron los productos tradicionales de la exportación agrícola del país. Sin embargo, las guerras de Independencia, la prohibición de importación (1824—1831) y la posterior implantación de un subido arancel (años 1830 y 1840) a las harinas chilenas en el Perú —tradicional mercado para Chile— y los bajos precios que debieron soportar estos productos, redujeron en forma considerable el mercado para las exportaciones nacionales, situación que condujo a una franca estagnación de la agricultura hasta fines de los años cuarenta, cuando comenzó a resurgir gracias a la apertura de nuevos mercados en California y Australia.

El nivel técnico y la productividad del trabajo en el agro fueron rubros que interesaron vivamente a los viajeros, sorprendiéndose por las diferencias con el mundo desarrollado de la época. Es así que William Ruschenberger considera los arados que vio en 1831 "sencillamente una especie de espigón que no se distingue materialmente del que usaban los antiguos romanos"<sup>37</sup>. Sin embargo, el naturalista Poeppig, quien vivió en Chile en el mismo período que Ruschenberger, señala que la agricultura chilena, pese a su atraso tecnológico, había sido capaz de introducir nuevos tipos de arados "importando frecuentemente desde Europa o la América del Norte, o se han imitado en el país (...) reemplazando, al menos en todas las haciendas grandes, aquel instrumento" que se describe más arriba<sup>38</sup>. Por su parte, Lord Cochrane, el jefe naval que residió en el país entre 1818 y 1823, se transformó en uno de los pioneros de la agricultura moderna de Chile, al introducir una serie de mejoras técnicas y nuevas especies en su predio de Quintero: "Apenas me había instalado en Quintero principié a ocuparme con empeño de mis mejoras, habiendo a la sazón recibido de Inglaterra variedad de instrumentos de agricultura, como arados, gradas, azadores, etc., los cuales eran cosa nueva en Chile; y también simientes de agricultura europea, como zanahorias, nabos, etc., que antes que yo los hubiese introducido eran desconocidos en el país"<sup>39</sup>.

El estado de la producción agrícola fue blanco constante de ácidas críticas por parte de los viajeros extranjeros. Ya en 1818, el cónsul estadounidense Bland, se refería al tema: "La fruta de los viñedos de Chile es muy abundante, pero los medios empleados en la preparación

36. Véase el excelente trabajo de Arnold J. Bauer, "Expansión económica en una sociedad tradicional: Chile central en el siglo XIX", Revista Historia U.C., Santiago, 1971.

37. William S.W. Ruschenberger, ob. cit., pág. 104.

38. Eduard Poeppig, ob. cit., pág. 131.

39. Thomas Lord Cochrane, *Narrative of services in the liberation of Chili, Peru, and Brazil, from spanish and portuguese domination*, London, 1859, pág. 205/206, vol. 1.

del producto para el mercado son atrasados, ruinosos y deficientes. Sus lagares y destilerías para hacer vino y aguardiente se trabajan rudimentariamente, y el licor es, por lo general, de mala calidad . . ."<sup>40</sup>. Refiriéndose a la tecnificación, señala que "en el país existen escasos molinos de trigo que preparen harina para la exportación. Sin embargo, no se debe a la falta de corrientes o caídas de agua el que no se levanten más y mejores molinos"<sup>41</sup>. Bland resume sus pensamientos sobre la producción agraria de la siguiente manera: "La agricultura de Chile se encuentra en el estado más rudimentario y primitivo; parece que ninguna faena se hace con destreza (ni) con los elementos adecuados; sin embargo son escasas, si las hay, las naciones de la tierra en las que las labores del agricultor, del pastor y del ganadero sean tan generosas y liberalmente recompensadas"<sup>42</sup>. En términos parecidos se expresa nuestro conocido Domeyko más de veinte años después, al comentar una visita suya a la hacienda Limarí, en el Norte Chico. Resalta la fertilidad asombrosa de los valles chilenos y la casi nula utilización de sistemas tecnificados en la producción. Luego de señalar que la ganadería es la principal rama productiva en el campo, afirma que "el segundo artículo de la producción que se considera aquí como secundario es la agricultura. No se conoce aquí el centeno ni la avena, sólo se siembra trigo, maíz, alubias (porotos, C.M.) papas y algo de cebada. Del trigo se siembran todos los años de 200 a 250 fanegas (alrededor de 40 toneladas) y se recogen 3.000 fanegas (unos 29.000 metros<sup>3</sup>, C.M.). Comúnmente se siembra el trigo con la lucerna, de suerte que después de la primera cosecha se dispone de pastizales para el engorde del ganado durante todo el año siguiente. No se conoce aquí, ni se necesita, abonar los campos; los bueyes engordan en el campo. A trechos, luego de recolectar el trigo, se siembra en el mismo lugar el maíz o las alubias y se obtienen dos cosechas. Tres veces se ara para el trigo y una sola vez para la cebada y otras verduras. Todo el arte agrícola consiste en el buen riego, y cuando faltó o escasea el agua en las acequias, los vecinos se la pelean,

40. Informe del 2 de febrero de 1818 de Theodorick Bland. en: William R. Manning, ob. cit., pág. 1139, vol. 3.

Otro viajero nos cuenta que "realmente el vino chileno no se puede comparar con el mendocino y se trae también mucho desde allá". En: Friedrich Gerstácher, ob. cit., pág. 338, vol. 1.

41. Informe Bland, ob. cit., pág., 1140, vol. 3. Sin embargo, Peter Schmidtmeier se refiere a la instalación molinera del inglés John Miers en Concón, que data de 1819: "Fuimos a ver el molino harinero que este caballero había construido últimamente, de acuerdo a un plano inglés. Una obra muy completa y, para este país, nueva y extensa. El agua traída del río Quillota, hace andar una rueda que pone en movimiento tres pares de piedras. Su intención principal es abastecer a Valparaíso con la mejor harina al precio más barato, ahorrando mucha mano de obra requerida hasta ahora para ese trabajo". En: Peter Schmidtmeier, ob. cit., pág. 287. De igual manera, Carló Bladh se refiere a Olaf Liljevach, también de nacionalidad sueca, quien construyó varios molinos trigueros, en la zona de Concepción. En: Carl Eduard Bladh, ob. cit., pág. 26.

42. Informe Bland, ob. cit., pág. 1140, vol. 3.

y se roban de noche los unos a los otros. Según lo adivina el lector, no hay bajo este cielo eternamente sereno y caluroso cuadradas, establos ni graneros<sup>43</sup>.

La situación vial del país, por otro lado, también hacía difícil el desarrollo de la agricultura, complicaba los envíos al exterior y encarecía los precios. El enviado Bland se queja del mal estado y la falta de caminos: "Actualmente no hay en todo Chile más de tres carreteras (se refiere a los caminos Santiago-Valparaíso; Santiago-Melipilla-Valparaíso y Santiago-Concepción, C.M.). Fuera de éstos no existe ningún otro camino por el cual pueda transitar con seguridad un carruaje, fuera del valle especial al cual pertenece"<sup>44</sup>. Por su parte, Gay, al referirse a los precios, nos informa que "en 1840, el trigo, que sólo valía 14 reales la fanega, costaba a 20 o 21 reales (unos 5 pesos, C.M.), y aún más, puesto en Valparaíso"<sup>45</sup>.

El otro gran rubro productivo era la ganadería, la cual dominó el mercado interno hasta la coyuntura triguera de 1850. Los principales subproductos, aparte de la carne, eran el charqui —de consumo masivo—, la grasa, la manteca y las pieles, para cuya elaboración se precisaba sólo rudimientos muy sencillos. Es interesante leer las impresiones de Eduard Poeppig, quien compara el volumen de las haciendas ganaderas del Valle Central, con la realidad de Europa: "El número de animales pertenecientes a un solo dueño sería considerado como fantástico por un agricultor europeo. Se menciona como algo que no llama la atención la existencia de rebaños consistentes en un millar o un millar y medio de vacunos, y no se considera como rico a un dueño que posee tres veces más. Las haciendas de las provincias centrales comprenden a menudo 10.000 a 15.000 cabezas, a veces hasta 20.000, y hay un gran número de propiedades más pequeñas que tienen 4.000 a 5.000"<sup>46</sup>.

43. Ignacio Domeyko, ob. cit., pág. 463, vol. 1. Años después, Aquinas Ried emitía un juicio tan duro como el del sabio polaco: "En general, todos los métodos agrícolas son antiguos y rudimentarios, notándose un enorme derroche de trabajo". En: Aquinas Ried, ob. cit., pág. 222.
44. Informe Bland, ob. cit., pág. 1144/1145, vol. 3.
45. Claudio Gay, *Agricultura chilena*, Santiago, 1973, 2da. ed., pág. 236, vol. 2. Mientras que G.F. Mathison se demoró en 1822 diez horas a caballo entre Santiago y Valparaíso (ob. cit., pág. 208), Richard Vowell relata que en los años veinte, las carretas con carga se demoraban, por el mismo trayecto, entre siete y diez días, según la estación del año (ob. cit., pág. 62). El mismo Gay, sabio francés que llegó por primera vez a Chile en 1830, se refiere de la siguiente manera a las carretas que hacían el mencionado viaje: "Dichas carretas, eran, en efecto, muy pesadas, toscamente construidas, cubiertas con un toldo de paja o de totora, y cerradas por detrás con un cuero de buey. Las ruedas eran macizas con llantas de madera que se volvían pronto irregulares y abolladas con el uso, lo cual hacía el tránsito más difícil y las averías más frecuentes. Los ejes eran igualmente de madera de Quillai o de peumo muy grueso para poder resistir a una carga mediana; y a causa de la falta de hierro para preservar el desgaste del pezón y del cubo, el juego que se establecía entre estas piezas hacia ladear las ruedas y las cansaba de modo que no podían resistir bajo la carga a menos de ser muy espesas y de un diámetro muy débil". En: Claudio Gay, ob. cit., pág. 245/246, vol. 2.
46. Eduard Poeppig, ob. cit., pág. 140.

Theodorick Bland, analizando el tema, se muestra más benigno en sus juicios: "Los rebaños de ganado vacuno son numerosos por todas partes, sobre todo desde Aconcagua hacia el sur. Todo propietario de tierra posee gran número de ganado vacuno, pudiéndose considerar los bueyes muy buenos (como) en los Estados Unidos"<sup>47</sup>. Sin embargo, pese a la gran abundancia de vacunos, los precios de la carne eran altísimos, convirtiendo este producto de primera necesidad en un verdadero lujo lejos del alcance de la mayoría de la población. Es así, por ejemplo, que el marino norteamericano Wilkes, quien visitó el país entre 1821 y 1822, señala que "los precios se diferencian poco de los nuestros: la carne de vaca, por ejemplo, cuesta seis y medio céntimos la libra"<sup>48</sup>. Y su colega, el sueco Skogman, en 1851, observa que "no obstante haber abundancia de vacunos y caballos, los precios parecen ser bastante elevados, ya que en Valparaíso la carne de buey cuesta lo mismo que en Estocolmo, o sea, diez veces más que en Buenos Aires"<sup>49</sup>. Otro tanto confirma Darwin a su paso por Copiapó: "Cualquier cosa que se necesite es sumamente costosa, porque el puerto queda a dieciocho leguas y el transporte es muy caro. Un pollo cuesta cinco o seis chelines, la carne es tan cara como en Inglaterra"<sup>50</sup>. Por su parte, María Graham, al visitar el fundo de Viluco, perteneciente a la familia Larraín, en 1822, comprueba cierta crisis en la ganadería, producto de los efectos de la guerra que había azotado al país, confirmado de paso el volumen y los precios que hemos anotado más arriba: "El ganado mayor de la hacienda se calcula en 9.000 cabezas; el año pasado se mataron 2.000 y sus cueros fueron vendidos en un lote a un comerciante inglés a 22 reales (5 pesos y medio, C.M.) cada uno. Lamentábase algunos de que desde los comienzos de la guerra civil el ganado mayor ha disminuido notablemente en Chile, y lo atribuyen a la guerra"; a su vez, añade como posibles causas de esa disminución, el mal aprovechamiento del animal (vísceras, pezuñas, etc.) y el aumento de la superficie sembrada, principalmente con trigo<sup>51</sup>.

El núcleo central y la base de sustentación del sistema imperante en el campo, eran el latifundio y el mayorazgo, arcaica forma jurídica de la Colonia que permitía la mantención del monopolio de la tierra. Pese a los varios intentos por eliminar esta institución, ya desde tiempos del director O'Higgins, sólo desapareció en el transcurso de la segunda mitad del siglo, al introducirse profundas transformaciones

47. Informe Bland, ob. cit., pág. 1139, vol. 3.
48. Andrés Bello, "Narrativa de la expedición exploradora de los Estados Unidos, por Carlos Wilkes", *El Araucano*, Santiago, 1846, en: Raúl Silva Castro, *Antología de Andrés Bello*, Santiago, 1964, pág. 244.
49. C. Skogman, *Viajes de la fragata sueca "Eugenia"* (1851 - 1853), Buenos Aires, 1942, pág. 204.
50. Sergio Villalobos R., *La aventura chilena de Darwin*, Santiago, 1974, pág. 88.
51. María Graham, ob. cit., pág. 165.

productivas, tecnológicas y de mercado. Ruschenberger escribe que las "grandes haciendas han sido un gran obstáculo al progreso del país, porque la ley de España, para mantenerlas intactas, colocaba a todos los bienes raíces en manos de unos pocos individuos, haciendo que se heredasen de padre a hijo ad infinitum"<sup>52</sup>. Antes del advenimiento de la Era Portaliana, el germano Poeppig vaticinaba grandes mejoras por la desaparición del monopolio de la tierra, sin advertir que habrían de pasar muchos años antes que su sueño fuera realidad, pues el régimen político que perduró durante todo el siglo XIX —pese a todas las innovaciones— se limitó a reproducir el latifundio a todo lo largo del país. Señala que "el progreso rápido (de la agricultura chilena, C.M.) es retardado todavía por ciertas trabas, pero la más desfavorable, que es la falta de una clase media en el campo, es decir, de pequeños propietarios (capitalistas que produzcan para el mercado, C.M.) ha sido eliminada por la derogación de las leyes sobre mayorazgos"<sup>53</sup>. En este mismo sentido, Claudio Gay se refiere a la concentración de la propiedad en pocas manos, en elocuentes términos: "Algunas de las propiedades que constaban, no hace mucho, más de 100.000 cuadras, conservan todavía una extensión muy considerable. En 1830, no se hallaban más que algunas de 200 cuadras, las demás tenían muchos miles. La de las Canteras, que pertenecía al ilustre O'Higgins y que hoy día se halla en poder de un chileno no menos recomendable, el general Bulnes, cuenta 36.000 cuadras, aparte de los terrenos de las cordilleras que son inmensos; la de Longaví, de los antiguos jesuitas, hoy de los señores Mendi-buru, cerca de 80.000. (...) Otras muchas, aunque de una extensión más limitada, no dejan por eso de ser considerables y forman verdaderas colonias agrícolas en las que los trabajadores en número de 3 a 4.000 viven de los productos de las tierras que el hacendado les distribuye"<sup>54</sup>.

Otra particularidad de la agricultura de la postemancipación fue la falta de relaciones dinero—mercancía, lo que demuestra la existencia de un mercado interno realmente ínfimo. Por un lado, en las haciendas mismas, donde, como hemos visto, había grandes concentraciones de campesinos, el sistema ordinario de retribución era con productos naturales o manufacturados por medio de las pulperías —administradas por los mismos hacendados— o por medio de préstamos o adelantos en productos (semillas, por ejemplo) o servicios (bueyes para arar, etc.), llegando a producirse el caso que las mismas haciendas acuñaran sus propias monedas, quedando de hecho fuera del circuito normal de las transacciones de mercado. Por otro lado, las relaciones dinero—mercancía eran escasas en las urbes y más aún en los lugares urbanos o rurales,

52. William S.W. Ruschenberger, ob. cit., pág. 99/100.

53. Eduard Poeppig, ob. cit., pág. 138.

54. Claudio Gay, ob. cit., pág. 87/88.

alejados de las ciudades mayores. Varios viajeros, en diferentes épocas, se quejan de la falta de circulante. Así, por ejemplo, el viajero alemán Meyen, quien visita el país a principio de la década de los treinta, señala que "todo el comercio ha disminuido en los últimos tiempos, pues la falta de dinero en efectivo es muy grande"<sup>55</sup>. Otro tanto afirma John Coffin un decenio antes: "En esta tierra que debe decirse cimentada sobre plata y oro, el dinero es relativamente escaso..."<sup>56</sup>. Y, para terminar, Charles Darwin nos da una sombría semblanza de la situación que vio en Chiloé en 1834, destacando el predominio de la economía natural y el trueque, y la falta de circulante: "Las técnicas se encuentran en el estado más rudimentario, como se deja ver en la manera de arar, los métodos de hilar, moler los granos y construir botes. (...) Los habitantes, igual que los de Tierra del Fuego, se trasladan principalmente por las playas o en botes (por la falta de caminos, C.M.). Aunque hay bastantes alimentos, la gente es muy pobre; no hay trabajo y por eso las clases bajas no pueden comprar siquiera las cosas más insignificantes. Hay también deficiencia de circulante; he visto a un hombre llevar a sus espaldas un saco de carbón para adquirir en cambio una baratija y a otro cargar un tablón para cambiarlo por una botella de vino"<sup>57</sup>.

## 2. La minería

La extracción de minerales se constituyó en la rama productiva que más tempranamente fue implementada en la era colonial, ya que los españoles cifraron sus esperanzas de rápido enriquecimiento en el acopio de metales preciosos. Pese a que Chile no fue precisamente un Dorado para los conquistadores como los casos del Perú y México, el país entregó grandes cantidades de oro, plata y cobre a las arcas de la Corona, las que paradójicamente, luego de una breve estadía en la Península, terminaba en manos de sus acreedores alemanes, italianos y flamencos.

En el período independentista, la minería sufrió relativamente poco, pues la guerra misma se desarrolló en el Valle Central, donde estaba el menor número de minas, y no en el Norte Chico, centro neurálgico de la producción minera. Sin embargo, la mayoría de las minas fueron abandonadas o debieron cerrar entre 1814 y 1817, para luego reasumir lentamente la producción entre los años 1817 y 1824, siendo ésta la tendencia predominante en toda América Latina.

El nivel técnico y productivo era en general bastante bajo; predominaban las minas más bien pequeñas que explotaban mineral sólo de muy alta ley, caracterizándose por la utilización de rudimentarios im-

55. F.J.F. Meyen, ob. cit., pág. 217, vol. 1.

56. John F. Coffin, ob. cit., pág. 121.

57. Sergio Villalobos R., ob. cit., pág. 64.

plementos de trabajo y muy poca mano de obra<sup>58</sup>. Además, los costos de producción eran altos, debido sobre todo a los subidos precios del transporte y del mercurio, en el caso específico de la plata y del oro<sup>59</sup>. Se prefería enviar el mineral en bruto a Gran Bretaña y evitarse así los costos de fundición. Los empresarios mineros eran los propios hacendados de la zona comprendida entre Illapel y Putaendo por el sur, y Copiapó por el norte, dando forma a una curiosa mezcla de "hacienda minera", donde se fundía rústicamente el mineral extraído y se producían los alimentos para el sustento de los trabajadores de las minas. Sin embargo, la falta de capital obligaba a estos hacendados—mineros a recurrir a préstamos en equipo y dinero en efectivo que otorgaban comerciantes y financistas de los puertos de Valparaíso y Coquimbo, llamados habilitadores, quienes fijaban precios bajísimos al futuro mineral a extraer. De esta manera surgieron rápidamente muchas importantes fortunas como la de la familia Edwards, por ejemplo<sup>60</sup>.

Por otro lado, por significar la industria minera la base para el financiamiento de las importaciones que necesitaba el país, la administración republicana se esmeró en controlar centralmente la exportación de oro y plata principalmente, estableciendo la obligatoriedad de acuñación en la Casa de Moneda y del pago del respectivo impuesto. Pese a ello, el contrabando de metales en bruto—frecuente ya durante la Colonia—siguió latente por largo tiempo.

En las décadas de los años treinta y cuarenta, la minería logró repuntar ostensiblemente, alcanzando nuevamente los niveles de producción y exportación anteriores a 1810, para luego sobrepasarlos con creces, desplazándose a su vez el eje central del Norte Chico a la zona de Copiapó y Caldera. Esto se debió al descubrimiento de nuevos importantes yacimientos (Chañarcillo en 1832 y Tres Puntas en 1848)—dando paso al Ciclo de la Plata en la economía chilena de la Postemancipación— y a la introducción de técnicas modernas como, por ejemplo, el horno de reverbero para el cobre, hecha por el ingeniero francés Charles Lambert en 1831, que significaron una considerable elevación de la producción y un abaratamiento de los costos de operación. Luego, en la década de los cincuenta, la producción minera entró en una nueva fase de expansión, al adquirir ésta una verdadera fisonomía capitalista, con el predominio de yacimientos de miles de trabajadores, con una alta tecnificación de la producción (fundiciones, etc.) y el empleo, a partir de 1851, de los ferrocarriles. Este auge minero convirtió el sector en el

58. Sergio Villalobos R., "Sugerencias para un enfoque del siglo XIX", *Estudios Cieplan*, Santiago, marzo 1984, pág. 9 - 36.

59. Antonio Mitre, *Los patriarcas de la plata. Estructura socio-económica de la minería boliviana en el siglo XIX*, Lima, 1981, pág. 30.

60. María Angélica Illanes, *La guadaña de Saturno. Relaciones empresariales en la minería de Atacama, Chile, 1830 - 1860*, Santiago, 1983. (Trabajo presentado al II Encuentro de Historiadores, Santiago, 24 y 25 de noviembre de 1983).

más dinámico de la economía chilena, dando de paso nuevos impulsos a la agricultura del sur, al abrir mercados cada vez más grandes en las zonas mineras del norte<sup>61</sup>.

En 1821, el capitán británico Basil Hall visitaba la región de Copiapó e informaba sobre la explotación minera: "Se trabajan algunos cientos de minas de cobre en Chile, pero no más de una de oro por 50 de cobre; y probablemente no más de una de plata por 15 de cobre". Extraído el metal rojo, "la mayor parte va a Calcutta, una pequeña cantidad a China, y el resto a los Estados Unidos y Europa"<sup>62</sup>. Sin embargo, la revolución de la Independencia causó trastornos en la producción de casi todos los países del área. Es así que cesaron sus actividades Potosí en Bolivia, Zacatecas en México y las principales minas del Perú. Al respecto señala, en 1826, el cónsul Charles M. Ricketts: "No hay motivo para asombrarse si la anarquía y el desorden que acompañaron a la reciente revolución han ocasionado el abandono de muchas de las minas. Trabajos recién comenzados fueron suspendidos, la maquinaria fue destruida, los mineros fueron obligados a ingresar al ejército, o fueron dispersados, las bestias de carga fueron ahuyentadas y los capitalistas españoles o bien perdieron su fortuna, o bien fueron obligados a dejar el país"<sup>63</sup>.

Según los datos disponibles, la mayoría de los cuales no son muy exactos ya que no incluyen el volumen de mineral exportado ilegalmente (contrabando), se desprende que la producción de oro siguió declinando hasta lograr un repunte recién con el descubrimiento del mineral de Guanaco en 1885, pero la de plata y cobre aumentó considerablemente a partir de mediados de los años veinte, gracias a la recuperación de muchas minas y a la apertura de otras. Así por ejemplo, la producción argentífera repuntó por el descubrimiento del yacimiento de Arqueros, en 1825. De acuerdo al vice-cónsul Carter, el promedio anual de producción en Coquimbo, expresado en pesos fuertes, fue el siguiente:<sup>64</sup>

	1795-1810	1825
oro	150.000 pesos	200.000 pesos
plata	200.000 "	600.000 "
cobre	200.000 "	1.100.000 "

61. El dinamismo de la minería se demuestra por el hecho que entre 1856 y 1860, en ella se obtenía tres veces más ganancias que en la agricultura. En el período entre 1886 y 1890 aumentó a siete veces, para llegar a nueve veces entre 1896 y 1900. En: Arnold J. Bauer, ob. cit., pág. 174.

62. Basil Hall, *Extracts from a journal, written on the coasts of Chili, Peru and Mexico in the years 1820, 1821, 1822*, Edinburgh, 1824, pág. 45, vol. 2.

63. Informe de Charles M. Ricketts del 16 de septiembre de 1826, en: Heraclio Bonilla, ob. cit., pág. 7, vol. 1.

64. Informe de Matthew Carter del 3 de octubre de 1826, en: R.A. Humphreys, ob. cit., pág. 96.

Según los datos proporcionados por el cónsul general Nugent, se registró un gran repunte de la producción chilena entre el final del período colonial y la Postemancipación, en promedios anuales:<sup>65</sup>

	1803-1811	1815-1825	1818-1825
plata	57.500 kilos	92.000 kilos	
cobre	736-782.000 kilos		2.760.000 kilos

Por otro lado, también las informaciones oficiales indican una elevación de la producción, expresada en promedios anuales. Resalta el drástico aumento en el cobre, producto de las innovaciones de Lambert:<sup>66</sup>

plata	1830-1839	33.000 kilos
cobre	1820-1835	2.500.000 "
	1835-1845	6.500.000 "

Por último, los datos del viajero norteamericano Ruschenberger concernientes a Coquimbo, señalan un promedio anual mayor que, posiblemente sea más fidedigno que los oficiales, provenientes de la casa de acuñación:<sup>67</sup>

plata	1830	184.000 kilos
cobre	1830	3.220-3.680.000 kilos

La base productiva inicial la constituía la hacienda minera del Norte Chico. El viajero Peter Schmidtmeier visitó una de ellas en 1821: "Al día siguiente pasamos por una gran mansión cerca de la cual había fundiciones de cobre y plata y, poco más tarde, arribamos a la hacienda (...) Su patrón, que también es un importante minero de cobre, estaba en ella y cortésmente nos pidió que compartiéramos su almuerzo, para el cual se había sentado. Encontramos el patio lleno de un gran número de grandes montones de minerales de cobre procedentes de diversas minas (...) De un lado estaba el negocio (pulpería, C.M.), donde se abastecían todos los artículos requeridos por los mineros y otra gente empleada o que vivía en la propiedad"<sup>68</sup>. Sin embargo, al norte de La Se-

rena proliferaban los yacimientos aislados en zonas desérticas sin cultivo agrícola de consideración. Por lo mismo, la concentración de mano de obra era importante; así por ejemplo, en Carrizal había un millar de mineros, otro tanto en Chañarcillo y unos dos mil en Tres Puntas<sup>69</sup>.

La manera más corriente para llevar a cabo la explotación minera era por medio de la habilitación, o sea, vía créditos, fijándose de antemano el precio del producto final, el que era comprado por los habilitadores; un sistema similar a la venta del trigo en verde, en la agricultura, que tanto sorprendió a Darwin, en 1834<sup>70</sup>. Basil Hall hace una reseña de la habilitación: "Hay dos personas principales en lo concerniente a las minas. El propietario y el habilitador. El primero, quien es también el actual minero, vive en su hacienda, generalmente en las cercanías, y atiende los detalles de la explotación y fundición del metal. El habilitador reside en uno de los tres puertos principales, Coquimbo, Guasco o Copiapó; es el capitalista minero"<sup>71</sup>. Como afirma Schmidtmeier, "algunos de los primeros colonos británicos se han ocupado provechosamente en este ramo de negocios"<sup>72</sup>. El mismo Hall relata el caso, más o menos frecuente en el período, de un hacendado de Asiento de Huasco, el que no calculando sus posibilidades, debió acudir a un habilitador para poder trabajar su mina de cobre y, así también, salvar todas las inversiones hechas por él. El precio fijado para vender el cobre era de ocho dólares (o pesos) el quintal. El habilitador lo vende luego a doce o trece dólares<sup>73</sup>. Así es que, como lo acota Poeppig, "a menudo, el propietario de las minas se transforma en un eterno deudor, pues no alcanza a castigar nunca el valor de la deuda, sino que solicita de nuevo anticipos a cuenta de las utilidades del próximo año"<sup>74</sup>. Sin embargo, para Hall el habilitador tiene un carácter diligente "de un ahorrativo hombre de negocios, muy diferente en sus hábitos al minero, quien es generalmente una persona extravagante y sin previsión..."<sup>75</sup>.

Pese a la existencia de capital acumulado en manos de los habilitadores, sólo se explotaban minas con un alto porcentaje de cobre, pues los medios tecnológicos imperantes hasta antes de 1831, eran escasos. "Una veta de mineral bastante rico y que yace cerca de la superficie del suelo; la leña y el agua no demasiado lejanas, los transportes no demasiado trabajosos para ellos, para el mineral y el metal. Estos son los

65. Informe de Christopher R. Nugent del 22 de diciembre de 1826, en: R.A. Humphreys, ob. cit., pág. 96.

66. Chile. Folleto impreso por el Gobierno de Chile, Santiago, 1915, pág. 212.

67. William S.W. Ruschenberger, ob. cit., pág. 115.

68. Peter Schmidtmeier, ob. cit., pág. 253/254. Por su parte, anota Hall: "El propietario de minas generalmente cultiva su propio terreno, en las riberas de alguno de los escasos ríos que atraviesan este desierto país. Su hacienda proporciona las verduras, y siempre los abastecimientos para la subsistencia de los mineros. Los hornos de fundición están construidos también en su hacienda, y los metales son llevados hasta ellos a mula". En: Basil Hall, ob. cit., pág. 49, vol. 2.

69. Ignacio Domeyko, ob. cit., pág. 396, vol. 1.; Vicente Pérez Rosales, *Recuerdos del pasado*, Santiago, 1983, pág. 181, vol. 1, y Paul Treutler, *Andanzas de un alemán en Chile, 1851-1863*, Santiago, 1958, pág. 116.

70. Charles Darwin, *Mi viaje alrededor del mundo*, Valencia, s.f., pág. 102. Escribe el naturalista inglés: "Es tan raro el capital en este país, que los labradores tienen que vender el trigo, todavía verde, para comprar lo que necesitan..."

71. Basil Hall, ob. cit., pág. 48/49, vol. 2.

72. Peter Schmidtmeier, ob. cit., pág. 260.

73. Basil Hall, ob. cit., pág. 50, vol. 2.

74. Eduard Poeppig, ob. cit., pág. 259.

75. Basil Hall, ob. cit., pág. 49, vol. 9.



requisitos y ventajas que en este país seco de montañas y quebradas, se hacen cada vez menos unidos. He oído que en muchas minas, la mayor parte del valor del cobre obtenido está absorbido por el solo transporte de leña y agua, y las muchas mulas y burros que se requieren para este servicio. Una veta de mineral que no dé más del 50 por ciento de cobre, generalmente no ofrece estímulo para abrir un túnel en su boca", mientras que en Europa, un veinte a un treinta por ciento de mineral ya hacía rentable la explotación<sup>76</sup>. Al respecto, Pérez Rosales, nuestro más ilustre viajero del siglo pasado, nos cuenta las dificultades que enfrentaba la explotación de plata en Chañarcillo, en 1846, común a muchas otras minas del norte chileno: "En el mineral no había agua ni leña; ambos artículos se traían, el primero de unos pozos mezquinos practicados y sostenidos con trabajo a tres leguas del asiento, y el segundo, del campo vecino a la aguada, se había librado del hacha del apir (peón de minas, C.M.). Los acarreos de ambos artículos se hacían en burros, y eran tantas las recuas ocupadas en este carguío, que desde que amanecía ya se veían los caminos del monte y los de la aguada cubiertos de borricos, bien sea cargados de pequeños barriles de arroba de capacidad (11,5 kilos, C.M.) cada uno, para venderse a seis reales la carga, bien de manojos de chamiza y mala leña, que costaban ocho (un peso, C.M.)"<sup>77</sup>. Por lo mismo que se hacía más rentable, antes de la construcción de los ferrocarriles, obviar la fundición y enviar el mineral en bruto a los mercados externos, como anota Charles Darwin: "Pocas fundiciones se encuentran hoy en Chile; es más conveniente, a causa de escasez del combustible, expedir los minerales a Swansea"<sup>78</sup>.

El nivel técnico de la minería chilena preocupó mucho a los viajeros, y fue así que el sueco Graaner, quien visitó el país en 1819, planteó al gobierno la necesidad de traer especialistas del Viejo Mundo para modernizar la producción local: "... me ofrezco a enganchar en Europa entre los más hábiles mineros, mineralógicos, maquinistas, fundidores y otros hombres inteligentes en todos los ramos de la minería, tanto en mi propia Patria como de Alemania y de otros países en donde se cultiva la ciencia de las minas, para que pasen a establecerse en Chile con sus fondos, sus conocimientos e industria"<sup>79</sup>. Pese a la aproba-

76. Peter Schmidtmeier, ob. cit., pág. 251.

77. Vicente Pérez Rosales, ob. cit., pág. 180, vol. 1.

78. Charles Darwin, ob. cit., pág. 111.

79. Alberto Cruchaga Ossa, "Un gentil hombre sueco en Chile en 1819", Revista Chilena, año IV; tomo XI, N° XL, Santiago, 1921, pág. 512. Esta iniciativa del militar sueco Jean Graaner recuerda la idea de Bernardo O'Higgins, de llevar a Chile colonos irlandeses para que mejoraran la producción agrícola. Para ello ofrecía su hacienda de Las Canteras, al sur de Concepción. La idea tampoco fructifera debido a su exilio peruano, pero demuestra que hubo varias iniciativas para mejorar el nivel tecnológico de la producción material chilena. La quimera o'higiniana se materializó recién en la década de los años treinta, cuando la Sociedad Nacional de Agricultura, concebida por un grupo de hombres emprendedores, comenzó a preocuparse por introducir nuevas especies, técnicas de cultivo, maquinarias, etc. Véase el Informe de Charles M. Ricketts del 27 de diciembre de 1826,

ción del Congreso Nacional, la iniciativa no fructifera, pues Graaner murió en el viaje de regreso a Suecia.

Otro hecho interesante de registrar fue el intento de un grupo de financistas londinenses por invertir especulativamente dineros ociosos en la minería de Chile, Perú y la Argentina. Entre 1824 y 1825, la Compañía de Minas Chileno-Peruana adquirió alrededor de seiscientos en el norte chileno, pero sufrió un rotundo fracaso al desconocer las condiciones locales, querer operar con personal exclusivamente británico —sin reparar que la mano de obra chilena era más barata y no por ello más desconfiable—, utilizar métodos únicamente europeos, etc. Según el marino inglés Andrews, accionista de la citada compañía, "la ignorancia completa de muchas de estas personas, de la minería misma, país, idioma y recursos para abrir laboreos antiguos o empezar nuevos" fueron la causa del fracaso<sup>80</sup>. Pues, como señala lacónicamente Francis Head, director de la Compañía Minera del Río de la Plata en 1825, "la experiencia obtenida en las minas de cobre de Cornwall, (es) inaplicable para extraer minerales argentíferos en Sud América"<sup>81</sup>. Los descalabros en la minería y también, como veremos más adelante, en el comercio, instruyeron a los británicos a dedicarse exclusivamente al negocio de la habilitación, al de los bancos y a la financiación de otras empresas, lo que resultó mucho más rentable, dejando a los chilenos el riesgo de la producción.

Otro elemento característico en el período fue el contrabando de metales hacia el exterior, aunque tampoco faltó en la importación de mercaderías<sup>82</sup>. El motivo principal para el contrabando radicaba en la prohibición de exportar metal a granel, el cual debía ser acuñado en la Casa de Moneda, pagando un 20 por ciento por este efecto, más un 9 por ciento por exportación. Es así que el cónsul general de Gran Bretaña en Chile, Mr. Nugent, señalaba en 1825 que "cerca de 80.000 mar-

ob. cit., pág. 61. También en su momento, Juan Egaña instó a O'Higgins a recurrir a inmigrantes europeos para que se instalaran en Chile, ofreciéndoles tierras, mano de obra barata y ciertos privilegios. Lo mismo ocurrió con el viajero Peter Schmidtmeier. Propuso al Director O'Higgins la formación de colonias con católicos suizos. Sin embargo, tampoco esta iniciativa logró materializarse. La idea predominante entre los liberales de la época no fue el desmantelamiento del latifundio, sino que la "modernización" por medio de la inmigración europea, pues existía el convencimiento de que "el estado de despoblación de Chile" —según se expresara el Director Supremo en 1822— era la causa principal del atraso del país. Véase Simon Collier, *Ideas y política de la Independencia chilena 1808 - 1833*, Santiago, 1977, pág. 235.

80. Joseph Andrews, ob. cit., pág. 13.

81. Francis B. Head, *Sobre las Pampas y los Andes. Notas de viaje*, Buenos Aires, 1920, pág. 177. Anecdótico pero aleccionador para el capital británico resultó el caso siguiente: Inversionistas de Londres trajeron a la Argentina un grupo de ordeñadores escoceses con el objeto de producir grasa; pero la empresa fracasó, pues "los gauchos y nativos de Buenos Aires... preferían el aceite". En: Francis B. Head, ob. cit., pág. 185.

82. El ministro de hacienda chileno denunció el 26 de abril de 1823 que la mitad de las importaciones hacia Chile era hecha clandestinamente. Véase R.A. Humphreys, ob. cit., pág. 93.

cos de plata pura (18.400 kilos, C.M.), como se supone, se han obtenido durante el año 1824 de las minas cerca de Guasco y Coquimbo, de la cual ni un solo marco ha sido enviado a la Casa de Moneda"<sup>83</sup>. Varios viajeros dan testimonio del comercio ilegal. Ruschenberger anota en 1831-32, que no se calcula la producción de oro en Coquimbo, "porque todo sale de contrabando"<sup>84</sup>. Otro tanto cuenta Robert Fitz-Roy, capitán del "Beagle" que trajo a Darwin a Chile: "Desembarqué en Conchalí (al norte de Puchuncaví, C.M.), después del atardecer del día 30 (de abril de 1835, C.M.), dejando al Beagle anclado en alta mar. Mi recibimiento fue muy hospitalario, pero la gente estaba segura que yo era contrabandista; y algunos de los habitantes más importantes caminaron conmigo algunas millas a la mañana siguiente, al lugar donde mi barco estaba anclado, pensando todo el tiempo que yo esperaba solamente una oportunidad para contarles mi secreto, y obtener las mejores condiciones"<sup>85</sup>. Theodorick Bland, por su parte, señala que el gobierno de la época (1818) estaba extremadamente preocupado por esta situación, y agregaba que "la especie de metal llamado plata piña (sin acuñar, C.M.), vale un octavo más que la moneda de ley. Esto suministra otro aliciente para el contrabando; y tan pronto como se sepa con certeza que la plata piña puede ser vendida en China por el mismo valor superior que tienen en Chile, este aliciente aumentará aún más"<sup>86</sup>.

### 3. El comercio

El otro rubro importante en el período de la Postemancipación fue el comercio exterior de Chile. Ya en la Colonia había sido el nexo central con la Metrópoli, y a fines del siglo XVIII, gracias a las reformas de los Borbones, el comercio chileno florecía no sólo con la Península sino que también con el resto de Europa y el Pacífico. En la práctica el monopolio español estaba abolido y las transacciones comerciales con británicos, franceses y norteamericanos se efectuaban con casi absoluta normalidad, protegidas por el manto del contrabando<sup>87</sup>. Por lo que la

83. Informe de Christopher R. Nugent, del 17 de marzo de 1825, ob. cit., pág. 95.

84. William S.W. Ruschenberger, ob. cit., pág. 115.

85. Robert Fitz-Roy, *Voyages of the Adventure and Beagle*, London, 1839, pág. 426, vol. 2.

86. Informe Bland, ob. cit., pág. 1142, vol. 3. Como se sabe, chilenos y británicos participaban intensamente en el contrabando. El caso del navío Scorpion, hecho que ocurrió todavía durante la Colonia, es una demostración de lo afirmado. En 1834, el cónsul británico el Perú, Mr. Wilson, denuncia el contrabando de metales preciosos hecho a bordo de buques navales de la Corona. "Lo que se remite principalmente y de preferencia en los barcos de guerra, es 'plata piña', o plata dura, ya que todo sale del país por contrabando (. . .) yo le aseguro a su excelencia que la reputación británica no ha derivado mucho beneficio a tal destinación de uno de los buques de guerra de Su Majestad". En: Informe de Belford A. Wilson del 15 de enero de 1834, ob. cit., pág., 106, vol. 1.

87. Sergio Villalobos R., *Comercio y crisis colonial. Un mito de la Independencia*, Santiago, 1968, pág. 259.

declaración de libre comercio de 1811, fruto de la Independencia política del país, vino tan sólo a reafirmar una realidad ya existente y también a proteger las arcas fiscales con aranceles aduaneros. Con el triunfo de los patriotas y el cambio de la situación de dominación política, se produjo una reeducación del comercio. Chile ya no siguió dependiendo de los comerciantes limeños que dominaban la distribución comercial hacia y desde Chile, sino que comenzaron a establecerse casas comerciales inglesas en las principales ciudades del país —principalmente en Valparaíso y Santiago— que asumieron esa tarea. Principiaron a apoderarse también del transporte marítimo, incluido el cabotaje, llegando a controlar prontamente toda la costa oeste de América, entre Chiloé y California.

El puerto de Valparaíso se fue transformando en el paso obligado de las mercaderías europeas que eran transportadas por el Cabo de Hornos, vía que resultaba más rápida que la del Istmo de Panamá. Y con la introducción de la navegación a vapor en 1840, Valparaíso mejoró todavía más su preponderancia, siendo el sitio ideal de trasbordo para las mercaderías destinadas a Mendoza y la zona noroeste de la Argentina, Arica y Bolivia, además del sur del Perú. La navegación a vapor mejoró también las posibilidades de exportación agrícola chilena a los mercados del norte<sup>88</sup>.

Las exportaciones chilenas, luego del trauma de la Independencia —destrucción de medios de producción, cierre de mercados tradicionales, etc.—, tendieron a estabilizarse. Continuaron siendo los metales uno de los rubros fundamentales del comercio exterior del país. La mayor parte de la plata y del cobre se remitía a Gran Bretaña y el resto de Europa, otra cantidad a la India, China y los Estados Unidos. Justamente norteamericanos fueron los que sobresalieron en este comercio, llevando cobre y trayendo manufacturas de Europa y Oriente. También el rubro agropecuario logró repuntar y convertirse en una importante fuente de divisas para el país. Principalmente se exportaba trigo (al Perú primero, luego, a fines de la mitad del siglo, a California y Australia, para después, en la década del sesenta, hacerlo a Europa),

88. El viajero inglés Peter Scarlett opina en 1835: "El intercambio comercial entre Inglaterra y Chile es ahora más grande que entre la Gran Bretaña y cualquier otro puerto de América del Sur, excepto el puerto de Río de Janeiro (. . .) Chile ha hecho progresos mayores que cualquier otro estado de América del Sur, y es muy probable que continúe como el líder de sus vecinos en riqueza y prosperidad . . ." En: Peter C. Scarlett, *South America and the Pacific: comprising a journey across the Pampas and the Andes*, London, 1838, pág. 57, vol. 2. Al respecto, el cónsul Wilson asevera algo muy distinto: "El comercio británico en el Perú, puede considerarse igual al comercio del Perú con todos los demás países. De éste por lo menos la mitad, esto es el valor de las importaciones británicas hacia el Perú, son exportadas de Gran Bretaña, en primera instancia a Valparaíso, y aparecen por consiguiente en los Informes Parlamentarios bajo el título de Exportaciones a Chile, con lo cual ocasionan las más exageradas y equívocas ideas del valor relativo del comercio chileno". En: Informe Wilson, ob. cit., pág. 87, vol. 1.

además de otros productos como maderas, derivados de la carne de cerdo y vacuno, pero en cantidades mucho menores. A su vez, el país importaba preferentemente manufacturas de Gran Bretaña y sus colonias, como así también, en menor medida de Francia, Estados Unidos y Alemania. Del Paraguay se traía yerba mate, del Perú azúcar y algodón, y del Ecuador productos tropicales. En este intercambio, sobre todo a partir de los años cuarenta que fueron de franca recuperación y expansión, Chile tenía un saldo claramente a favor, exportando casi el doble de lo que consumía del exterior.

Muchos de los viajeros eran comerciantes o se dedicaron afanosamente este rubro, avocados ya en Chile; de ellos hemos conservado interesantes juicios sobre esta materia que conocían a fondo. Peter Schmidtmeier hizo una semblanza del comercio exterior del país con su agudo sentido de la realidad: "Desde Bengala y la China se traen aquí telas de algodón, muselinas, nanquines, sedas, azúcar, arroz, muebles, porcelanas, un poco de té y algunas mercaderías; cuyo pago consistía principalmente en oro, plata y cobre, el último de los cuales se va a buscar a los puertos del norte. El consumo de artículos de algodón de manufactura asiática, es ahora muy considerable en Chile. A cambio de utensilios de cobre, carne y frutas secas, sebo, grasa, cuerdas, trigo, nueces y otras provisiones exportadas al Perú, de allí se recibe azúcar, cacao de Guayaquil, tabaco, algodón en rama, un poco de café, artículo raramente usado aquí, sal y otros pocos productos. También se envía trigo a Buenos Aires y Brasil, pero su exportación es al Perú. Después del producto de las minas, los abastecimientos de trigo enviados a los mercados extranjeros y el pan, harina, legumbres secas, vegetales, algunas cuerdas y otros artículos provistos los barcos, que tan a menudo se cambian y reemplazan uno al otro en la bahía, forman las fuentes más ventajosas de ganancias en Chile; y aunque en conjunto su monto no sea considerable, sin embargo, cuando se observa la escasez de población y de tierras cultivadas, resulta un problema comprender cómo puede ser tan elevado, el cual sólo se resuelve teniendo en cuenta el consumo muy limitado que hacen de dichos artículos los habitantes, comparado con la producción de sus tierras"<sup>89</sup>. Otro tanto resalta Caldcleugh, quien se hizo amigo de Darwin a su paso por Chile: "El comercio directo entre Inglaterra y Chile consiste en cargas de todas clases de mercaderías y manufacturas diferentes; y en cambio va oro, plata, cobre, grasa y cueros. El comercio británico tiene un competidor nada chico, en el de la India a través del Pacífico. Aunque, hasta hoy, este comercio no se ha regularizado, lo que se debe principalmente a ser tan reciente, ya llegan a Valparaíso grandes cantidades de algodón de la India, nankees (mercaderías hechas en Nankin) y mercaderías de la

89. Peter Schmidtmeier, ob. cit., pág. 288/289 (el subrayado es nuestro).

China"; opina, además, que "si se presentase una escasez de trigo en la India o en Sud-Gales (hoy Australia, C.M.), siempre Chile podría producirlo para satisfacer sus necesidades", lo que efectivamente ocurrió dos décadas después<sup>90</sup>. Como se acota más arriba, "no hay comerciantes del país, y los extranjeros sólo venden por mayor", según el mismo Caldcleugh. Ya a comienzos de la década del veinte, los comerciantes mayoristas británicos y norteamericanos copaban el reducido mercado chileno. Al respecto se refiere el viajero G. Mathison, en 1822: "Algunos respetables comerciantes ingleses y americanos tienen casas de negocios en este lugar (Valparaíso, C.M.), pero residen principalmente en St. Jago (Santiago, C.M.), la capital de Chile"<sup>91</sup>. Otro tanto nos relata el mismo año el marino francés Lafond du Lucy, quien se convirtió luego en comerciante: "La sociedad francesa (de Santiago, C.M.) dividíase en dos clases: los oficiales, los negociantes i sobre-cargos componían una y los comerciantes e industriales, la otra"<sup>92</sup>. Así también Basil Hall se refiere en los siguientes términos al comercio chileno: "Las mercaderías son enviadas desde Inglaterra o Calcuta, adaptadas al mercado chileno, y están consignadas a comerciantes británicos o americanos residentes en Santiago. El pago de estas mercancías se puede hacer en el presente por medio de dinero, en especies o en cobre"<sup>93</sup>.

Por su parte, John Miers hace un análisis interesantísimo, a principio de la década de veinte, sobre la situación del comercio chileno, las grandes casas distribuidoras, el sistema de venta al detalle, en manos de chilenos, y la nueva clase de los comerciantes detallistas: "El gran comercio ha caído en manos de extranjeros, y sus ganancias han aumentado enormemente; los hacendados participan con sus limitados medios para habilitar a sus hijos y dependientes con pequeñas tiendas para la venta del inmenso flujo de mercaderías europeas, por las cuales obtienen al detalle una ganancia extravagante: debido a la falta de dinero, los envíos extranjeros se venden bajo su valor. En los hechos, se hace necesario otorgar créditos para poder vender los grandes cargamentos, es así que rápidamente va formándose un grupo de comerciantes al detalle, antes desconocido en Chile. Todo el comercio había estado en manos de los españoles, bajo el sistema de la habilitación, por lo que los tenderos eran meros sirvientes. Los comerciantes mayoristas eran los verdaderos dueños de las tiendas. La cantidad de tiendas independientes en Santiago es ahora, sin embargo, considerable; algunos tenderos poseen mil o diez mil dólares, de acuerdo a su éxito comercial. Este tipo de existencias ha producido un considerable efecto en el comercio del país

90. Alexander Caldcleugh, *Viaje a Chile en 1819, 20 y 21*, Santiago, 1955, pág. 154.

91. Gilbert F. Mathison, ob. cit., pág. 177.

92. Gabriel Lafond du Lucy, *Viaje a Chile*, Santiago, 1911, pág. 41.

93. Basil Hall, ob. cit., pág. 60, vol. 2. (el subrayado es nuestro).

y finalmente, a medida que se incrementa su número y propiedades, tendrán una considerable influencia en los asuntos morales y políticos; hasta ahora todas las cosas habían estado bajo el control patronal de la aristocracia. La principal característica de estos tenderos es la honestidad y la corrección en sus negocios. He oído mucho sobre la situación de los comerciantes ingleses, que ellos nunca han perdido cien dólares entre los criollos, mientras que con sus propios compatriotas han perdido miles: ese es el gran crédito de los chilenos, aunque debe confesarse también que existe gran irregularidad en sus pagos...<sup>94</sup>.

Sin embargo, la mayor parte de los comerciantes de Chile, después de hacer fortuna, concluyó por vincularse directamente con el latifundio mediante la adquisición de predios o al contraer matrimonio con hijas de la aristocracia terrateniente. Resultó así que el grupo de comerciantes no fue fundamentalmente diferente del de los hacendados y que sus labores e intereses económicos no fueron antagónicos. Por el contrario, se produjo una reproducción a gran escala del latifundio y de las formas arcaicas de producción, explotación campesina y vinculación con los mercados exteriores<sup>95</sup>.

Un problema de proporciones tuvo el comercio británico en los primeros años de la Independencia, al producirse una rápida saturación del mercado interno chileno, y de toda la región surandina, por efecto de una ola desproporcionada de importaciones de todo tipo, sin previo estudio de las reales necesidades de los habitantes de los respectivos países. "Las ventas de manufacturas británicas en las ciudades de Chile se extienden a una gran variedad de artículos, pero algunos de ellos en cantidad muy limitada solamente; y las principales ganancias que hacen en ellos las realizan quienes venden al por menor. La riqueza del país es demasiado poco considerable y concentrada para permitir un gran consumo de mercaderías extranjeras"<sup>96</sup>. Por su parte, el comerciante británico Haigh nos cuenta las vicisitudes a las que estaba sometido el comercio de importaciones en el año 1817, en plena guerra de liberación, ilustrativo para todo el período en cuestión: "Pude notar que muy pocos comerciantes tenían dinero listo para sus transacciones y que muchos de ellos eran pobres, de modo que se hacía absolutamente necesario concederles crédito por dos o cuatro meses. Era una época nueva en el comercio de Santiago; antes, un surtido entero comprábase al instante algunos opulentos españoles, pagando al contado; pero la revolución arrojó del país a estos traficantes y, los que permanecieron y conservaron capitales, no volvieron a comerciar,

94. John Miers, *Travels in Chile and La Plata*, London, 1826, pág. 240/241, vol. 2.

95. Sergio Villalobos R., *Comercio y contrabando en el Río de la Plata y Chile, 1700 - 1811*, Buenos Aires, 1965, pág. 114.

96. Peter Schmidtmeyer, ob. cit., pág. 289.

por miedo de que el Gobierno pudiera confiscárselos, según era corriente (...). Durante la primera semana se vendió a buen precio casi la mitad de la existencia (de un cargamento que él mismo importó, C.M.); pero en seguida nada comparable a la lentitud de las ventas en pequeño, que necesitaron un año íntegro para dar salida a todo el stock. Entre tanto, llegaron de Inglaterra varios buques con mercaderías, los cuales, hecha la realización de las novedades o de lo más escogido, quedaban en la misma situación que las mías. A veces pasaban días y semanas sin que entrara un comprador al almacén. Las asperezas de los negocios en Sudamérica son mucho más considerables de lo que la gente se imagina en Inglaterra: por ejemplo, si se vence un documento y el deudor no tiene como cubrirlo, no vacila en decirnos que no puede pagar; y, si uno se dirige al Cabildo o Consejo de Comercio para compelir al pago, los miembros de esta Corporación se muestran tan indulgentes que conceden al moroso el tiempo que desee. Y esto se explica, pues muchos de los consejeros están en la misma situación del demandado, por ser también comerciantes y tener deudas provenientes de compras"<sup>97</sup>. El cónsul Ricketts señala la misma situación en el Perú: "... el escaso consumo originado por la pobreza general de los habitantes y la situación local del país. Generalmente los productos agrícolas deben ser traídos de una distancia de 40 o 50 leguas; el transporte sufre los retrasos propios de caminos pocos transitables, y el costo del transporte a lomo de mula es muy grande"; es así que "el monto de mercaderías ha excedido en mucho la capacidad de este país para pagar por ellas, por lo cual existe un gran stock y muchos artículos no rendirán ni su precio de costo (...). En el año 1825 y los dos siguientes, Perú fue inundado con productos extranjeros. Este exceso produjo una necesidad de confiar en los compradores sin la debida precaución, y este sistema fue llevado a tal extremo que, difícilmente se exigía otra calificación que aquella de ser originario del país"<sup>98</sup>. Las pérdidas se elevaron por sobre un millón de libras, principalmente por concepto de deudas impagas. En Chile, en cambio, no se llegó a esos extremos, y los comerciantes británicos se mostraban más satisfechos en nuestro país. Sus pérdidas fueron menores.

Es interesante retener las observaciones de los viajeros acerca de las exportaciones, principalmente británicas, que invadieron prácticamente todo el país. María Graham nos dice que "es asombroso el número de pianos importados de Inglaterra, casi no hay casa en que no haya uno..."<sup>99</sup>. O lo que relata Eduard Poeppig, en un sabroso comentario sobre la abigarrada mezcolanza de una sociedad tradicional

97. Samuel Haigh, ob. cit., pág. 53/54.

98. Informe Ricketts del 27 de diciembre de 1826, ob. cit., pág. 18/19 y 29, vol. 1.

99. María Graham, ob. cit., pág. 37.

y principalmente rural con las últimas novedades traídas de ultramar: "El piso de simple tierra de la mejor sala de recepción (de las haciendas, C.M.) está cubierto por ricas alfombras inglesas; una elegante lámpara de araña, de cristales, está colgada de una tosca viga que se extiende debajo del techo a través de la pieza. Valiosos muebles importados desde la América del Norte o Francia contrastan curiosamente con los ornamentos semidorados y de pésimo gusto que adornaban hasta hace poco la casa, destinados a ostentar la fortuna de la familia. Entre los marcos dorados que contienen aguafuertes inglesas, se encuentran a menudo los pequeños cuadros de los santos familiares, que no son de mejor calidad que aquellos que produce diariamente la industria de Nuremberg. El sitio principal de la sala está ocupado por un piano vertical, procedente de la manufactura de Broadwood, que rara vez valdrá menos de mil pesos fuertes, pero que no ha sido capaz de reemplazar del todo el instrumento preferido del país, la vihuela poco artística"<sup>100</sup>. Y, por su parte, el cónsul Bland señala que la cobertura de las importaciones alcanzaba ya en 1818, año del informe, hasta los sectores más humildes de la población: "Se ha observado que aun las miserables casuchas de los guasos comienzan a exhibir algunos utensilios de fabricación extranjera, que hasta la apertura de los puertos del país, les eran desconocidos"<sup>101</sup>.

Las cifras del comercio exterior señalan claramente, por una parte, el predominio evidente de la industria británica. Según los datos del cónsul Nugent, entre los años 1821 y 1823 se pagó un promedio de 1,32 millones de dólares por concepto de aranceles aduaneros al Fisco chileno, de los cuales 950 mil dólares (casi el 75 por ciento) correspondía a mercaderías de origen británico<sup>102</sup>. Otro tanto ocurre al observar el movimiento de naves y de mercaderías en los puertos chilenos:

#### COMERCIO EXTERIOR VIA VALPARAISO, 1819 - 1820<sup>103</sup>

País	Exportación	Importación
Gran Bretaña	732.000 pesos	1.195.000 pesos
Estados Unidos	413.000 "	240.000 "
Francia	— — —	120.000 "
todo el resto	88.000 "	150.000 "

100. Eduard Poeppig, ob. cit., pág. 112.

101. Informe Bland, ob. cit., pág. 1168, vol. 3.

102. Informe Nugent, ob. cit., pág. 92.

103. Henry Hill, "Incidencias en Chile, Sud-América (1817 - 21)", Revista Chilena de Historia y Geografía, tomo LXXXVII, N° 95, Santiago, 1939, pág. 28.

#### COMERCIO EXTERIOR VIA COQUIMBO<sup>104</sup>

País - Años	N° Naves	Tonelaje	Importación
Gran Bretaña 1825	13	2.340	90.927 pesos
Estados Unidos 1825	24	6.951	130.000 "
Gran Bretaña 1826	17	3.520	134.065 "
Estados Unidos 1826	29	8.057	110.823 "

#### MOVIMIENTO DE BARCOS EN VALPARAISO<sup>105</sup>

Año	Gran Bretaña	Estados Unidos
1824	64	37
1825	88	63
1826	78	55
1827	64	55
1832	111 (con 20.155 ton.)	83 (con 20.700 ton.)

En ambas tablas más arriba se aprecia que los navíos estadounidenses poseían mayor capacidad de carga que los británicos. Por otro lado, respecto a las importaciones británicas, se demuestra claramente el alto nivel de éstas y el crecimiento sostenido a través de los años.

#### Importaciones británicas a Chile, según informes de los propios exportadores en Londres.

Cantidades en libras esterlinas<sup>106</sup>

Año	Cantidad	Año	Cantidad
1817	40.940	1824	751.121
1818	19.074	1825	553.374
1819	23.342	1826	259.067
1820	167.904	1827	440.566
1821	361.666	1828	756.737
1822	408.450	1829	831.906
1823	401.628	1830	563.720
		1835	900.000

104. Informe Carter, ob. cit., pág. 94.

105. Roberto Hernández, *Valparaíso en 1827*, Valparaíso, 1927, pág. 53/54, Informe Nugent, ob. cit., pág. 96.

106. R.A. Humphreys, ob. cit., pág. 344/351, y Peter C. Scarlett, ob. cit., pág. 318.

Ahora, con relación a las exportaciones chilenas, los datos señalan un balance comercial positivo para Chile y un equilibrio bastante pa-rejo entre exportaciones de tipo mineral y las de productos agropecua-rios.

**Comercio Exterior chileno, 1844 - 1850.**  
**Cantidades en pesos de 6 peniques**<sup>107</sup>

Año	Importaciones	Exportaciones	
		Totales	Mineras (%)
1844	31.300.000	45.300.000	26.900.000 59,3
1845	26.900.000	56.400.000	32.400.000 57,4
1846	43.800.000	60.400.000	37.700.000 62,4
1847	47.000.000	61.900.000	38.400.000 62,0
1848	37.700.000	60.900.000	40.900.000 67,1
1849	45.300.000	79.100.000	49.300.000 62,3
1850	46.800.000	95.500.000	60.200.000 63,0

Por otro lado, el comercio latinoamericano estaba en manos de británicos, quienes también dominaban el transporte de cabotaje. El cónsul Ricketts señala en 1826, que existían dos líneas principales de transporte y comercialización. La primera era básicamente de produc-tos regionales, los cuales todavía poseían mercados no arrebatados del todo por el capital europeo. Chile exportaba hacia América Latina, "trigo, cebada, frijoles, choclos, quesos y frutas secas de varias clases tales como almendras, pasas, nueces, etc., también carne seca y sebo. Los mismos artículos con la inclusión de tablas, planchas y madera pe-sada, vienen de Concepción, Valdivia y Chiloé" y recibía cacao, som-breros de paja, sogas, brea, azúcar, arroz, sal, pisco, etc., del Perú, Gua-yaquil y América Central. Ricketts lo denomina "comercio costero nativo". La segunda línea distribuía, a partir de Valparaíso o Lima, los productos importados de Gran Bretaña y el resto de Europa, a toda la región. En ambas rutas "los navíos que se utilizan son de 90 a 110 ton-eladas brutas, bajo los colores ingleses, norteamericanos bajo los colo-res chilenos, peruanos y colombianos; generalmente los propietarios son súbditos británicos y los cascos de estas naves son en su gran mayo-ría de construcción norteamericana"<sup>108</sup>.

El papel de los Estados Unidos también fue significativo en el comercio exterior de Chile en el período de desarrollo independiente. Se convirtió rápidamente en un severo competidor de Gran Bretaña, disputándole palmo a palmo el mercado de los países latinoamericanos. La competencia fue abierta y sin cuartel. Así, por ejemplo, el cónsul

107. Marcello Carmagnani, *Sviluppo industriale e sottosviluppo economico. Il caso cileno (1860 - 1920)*, Turin, 1971, pág. 181/184.

108. Informe Ricketts del 27 de diciembre de 1826, ob. cit., pág. 58/59.

estadounidense en Valparaíso, Mr. Allen, se quejaba amargamente ante sus superiores porque su colega británico "está autorizado para gastar dinero de la nación en agasajar y otras cosas que él puede creer más conducente para los intereses de su país"<sup>109</sup>. Así también los viajeros del país del norte, pronto comprendieron el significado que tenía el mercado del subcontinente para la industria de los Estados Unidos: "Chile, bajo un gobierno independiente, aventaja en mucho a las otras colonias españolas, y está llamado a que se le considere con preferencia por el comerciante emprendedor o manufacturero de los Estados Uni-dos. Un cargamento de géneros de lana o lino, armas, utensilios de agri-cultura, artículos de menaje, libros o papel, rendirá seguramente una utilidad de 150 a 200 por ciento, y el comerciante recibirá en cambio metales preciosos, o barras de cobre, cueros y sebo, que, a su vez, deja-rán considerables ganancias en Estados Unidos; o bien fletar un carga-mento de cobre y vender el sobrante en China, para regresar a Chile con sederías o artículos de fantasía de manufacturas de aquel país, que, en tal caso, sus ganancias serían inmensas"<sup>110</sup>.

El método triangular de comercio norteamericano era sumamente interesante, y ya hemos leído sus principios básicos más arriba. El cón-sul británico Belford Wilson explica su funcionamiento, en 1834: "Un barco americano deja los Estados Unidos con cargamento general; éste prueba venderlo en Valparaíso, y en los puertos del Perú. Con el pro-ducto, el cual en el Perú es enteramente de plata, o adquiere barras de cobre en Coquimbo, o con los dólares, o parte en dólares y parte en cobre, continúa su viaje a Cantón, aquí consigue un cargamento de mer-caderías chinas, parte con el producto de las ventas antes descritas, y el resto, girando letras con Baring Brothers & Co., u otras en Londres. Estos giros para los cuales ellos siempre presentan las letras de crédito de los Estados Unidos, son invariablemente girados a una fecha de ven-cimiento, seis meses después de su aceptación. Cuando el barco comple-ta su carga regresa a un puerto de los Estados Unidos; el cargamento se vende inmediatamente, cuando el barco ha tenido una travesía co-mún, y se hace usual despacho de lo vendido, el producto llega a Lon-dres antes de la expiración de seis meses, o en todo caso, muy poco des-pués, con el fin de ocasionar pocos intereses sobre el préstamo hecho

109. Informe de Heman Allen del 5 de noviembre de 1825, ob. cit., pág. 1318, vol. 4.

110. Samuel B. Johnston, *Cartas escritas durante una residencia de tres años en Chile, 1811 - 1814*, Santiago, 1962, pág. 294, vol. 1 En términos semejan-tes se refiere el cónsul estadounidense Robinson en 1818: "De este país po-dríamos obtener cobre, metales preciosos, y otros productos y nosotros podríamos enviarles el excedente de nuestra producción, aprovechando la flota comercial, y colocar al mismo tiempo en esos mercados, a mejor pre-cio, los artículos europeos y asiáticos, este intercambio abriría un campo virgen para la empresa americana y para los capitales inmovilizados". En: Eugenio Pereira Salas, *Jeremías Robinson, agente norteamericano en Chile (1818 - 1823)*, Santiago, 1939, pág. 19.

por los banqueros en Londres. Se me ha hecho saber que, con este arreglo, tan sólo se cobra de interés el uno por ciento de comisión; esto aunque insignificante, rinde ventajas, la gran cantidad que anualmente es facilitada, la cual tomando el valor total del comercio a China desde los Estados Unidos asciende anualmente a 7.000.000 (de dólares) o £ 1.400.000; y aquel, destinado para el reembarco para los puertos de Colombia, México y Guatemala, desde Valparaíso, se estima en 100.000 dólares o £ 20.000; pero de estos 200.000 dólares para el consumo chileno 75.000 dólares o £ 15.000 consisten en azúcar<sup>111</sup>.

De lo expuesto, se puede concluir que el comercio chileno pasó a depender en gran medida del capital británico y estadounidense, en lo que respecta a su distribución, transporte, etc. Es muy elocuente el papel jugado por el cobre en el circuito comercial norteamericano con China, la costa este de Norteamérica y la sede financiera de Londres. Por lo tanto resulta lógico que para los representantes de esas potencias, Chile fuera un mercado natural para sus manufacturas y un productor exclusivamente de materias primas. Así se expresa el cónsul Ricketts: En América Latina "se prefiere la mercancía británica, y cuanto más estrechas nuestras relaciones con estas nuevas Repúblicas, mayor será nuestro incremento comercial, ya que en vez de una precaria ganancia de producción, recibiremos en cambio suministros regulares de oro o plata en barras", por lo que "no sólo es impolítico sino también injusto forzar a los nativos a la fabricación de tocuyos, bayetas u otros artículos que pueden ser importados a precios más razonables, y más aún si las labores productivas de la población resultan ser diez veces más provechosas para la comunidad si se les orienta a la explotación agrícola y minera"<sup>112</sup>.

#### 4. La manufactura

El sector menos desarrollado de la economía chilena, era la producción manufacturera. La sociedad colonial se basó en la exportación de minerales y productos agropecuarios de muy simple elaboración, y sus necesidades materiales eran cubiertas con importaciones de España y Europa en general. La gran masa campesina, o sea la mayoría de la población, no participaba en este comercio y consumía sólo en muy baja escala productos de tosca calidad, los cuales se producían en Santiago y las ciudades del interior del país. Indudablemente que no se puede hablar de la existencia en Chile de un sistema de manufactura, sino que más bien de un artesanado más o menos organizado. El sistema fabril

111. Informe Wilson, ob. cit., pág. 92.

112. Informe Ricketts del 16 de septiembre, ob. cit., pág. 16, y del 27 de diciembre, pág. 28/29, vol. 1.

recién se introdujo en el país en la época del boom del salitre, en la década de los ochenta, y se instituyó con raíces más o menos sólidas a partir de 1914, cuando la economía debió sustituir importaciones debido a la guerra mundial.

El viajero alemán Thaddäus Haenke, eminente naturalista que visitó Chile en 1793, resume la producción chilena de manufacturas: "Chillán proporciona en parte el vestido grosero de los pobres. Coquimbo sobresale en la labranza de cobre y en la peletería, que beneficiada en las tenerías (curtidurías, C.M.) y principalmente en Talca surte de cordovanes las Provincias y al Perú en cantidad de 12 mil anuales (. . .) Se matan de 16 a 20 mil chibatos y cabras, y sus pieles se llevan en pelo a Maule donde los beneficiar para cordovanes, y de allí vuelven a tefirse a la capital"<sup>113</sup>. Seguramente se trata de las cuarenta curtiembres que vio Miers unos veinte años después, y que consideró como muy pequeñas<sup>114</sup>.

Con la Independencia tomó un cierto desarrollo la manufactura gracias al empeño de algunos extranjeros que abrieron factorías, como el caso del inglés Blest —padre del insigne escritor chileno Alberto Blest Gana— que instaló la primera cervecera en Chile<sup>115</sup>, u otros casos como los de Liljevach —ya citado— que abrió un molino, el de Miers que trató infructuosamente de introducir varias mejoras con resultados diversos<sup>116</sup> —que él atribuyó al carácter tradicionalista de los chilenos— y de varios otros. Sin embargo, la competencia británica fue demasiado fuerte para algunos de estos proyectos. Así nos cuenta el sueco Bladh del caso de una fábrica de muebles en Santiago, la cual debió cerrar, pues sus "productos no se podían vender a precio de competencia con los importados"<sup>117</sup>.

La opinión generalizada de los viajeros era que Chile no poseía una verdadera industria, lo cual lo capacitaba solamente para optar a consumir productos foráneos. El viajero alemán von Bibra opina que "no existe ninguna fábrica en estos países, y según el estado actual de las cosas tampoco podrá hechar raíces en el futuro cercano el sistema fabril y manufacturero"<sup>118</sup>. Además, varios visitantes extranjeros pudieron comprobar que las profesiones liberales y los oficios artesanales todavía eran consideradas como actividades más bien plebeyas; una herencia clara del espíritu colonial que estimaba la posesión de tierras o títulos nobiliarios como el único signo de calidad social. El ya citado

113. Thaddäus Haenke, ob. cit., pág. 200/211.

114. John Miers, ob. cit., pág. 297, vol. 2.

115. Informe Ricketts del 27 de diciembre de 1826, ob. cit., pág. 46.

116. Miers relata, en el segundo tomo de su obra, todas las peripecias que le acontecieron en Chile. Se queja de la burocracia de la época y de la cierta terquedad de los chilenos para asimilar innovaciones.

117. Carl Eduard Bladh, ob. cit., pág. 143.

118. Ernst von Bibra, *Reise in Südamerika*, Mannheim, 1854, pág. 277.

Bladh afirma en 1821: "Sobre las maestranzas, que incluimos entre las industrias, solamente deseo decir en general que son lucrativas, pero poco consideradas socialmente. Un artesano y un empleado de tienda todavía se encogen de hombros ante un peón; y no hace mucho que a los doctores se les daba este epíteto por irónico desdén a la ciencia médica"<sup>119</sup>.

Sin embargo y pese a la competencia inglesa y norteamericana, existió hasta por lo menos mediados del siglo, un artesanado extensamente desarrollado en las provincias del Valle Central. Como señala Schmidtmeier, "los objetos de barro cocido, de hierro y cobre, muchos artículos de tapicería, sillas y bridas, medias y tela rústica para vestidos, se hacen principalmente en las ciudades del campo o en pequeñas chacras y ranchos"<sup>120</sup>. Esta actividad productiva se dedicó principalmente, como vemos, a la elaboración de textiles, hecho lógico atendiendo a lo extendido que estaba la ganadería en el Chile de la Post-emancipación, teniendo como mercado principalmente a los sectores de bajos ingresos que no consumían los artículos lujosos de Europa. Es así que el censo realizado en la provincia de Maule en 1845, entrega interesantísimas cifras. El estudio señala "que en la provincia del Maule no hai fábrica de hilados i tejidos formalmente establecidas i este jenero de industria se ejerce individualmente por el común de las mujeres pobres, pero variándolo la mayor parte de ellas con la costura i otras labores i cuidados propios del sexo". Aunque Maule era una provincia eminentemente agrícola y rural, ya que la población se dedicaba principalmente a labores de ese tipo y el 90 por ciento de ella vivía en zonas no urbanas, poseía 286 zapaterías, 141 carpinterías, 120 hornos para la drillos y 7.975 telares. Es así que producía anualmente 3.606 frazadas, 48.105 ponchos, 213.422 varas de bayeta y 15.712 varas de jerga. También sorprende la existencia de 16.065 hiladoras y 4.862 tejedoras registradas por el censo, correspondiendo al 44,5 por ciento de la población activa de la provincia<sup>121</sup>.

La realidad de la provincia agraria de Maule muestra ribetes un tanto desconocidos del mercado interno chileno del siglo XIX. Por una parte, este artesanado textil era una prolongación del período colonial, basado fundamentalmente en la economía pastoril que le era característica. Varias deben haber sido las causas de su desaparecimiento; entre ellas la mentada competencia europea, el cambio de una economía pastoril a una eminentemente triguera y, también su absoluta orfandad

119. Carl Eduard Bladh, op. cit., pág., 147.

120. Peter Schmidtmeier, ob. cit., pág. 306. El marino sueco Skogman acota lacónicamente, a mediados de siglo, que "aparte de las telas rústicas para ponchos, no se manufacturaron otros artículos en Chile . . .". En: C. Skogman, ob. cit., pág. 203.

121. *Estadística comercial de la República de Chile, Provincia de Maule.*, Santiago, 1845, pág. 64 - 93.

frente a influencias externas, lo que no le permitió abandonar su estructura casera y rural, ni acceder a mejoras tecnológicas mínimas.

## V. LA ESTRUCTURA SOCIAL DEL SIGLO XIX

Como ya se sabe, la gesta de emancipación de 1810 - 1818 no fue una revolución social, ni pudo serlo, pues la dirección política del movimiento estaba en manos de la élite aristocrática y la movilización social que se generó, no alcanzó a cuestionar el sistema social interno de la colonia. Sin embargo, la relativa pasividad de las masas populares no significó necesariamente la existencia de una absoluta paz social. Por el contrario; el sistema patriarcal de dominación creaba desigualdades tan incommensurables que la resistencia de los trabajadores se hizo sentir de diversas formas, entre ellas la emigración y abandono de su trabajo, el bandillaje en los campos, hasta coronar, en el período estudiado, con la Sociedad de la Igualdad, en 1850, que reunió por corto tiempo a intelectuales progresistas, artesanos y otros trabajadores manuales.

Muchos viajeros, sensibilizados por las luchas sociales en Europa, miraron con ojos severos y críticos la realidad social de nuestro país, tomando nota concienzudamente de las desigualdades más aberrantes, de los padecimientos del pueblo y de las condiciones materiales de trabajo y vida de campesinos y mineros. Para Schmidtmeier, la situación era clara: Por un lado están "los ricos y todos sus parientes y relaciones, quienes poseen la tierra de Chile, su comercio, con sus tiendas en la ciudad y haciendas en la campaña y los puestos de gobierno; y otra clase formada por el resto de la comunidad que está compuesta por comerciantes chicos, taberneros, artesanos y peones"<sup>122</sup>. Por su parte, el cónsul estadounidense Robinson resaltaba las características eminentemente patriarcales de la sociedad chilena, exagerando quizás las tintas por la posición probritánica del gobierno de Santiago. Sin embargo, su opinión muestra agudeza: "El pueblo debe considerarse como dividido en dos clases: los ricos propietarios y capitalistas y los vasallos que viven en su dominios. Los primeros son muy ignorantes en cuestiones de gobierno y nunca se han preocupado de estudiar los principios abstractos que entran en la composición del cuerpo social y por lo tanto la ambición y el despotismo guía sus opiniones e influencia sus acciones, no estando capacitados por esto para ser legisladores prudentes o gobernantes calificados. Las clases subordinadas nunca se han considerado sino como vasallos o meras criaturas, sujetas a la voluntad y al capricho de sus patrones, a quienes veneran como seres superiores, que no se pueden ofender ni molestar. Nunca se han considerado ellos mismos co-

122. Peter Schmidtmeier, ob. cit., pág. 233.



mo hombres dotados de derechos inalienables"<sup>123</sup>. El también estado-unidense Samuel Johnston, de oficio tipógrafo y que tuvo destacada participación en los días de la Independencia, nos llama la atención sobre los prejuicios sociales que subsistían como herencia colonial y que él, con muestras de gran optimismo revolucionario, consideraba como condenados a la extinción: "El comerciante trata al tendero, al abogado o al médico casi con el mismo desprecio en que él a su vez es por el noble; tal como los de tercera clase miran con el más profundo desprecio al artesano, quienes, a su turno, estiman por muy bajo de su dignidad asociarse con sus primitivos progenitores los indios; y hasta tan increíble exageración se lleva estos prejuicios, que un saetre o zapatero con un cuarto de sangre blanca sentiría sus mejillas amarillentas llenarse de rubor, como si le ocurriese una verdadera desgracia, si se le sorprendiese en un tête-à-tête con una muchacha cocinera de color cobrizo, que tales son las ideas de dignidad y natural distinción imbuidas en el ánimo de las gentes de todas clases sociales, y que en gran medida han contribuido a robustecer el sistema de opresión con que han sido gobernados e influido mucho para retardar el avance de la revolución, como que este nuevo orden de cosas privará probablemente a muchos de ellos de su situación privilegiada"<sup>124</sup>.

Unas de las consecuencias más evidentes del sistema patriarcal eran, entre muchas otras, la pobreza, el desamparo social, la vagancia y la desocupación. El capitán británico Vowell nos recuerda los sanculottes de la Revolución Francesa al referirse en no muy buenos términos al subproletariado santiaguino de los años veinte: "Los rotosos, así llamados por andar hechos pedazos, son fornidos, vagabundos sin Dios, ni ley, ni con medios ostensibles de vivir, que, si bien raras veces se les ve en épocas de tranquilidad cuando permanecen en acecho en los barrios de Guangualí y la Chimba, pululan, como lobos en las calles en la expectativa de saqueo cuando se ofrece alguna reyerta o revolución. La presencia de sus figuras escuálidas y de aspecto salvaje en la Plaza o en otros sitios públicos concurridos, es seguro indicio a los habitantes de Santiago de que se aproxima alguna revuelta política, pues saben de tiempo atrás que son agentes siempre listos para tomar parte en cualquiera tropelía que se proyecte"<sup>125</sup>.

Una de las formas de resistencia a las enormes desigualdades y al sistema del inquilinaje en el campo, se transformó la emigración ha-

cia otros países, siendo en muchos casos tan sólo temporal y supeditada a cosechas u otras actividades productivas. Las observaciones de Schmidtmeyer son evidentes al respecto: "Muchas familias, después de haber mudado sus ranchos de cañas de un lugar a otro, al no encontrar un trozo de tierra que puedan conservar por cierto tiempo, y fijarse a él por otros lugares que el de la dependencia que bordea con la esclavitud, por fin cruzan los Andes y se instalan en Mendoza, San Juan y otros lugares, donde tanto su estado civil como doméstico, se hacen de inmediato mejores en un país extranjero que en el suyo propio"<sup>126</sup>. Otro tanto acota Isaac Strain: "Son tan numerosos los chilenos en Mendoza y sus vecindades que esos trabajadores son llamados Chilenos si son nativos de ese país o no". Strain atribuye a razones económicas la migración, pues "la limitada extensión de tierra cultivable asignada por el latifundista es pocas veces suficiente para la mantención del campesino y su familia"<sup>127</sup>.

El nivel de los salarios que se pagaban a los diversos tipos de trabajadores y los alimentos que éstos ingerían, nos puede dar una aproximación a las condiciones reales de vida de la mayoría de los chilenos después de la Independencia. Sorprendió grandemente a los viajeros los bajos salarios en Chile, los que impedían acceder a la carne y otros alimentos de primera necesidad. El germano Haenke señala, en 1793, la comida de los peones en las haciendas: "La comida que se les da es charqui y un poco de frangollo" o especie de trigo machacado y cocido<sup>128</sup>. El sabio francés Gay, citando a un chileno de la década de los treinta, dice que la alimentación campesina se componía de "frutas y en invierno con harina tostada y orejones de manzana", mientras que en Copiapó, los arrieros recibían "una libra de charqui, una onza de grasa, otra de sal, 24 higos y una telera o lo que es lo mismo una libra de pan" para sus viajes<sup>129</sup>. Y en 1845, el censo de Maule señala que "se sabe que la clase proletaria no prueba el alimento animal más que una vez por semana", pese al hecho "que la masa de ganados ha aumentado progresivamente i que este artículo forma el ramo principal de la riqueza de la provincia"<sup>130</sup>. Al parecer, las condiciones de alimentación de los mineros no era mejor e igualmente inalterable en el tiempo. Según Darwin, al visitar una mina de oro en Colchagua, los mineros se alimen-

123. Eugenio Pereira Salas, ob. cit., pág. 35.

124. Samuel B. Johnston, ob. cit., pág. 282.

125. Richard L. Vowell, ob. cit., pág. 245.

El mismo viajero Vowell hace referencia al estado de verdadera hambruna que asoló a principio de los años veinte la zona de Talcahuano y Concepción, fuertemente golpeada por las luchas de la Independencia: "A pesar de la fertilidad del suelo, la pobreza de los habitantes de los alrededores es tan grande, que muchos de ellos están siempre deseosos de vender sus hijos y aún se manifiestan gustosos de darlos". pág. 171.

126. Peter Schmidtmeyer, ob. cit., pág. 289.

127. Isaac G. Strain, *Sketches of a journey in Chili, and the Argentine provinces in 1849*, New York, 1853, pág. 115.

128. Thaddäus Haenke, ob. cit., pág. 197.

129. Claudio Gay, ob. cit., pág. 213. En otro pasaje, Gay señala que "cuando es el hacendado quien los alimenta, parece estarse todavía en la edad media por la gran uniformidad de sus comidas, porque no se componen más que de un solo plato de frejoles en el norte, y de arvejas en el sur, cocidos simplemente en agua o aliñados con un poco de grasa o de chicharrones". (pág. 161).

130. Estadística Comercial de la República de Chile, ob. cit., pág. 87.

tidos los mineros: prohibición de desplazamiento libre sin pasaporte (autorización por escrito del gobernador o del juez), prohibición de que la familia del minero viviera en el recinto minero, monopolio en la venta de bebidas y víveres, etc. Por ello, Domeyko expresó que los mineros "bajo el cielo de la más liberal de las repúblicas (disfrutaban) de prerrogativas muy poco mejores que las que les tocan en suerte a los ciudadanos del mismo oficio y condiciones en Nerchinsk", Siberia<sup>135</sup>. Justamente el monopolio de las ventas, por medio de la pulpería, era uno de los sistemas más eficaces de explotación y sujeción del minero al yacimiento. "Los precios eran muy elevados y a fin de mes se le descontaba a cada obrero, de sus salarios, el valor de sus compras. Ocurría frecuentemente que los obreros no sólo habían gastado en la pulpería el total de su salario mensual, sino que quedaban en deuda. Para los dueños de las minas era ésta la situación más favorable, pues ganaban el 50% en la venta de las mercancías, no necesitaban pagar el salario en efectivo y podían contar con la seguridad de que el obrero le trabajaría al mes siguiente, pues todo obrero que tuviera un saldo en contra, estaba legalmente obligado a seguir trabajando en la mina y no podía ser contratado por otra"<sup>136</sup>. Muchas veces, la única solución que quedaba al minero, era la huida. Con todo, el trabajo en las minas "es una situación muy envidiada", afirma Charles Darwin, que contaba apenas con 22 años de edad al visitar nuestro país. Según él, el trabajo en el campo era peor; "los beneficios de estos últimos (los campesinos, C.M.) son mucho menores y se alimentaban casi exclusivamente de habas. Esta pobreza proviene, en primer término, del sistema feudal que preside al cultivo de las tierras"<sup>137</sup>.

Finalmente nos vamos a referir al inquilinaje. Esta institución tiene sus raíces en los primeros siglos de colonización, desarrollándose a la par con el latifundio en el siglo XVIII, y alcanzando su forma clásica a partir de la segunda mitad del siglo XIX en la forma de la gran hacienda cerealera. Todavía en la primera mitad del siglo pasado una gran masa campesina no estaba ligada permanentemente al sistema del inquilinaje. Esta relación de producción se basaba en la prestación de servicios por parte del campesino contra la entrega de una serie de regalías (casa, chacra). Aunque nominalmente existía un salario, lo corriente era que el inquilino estuviera endeudado con el patrón. Esta relación de dependencia, junto a presiones extra económicas como la religión, una relación patriarcal de parte del hacendado, la impartición de justicia siempre coludida con este último, etc., hacían imposible en la práctica la independencia de movimiento del campesino, situación que lo mantenía atado, casi en una forma servil, a la hacienda. Este sis-

135. Ignacio Domeyko, ob. cit., pág. 433.

136. Paul Trautler, ob. cit., pág. 117.

137. Charles Darwin, ob. cit., pág. 88.

tema semifeudal se mantuvo extendido en gran parte de América Latina, en las más multifacéticas formas, por espacio de mucho tiempo, pese a su ostensible anacronismo<sup>138</sup>.

Como señala el capitán inglés Thomas Sutcliffe, "en las haciendas son pocas las personas que reciben salario; incluso los propietarios se consideran afortunados si tienen de 200 a 300 'inquilinos'. Se les puede llamar siervos, aunque pueden cambiar de domicilio a su antojo; pero mientras permanecen en la hacienda tienen que realizar todo tipo de servicios, y asistir a todos los rodeos y trillas, sin recibir más emolumento que sus raciones, el privilegio de su rancho, con una pequeña porción de tierra, y el permiso para criar algunos animales"<sup>139</sup>. Un desarrollo del inquilinaje simple significó el sistema de los medieros, que regularmente eran a su vez inquilinos. John Miers relata esta situación ya en la década del veinte, prevaleciente principalmente en las haciendas agrícolas exclusivamente, las que en esa época, como lo hemos dicho, todavía constituían la minoría en Chile: "Aquí prevalece la miserable dependencia del pobre por el rico; los intereses del pequeño cultivador son sacrificados completamente por la rapacidad del latifundista. Nunca se le arrienda la tierra al campesino pobre, sólo de año a año, por lo que el propietario puede, según su deseo, expulsar a cualquiera de su hacienda. Esta gente es extremadamente pobre, sin confort; sin medios ni oportunidad para educar a sus hijos; la gran mayoría no sabe leer ni escribir; generalmente no tienen capital, y en todo sentido dependen del latifundista". Por no tener capital, deben aceptar un trato con el hacendado, según el cual el propietario proporciona la tierra y empréstitos en dinero —para semillas, por ejemplo— o en especie —bueyes, carretas, etc.— mientras que el campesino debe proporcionar todo el trabajo físico. Como dice Miers, "esta falta de capital entre los mejores trabajadores conlleva la más completa dependencia del latifundista", pues este último compra por anticipado el producto de la cosecha. Las ganancias del campesino son exiguas; "está contento, sin embargo, con su ganancia, mientras pueda mantener a su familia y pueda hacer algunos gastos en la pulpería; su ambición no es mayor"<sup>140</sup>.

Este sistema, donde el latifundista concentra todo el poder económico, judicial y político en sus manos, dejaba margen a múltiples abusos, por lo que Gay exigía reformas o, por lo menos, cierto control: "Hasta el día el inquilinato no ha sido sometido a ningún reglamento administrativo . . . ; porque por su misma naturaleza, necesario es decirlo,

138. En el Ecuador, por ejemplo, existía en la sierra un sistema de prestación de trabajo llamado *concertaje*, muy semejante al inquilinaje chileno. Esta institución fue abolida recién en 1918. Véase a Osvaldo Hurtado, *El poder político en el Ecuador*, Quito, 1979 (3ra. ed.), pág. 58 y sig.

139. Thomas Sutcliffe, *Sixteen years in Chile and Peru from 1822 to 1839*, London, 1841, pág. 323.

140. John Miers, ob. cit., pág. 353, vol. 2.

esta institución es un abuso que absorbe la mayor parte de los medios del campesino, sobre todo entre los propietarios de poca conciencia . . ." <sup>141</sup>. Así, por ejemplo, nuestro conocido Haenke denuncia que "cada hacendado cuenta en sus peones no unos hombres libres que disponen a su albedrío de su persona y de su trabajo, sino unos criados tributarios que impelidos de la necesidad y del ejemplo de los demás amos cultivan las tierras, siembran, riegan, trillan, y hacen cuanto se necesita durante el año sin otro estipendio que el de una mala choza y una corta porción de tierra para cultivar algún grano o legumbres, expuestos a que se les castigue a la menor desobediencia, poniéndoles grillos o metiéndolos en el cepo del que nunca carecen las haciendas"<sup>142</sup>. Es por ello que Domeyko compara a los campesinos chilenos con los de Polonia, afirmando que su suerte no es mayor ni su situación más libre.

Por último, sorprendió a los viajeros el sentimiento de diferencia social fuertemente presente en los campesinos. Darwin cuenta perplejo que "mis acompañantes (campesinos) no querían comer al mismo tiempo conmigo. Este sentimiento de desigualdad es la consecuencia necesaria de la existencia de una rica aristocracia. Según se dice, algunos terratenientes poseen una renta de cinco a diez mil libras anuales, desigualdad de fortuna que me parece no se encuentra en ninguno de los países ganaderos al este de los Andes"<sup>143</sup>. Una muestra de la opulencia aludida por Darwin (rentas de 25 a 50 mil pesos. Un campesino no superaba, en el mejor de los casos, los 84 pesos al año . . .), nos refiere Schmidtmeier, la que no necesita mayor comentario: "La familia Larraín, unos amigos y nosotros formábamos una reunión de 15 personas, y mi compañero contó 52 platos diferentes de sopas, pescados, carnes de vaca, gallinas, animales salvajes, vegetales, jaleas, cremas y muchas otras golosinas aparte del postre. . ." <sup>144</sup>. Este estado de cosas modificó grandemente el comportamiento de los sujetos sometidos. Eduard Poeppig consigna con razón y agudo sentido de observación que, debido a la existencia del inquilinaje y sus formas de explotación, "el chileno (manifiesta inclinación) por la vida errante, su preferencia por vagar sin ocupación, a menudo sujeto a grandes privaciones, sin plan y sin sentido. Se explican por la misma razón la pobreza y el desaseo de las viviendas de la clase inferior en el campo, pues nadie se tomará la molestia —y menos lo hará bajo un cielo que no exige mucha previsión angustiosa— de instalar una casa cómoda y destinada a una permanencia prolongada cuando no puede saber cuánto tiempo se le dejará sin molestarlo en su posesión"<sup>145</sup>.

141. Claudio Gay, ob. cit., pág. 183.

142. Thaddäus Haenke, ob. cit., pág. 194/195. (el subrayado es nuestro).

143. Sergio Villalobos R., ob. cit., pág. 58.

144. Peter Schmidtmeier, ob. cit., pág. 295.

145. Eduard Poeppig, ob. cit., pág. 125.

Podemos concluir, luego de un breve repaso a las más significativas impresiones de los viajeros sobre la realidad material y social del Chile recién independiente, que, en primer lugar, el legado de los testimonios de los varios cientos de visitantes extranjeros de la primera mitad del siglo pasado a nuestro país, debe ser rescatado, estudiado y debidamente publicitado mediante publicaciones. En segundo término, las líneas anteriores muestran, con nitidez y transparencia, un Chile que recién se sacude de la larga siesta colonial, que se enfrenta a enormes dificultades y desafíos como la competencia manufacturera, la readecuación a los mercados internacionales y, en general, la dolorosa inserción en un mundo en rápido proceso de aburguesamiento. Concluida la etapa de postemancipación en 1850, el país se vio enfrentado a los cambios que se hacían impostergables y que, sumariamente han resaltado en estas páginas. Finalmente, queda como una tarea atrayente, modelar la visión de los viajeros y cónsules sobre la transición política de Chile, de un ente colonial, a una nación soberana, independiente y moderna, en un sentido capitalista, para aquella época.

\* Patricio Mason

## I. INTRODUCCION

La constatación de la gravedad de la crisis provocado por el fin del ciclo salitrero y por los efectos de la Gran Depresión, y, de los sucesivos fracasos de los gobiernos nacionales para resolverla contribuyó a que tuviera lugar un cambio cualitativo y cuantitativo de gran trascendencia para el movimiento popular. Grandes masas de chilenos, que hasta entonces aceptaban sin cuestionamiento la orientación de los partidos tradicionales o confiaban en las promesas reformistas del populismo o de grupos de la pequeña burguesía y capas medias, comenzaron a adquirir conciencia de la falta de credibilidad de grupos que en definitiva se pronunciaban por la preservación de un orden a todas luces ineficiente e injusto. Bajo este estado de cosas se produjo una izquierdización relativa que, en mayor o menor medida, se reflejó en todos los sectores de la sociedad. El Partido Radical, por ejemplo, representante de sectores medios avanzados y de la burguesía democrática, realizó en 1931 una Convención en la cual, después de denunciar la magnitud de la crisis del capitalismo, aprobó un programa que postulaba el reemplazo de la propiedad privada por la propiedad colectiva de los medios de producción<sup>1</sup>.

Ante un cuadro de radicalización de amplios sectores de la población se hacía necesario que las vanguardias organizadas del movimiento obrero asumieran su papel conductor, entregando un sentido orgánico y socialista a la izquierdización popular. No obstante, la capacidad real de la clase obrera organizada para hegemonizar esta fuerza social distaba aún de ser suficiente. La dura represión ibañista había afectado duramente a los instrumentos del lucha sindical clasista, los que apenas comenzaban un incipiente proceso de reorganización. En este plano, se conformó en esa época la Confederación General de Tra-

\* Magister en Historia.  
Universidad de Toronto, Canadá.

(1) Alain Angell, *Los partidos políticos y el movimiento obrero en Chile*, p. 168.

bajadores (CGT) en base a la fusión de la IWW con nuevos sectores obreros. Bajo la orientación política del Partido Comunista, se reorganizó también la FOCH, organización miembro de la Internacional Sindical Roja. La FOCH, sin embargo, asumió posiciones extremadamente dogmáticas y doctrinarias que la llevaron a desatar querellas intestinas en el movimiento obrero, neutralizando su potencial unificador e introduciendo en cambio el divisionismo y la fragmentación.

En el terreno de las organizaciones políticas, el Partido Comunista de Chile era el único partido revolucionario existente. Este tenía en esa época una presencia muy limitada dentro del movimiento obrero en general, reflejo del grado aún insuficiente de desarrollo de las fuerzas sociales y productivas del país, el cual a su vez estaba determinado por el atraso, la dependencia y el subdesarrollo del modelo capitalista de explotación implementado en Chile. Sin embargo, éste se encontraba además aquejado por serias controversias internas y actuaba de acuerdo a posiciones dogmáticas y sectarias que habían virtualmente anulado su capacidad de convocatoria y lo habían relegado a un aislamiento considerable. Por una parte, el Partido Comunista estaba dividido en dos fracciones, reflejando así la disputa que tuvo lugar en esa época en el seno del movimiento comunista mundial entre trotskistas y stalinistas. Por otra, su accionar político estaba determinado por un vanguardismo optimista que intentaba trasladar los acuerdos de la Internacional Comunista a la realidad chilena como método seguro para causar la pronta caída del régimen capitalista, relegando a un segundo plano el análisis de las peculiaridades de la formación social, ordenamiento económico y situación política chilena que actuaban como determinantes. Estos intentos, que oscurecieron el carácter esencialmente dialéctico de los procesos sociales y políticos, condujeron al Partido Comunista a posiciones ultristas y mecanicistas que privaron su análisis del necesario sentido de la dinámica nacional y lo limitaron al verbalismo revolucionario, aislándolo de los sectores medios avanzados y de los grupos intelectuales y estudiantiles, aliados fundamentales del proletariado, cerrando así las puertas a la entrega de conducción y orientación que la hora presente hacía necesarias<sup>2</sup>.

En este contexto político, surgieron en 1931 varios grupos de orientación socialista caracterizados por un profundo sentido anticapitalista y antimperialista, y que declararon la necesidad de realizar cambios estructurales en el sistema. Estos grupos de revolucionarios socialistas, inspirados en parte por categorías y métodos marxistas y en parte por un ideario de nacionalismo amplio y de justicia social, pasaron a ocupar un lugar destacado en el movimiento de protesta popular contra el sistema caduco e ineficaz representado en ese momento

(2) Hernán Ramírez Necochea, *Origen y Formación del Partido Comunista de Chile*, Austral 1965 pp. 256-257.

por el debilitado gobierno de Juan Esteban Montero. Estas agrupaciones fueron la Nueva Acción Pública, la Acción Revolucionaria Socialista, el Partido Socialista Marxista, el Partido Socialista Unificado y la Orden Socialista<sup>3</sup>. Hacia mediados de 1932, la manifiesta ineptitud del gobierno de Montero, unida a la masificación de la protesta popular y la incontrolable crisis económica, crearon una atmósfera de quiebre institucional y caos político propicia a la conspiración cívico-militar que poco después llevaría a la proclamación de la República Socialista de Chile.

La acción de los diferentes grupos socialistas giraba en torno a dos figuras importantes: Eugenio Matte Hurtado<sup>4</sup> y Marmaduque Grove Vallejos<sup>5</sup>. El primero era un trabajador intelectual y político de acción que se había dedicado por entero a la lucha por las reivindicaciones del pueblo chileno. De aguda inteligencia y brillante trayectoria, a los 34 años había alcanzado el Grado 33 —es decir, el de Serenísimo Gran Maestro, grado máximo— de la Logia Masónica de Chile, al tiempo que por las noches se dedicaba a la propagación de la cultura y la educación entre grupos de obreros que asistían a las clases nocturnas que él mismo dictaba. En tanto que Gran Maestro de la Masonería, Matte había establecido contacto con oficiales progresistas de las Fuerzas Armadas —en-

- (3) Sobre el tema, véase la obra del historiador Julio César Jobet, *El Partido Socialista de Chile*, Pla. 1971.
- (4) Eugenio Matte, abogado distinguido y prominente miembro de la masonería, donde ocupó el cargo de Gran Maestro, a pesar de sus vinculaciones familiares y profesionales con la burguesía, abrazó con fervor y sinceridad la causa de los oprimidos, poniendo a su servicio incondicional un alto idealismo y una brillante elocuencia, humana y desinteresada. Se dio a conocer con algunos editoriales y artículos valiosos en el diario "Crónica"; encabezó la revolución socialista el 4 de junio de 1932 como su caudillo civil y, a fines de ese mismo año, el pueblo de Santiago lo eligió senador, con una mayoría impresionante, mientras permanecía confinado en la lejana Isla de Pascua. A los 37 años consumido por las exigencias tremendas de su labor en pro de la redención social del pueblo chileno. En el desenvolvimiento político de nuestro país existen pocos casos de abnegación que puedan parangonarse al de Eugenio Matte Hurtado. En Julio César Jobet, *Op. cit.*, p. 99.
- (5) Marmaduque Grove se destacó desde muchacho por su espíritu altivo y orgulloso, a la vez que disciplinado y ejecutivo. Participó en el movimiento del 23 de enero de 1925 destinado a desmontar a los viejos generales que se habían aprovechado de las patrióticas intenciones de la juventud militar. Más tarde figuró entre los principales opositores a la tiranía del general Carlos Ibáñez del Campo y protagonizó la audaz aventura del "avión rojo" (desde Argentina llegó en avión a la ciudad de Concepción con el objeto de ponerse al frente de un pronunciamiento contra la dictadura. Fracásó por la desertión de los comprometidos, siendo apresado y relegado a la lejana Isla de Pascua). Encabezó la revolución popular del 4 de junio de 1932. La consigna "Pan, Techo y Abrigo para el Pueblo" y la figura intrépida de Grove, resumieron ante las masas desposeídas la efímera experiencia socialista del 4-16 de junio de 1932. Candidato presidencial mientras estaba relegado, obtuvo la segunda mayoría después de Alessandri. Desde 1932 el grito "... Grove, Grove" resonó en los diversos rincones de Chile como el sonoro mensaje de esperanza socialista. Vuelto al país, Grove tuvo una lúcida intervención en las gestiones para dar vida al Partido Socialista. Encarcelado por Alessandri, el pueblo de Santiago, bajo la consigna "De la cárcel al Senado", lo llevó en forma abrumadora al Congreso, en reemplazo de Eugenio Matte. Secretario General y miembro del Comité Central del Partido Socialista de Chile. *Ibid.*, pp. 92-93.

tre ellos Grove, también masón— y conocía su disconformidad ante la crisis del sistema. Como fundador y líder de la Nueva Acción Pública, la más importante de las agrupaciones socialistas, Matte estaba plenamente conscientes que se hacían necesarios cambios de fondo en el sistema económico y político nacional, conclusión a la que llegaba por su estrecha vinculación con el movimiento popular, lo que lo había compenetrado de sus aspiraciones y reivindicaciones más importantes. Así, Matte comenzó la conspiración para instaurar la República Socialista encabezando un Comité Revolucionario que se dio a la tarea de hacer un estudio de la realidad chilena con el objeto de preparar un programa de gobierno que diera respuesta a los problemas más graves de la situación nacional.

Marmaduque Grove, por su parte, era un Coronel del Ejército chileno que tenía tras de sí una larga trayectoria de rebeldía ante el sistema capitalista y de simpatía y solidaridad hacia la lucha de los trabajadores chilenos. Su oposición a la dictadura de Ibáñez le había significado la expulsión del Ejército y el exilio en Argentina, desde donde había retornado clandestinamente para luchar contra el dictador. Apresado por Ibáñez, fue deportado a Isla de Pascua, desde donde se fugó, volviendo a Chile un día después del derrumbe de la dictadura. A su regreso le había sido restituido su grado militar y su puesto de Comodoro del Aire y Comandante en Jefe de la Fuerza Aérea. Grove, a diferencia de los oficiales caudillistas y corruptos de la época, era un luchador leal y honesto que entendía y compartía plenamente las legítimas aspiraciones de los trabajadores chilenos.

Estas dos figuras fueron, respectivamente, el cerebro y líder del movimiento que derrocó al gobierno del presidente Juan Esteban Montero y puso en práctica un intento por introducir profundos cambios sociales y políticos, el cual, por sus características, no sólo pasaría a convertirse en uno de los más interesantes experimentos tempranos de construcción socialista en el continente, sino que tendría también trascendentales consecuencias para la vida política futura del país.

## II. LA REPUBLICA SOCIALISTA

El 3 de junio de 1932 la administración de Montero —debilitada e incapaz de contener la crisis, y consciente de que varios grupos contemplaban su derrocamiento, entre ellos los alessandristas— resolvió destituir de su cargo al Comodoro Grove bajo la acusación de complotar contra el gobierno. Entendiendo el carácter político de la medida de Montero, Grove se negó a aceptar la destitución. El sábado 4 de junio, apoyado en las tropas de la guarnición de Santiago —especialmente las de la Base Aérea El Bosque y la Escuela de Infantería de San Bernardo— Grove inició la insurrección que derrocó al gobierno de Montero, dirigiéndole el siguiente ultimátum: “Como Comandante en Jefe de las

tres ramas de las Fuerzas Armadas he resuelto deponer el gobierno que usted preside y establecer en Chile la República Socialista, en cuyo nombre procedo a tomar el mando de la nación, para el pueblo de Chile, por el pueblo de Chile y con el pueblo de Chile”<sup>6</sup>. Montero renunció sin oponer resistencia, y las 8 de la noche de ese día asumió el gobierno una Junta cívico—militar conformada por Eugenio Matte, el general retirado Arturo Puga, y Carlos Dávila, periodista y ex embajador en Washington bajo Ibáñez. En la mañana del mismo día, aviones de la Fuerza Aérea habían dejado caer sobre Santiago una proclama revolucionaria que planteaba al pueblo un programa de cambios como nunca había existido en Chile, proclamando un sistema de gobierno que representaba los legítimos intereses de clase del movimiento popular.<sup>7</sup>

*El caos en que se encuentra el país a consecuencia de su total bancarota económica nos ha movido a seguir los impulsos de nuestro patriotismo, derrocando un Gobierno nefasto de reacción oligárquica, que sólo supo servir los intereses del insaciable capitalismo extranjero, sin importarles las urgentes necesidades colectivas, la miseria de las clases productoras, la cesantía y el hambre del proletariado.*

*No nos guían ambiciones mezquinas ni pequeños odios: sólo perseguimos la liberación económica del país y el triunfo de la justicia social, con la instauración de la República Socialista de Chile, alentada por un alto espíritu de nacionalismo constructivo que asegure a todos los chilenos el derecho a la vida por medio del trabajo productor.*

*El nuevo régimen al cual damos toda nuestra adhesión, poniéndonos al servicio de un irresistible anhelo popular, asegurará la organización de la Economía Nacional bajo el control del Estado; disciplinará las fuerzas productoras y hará surgir, mediante una acción enérgica, las riquezas chilenas, no para satisfacer la codicia egoísta de una oligarquía corrompida, sino para bienestar y salud del pueblo.*

Se constituyó un gabinete en el cual Marmaduque Grove fue designado Ministro de Defensa, y que quedó constituido de la siguiente forma: Educación: Eugenio González; Secretario General de Gobierno, Oscar Schnake; Hacienda, Alfredo Lagarrigue; Tierras y Colonización, Carlos Martínez; Salubridad Pública, Oscar Cifuentes; Interior, Rolando Merino; Relaciones Exteriores y Comercio, Luis Barriga; Justicia, Pedro Fajardo; Fomento, Víctor Navarrete; Agricultura, Nolasco Cárdenas; y Trabajo, Ramón Álvarez. De éstos, González y Schnake pertenecían

(6) Carlos Chartín, *Del avión rojo a la República Socialista*, Edit. Quimantú, Stgo. 1972, p. 723.

(7) *Revista Hoy*, Año 1, N° 30. Citado en Casanueva y Fernández, *El Partido Socialista y La lucha de clases*, Edit. Quimantú p. 86.

a la Acción Revolucionaria Socialista; Lagarrigue, Martínez, Cifuentes, Merino y Barriga eran miembros de la Nueva Acción Pública —el grupo de Matte— mientras que Fajardo, Navarrete y Cárdenas eran alessandristas, y Alvarez, davilista<sup>8</sup>. La heterogénea composición del gabinete era reflejo de las debilidades del nuevo gobierno. Esta era una época en la que el concepto "socialismo" tenía variadas acepciones, no todas en conformidad con el rigor científico con que la define el pensamiento marxista. Esto, por una parte, determinó que incluso Alessandri prestara un entusiasta apoyo inicial a la República. Por otra, las debilidades inherentes a un levantamiento que se tomaba el poder invocando legítimamente el nombre del pueblo, pero —y ésta fue una de las razones de su fracaso— sin movilizarlo en la defensa del terreno ganado, obligaron a Matte y a Grove a aceptar en el gabinete y en la Junta de Gobierno la imposición de personas que fueron una quintacolumna del capital nacional y extranjero, y que a los pocos días comprometieron su participación en un contragolpe reaccionario que derrocaría el primer intento por construir en Chile un estado de trabajadores.

El 5 de junio el gobierno emitió una proclama en que señalaba a la ciudadanía sus propósitos:<sup>9</sup>

*... organizar técnicamente la fuerza productora bajo el control del Estado, establecer ampliamente la justicia social y asegurar a todos los chilenos el derecho a la vida y el trabajo. Pretendemos iniciar la construcción de una sociedad mejor que la actual, dentro de las limitaciones naturales que imponen los recursos del país y sus condiciones históricas.*

*Queremos imprimir a todas las actividades nacionales un ritmo de energía, de juventud, de eficiencia y de disciplina. Para evitar la injusticia que significa la desigual repartición de la riqueza, se modificará el sistema tributario, gravando las grandes rentas.*

Por su parte, el Comité Revolucionario encabezado por Matte había redactado un exhaustivo programa de radicales transformaciones en lo económico y social, el que se convirtió en el Programa de Gobierno de la República Socialista. Bajo la consigna de "Alimentar al pueblo, vestir al pueblo y domiciliar al pueblo", el Programa de Acción Económica Inmediata del nuevo gobierno condenaba la inhumanidad del sistema capitalista y la entrega de la riqueza nacional al capital extranjero, señalando medidas concretas y fijando la orientación general del nuevo régimen. El Programa de Gobierno decía en parte:<sup>10</sup>

(8) *Ibid.*, p. 82.

(9) Carlos Charlín, *Op. cit.*, p. 733.

(10) Julio César Jobet, *Op. cit.*, pp. 69-74.

*Durante la evolución capitalista de occidente, nuestro país se ha ido transformando, cada vez más, en una colonia económica, explotada en comandita, a la cual se ha mantenido dentro de un régimen de libertad política más aparente que real. (. . .)*

*Todo ha sido entregado sistemáticamente al extranjero. (. . .) Nuestra clase privilegiada ha vivido embriagada por los lujos y la molición que le proporcionaba el capitalismo extranjero a cambio de nuestras riquezas naturales y de la miseria del pueblo. . . el remedio debe liberarlo (al país) de la explotación vergonzosa del capitalismo nacional al servicio del extranjero. (. . .) El oficio de los gobiernos políticos ha quedado reducido al de simples espectadores del desconcierto económico, cuando no va de cómplices del Imperialismo Capitalista. (. . .) En la hora presente corresponde a los gobiernos intervenir en la gestión económica, a fin de evitar las luchas entre los individuos, restablecer la justicia y la equidad en el sentido socialista y de regular la producción y el consumo en forma que garanticen la existencia de todos. En el programa económico del Gobierno deben consultarse simplemente las tres finalidades fundamentales e inmediatas siguientes: alimentar al pueblo, vestir al pueblo y domiciliar al pueblo, entendie por pueblo el conjunto de los ciudadanos sin distinción de clases ni de partidos. (. . .) Para conseguir las finalidades anteriores es preciso, pues, que el Gobierno tome las riendas de la producción y del consumo en tal forma que le aseguren el manejo de la economía nacional*

A pesar de las limitaciones y carencias de la República Socialista —particularmente en el plano ideológico— ésta constituyó un esfuerzo honesto por hacer primar la solidaridad y la justicia social en un país en el cual el pueblo sólo conocía explotación y miseria. El amplio espíritu socialista que inspiraba a los gestores de la República estaba basado en los conceptos de justicia y libertad que compartían y que les hacía identificar lúcidamente los principales problemas nacionales, entregando a éstos respuestas claras y coherentes que tenían por objetivo el bienestar de las grandes mayorías nacionales. En los fugaces 12 días en que se mantuvo en el gobierno el socialismo idealista de sus inspiradores —a pesar de haber recibido un amplio y entusiasta apoyo del movimiento popular— no alcanzó a incorporar formas científicas de analizar y resolver el problema del poder, cuestión esencial en todo intento de construcción socialista. No obstante, las transformaciones recogidas en su Programa interpretaban con total precisión las aspiraciones de la mayoría del país y enfrentaban audazmente, como nunca antes se había hecho, los problemas más graves de la vida nacional.

Hacia 1930, la población total de Chile alcanzaba alrededor de

4.300.000 habitantes. La población activa llegaba a 1.138.000 personas, divididas en 78.000 mineros, unos 296.000 obreros fabriles, 70.000 en transportes y comunicaciones, y 444.000 en actividades mecanizadas o trabajos de oficina relacionadas con ellas<sup>11</sup>. El cuadro de la realidad económica y social de Chile era un elocuente testimonio de la irracionalidad y fracaso del sistema capitalista como sistema de desarrollo. El recuento que entrega el historiador Julio César Jobet<sup>12</sup> ilustra la magnitud de la catástrofe nacional causada por la burguesía y pone en perspectiva la tarea que enfrentaba la República Socialista y las razones de su paso por la historia nacional. En la agricultura, existía un total de 180.000 pequeños y medianos propietarios que poseían entre sí 2.5 millones de hectáreas de tierra. En contraste, un grupo de 626 grandes oligarcas terratenientes eran dueños de 14.5 millones de hectáreas. La existencia del latifundio, parte integrante del sistema capitalista atrasado, impedía la planificación racional de la producción y el consumo y era fuente de miseria y explotación para grandes sectores, además de constituir la base desde la cual se generaba el poder económico y político de la oligarquía agraria.

La entrega de las riquezas básicas y de la industria e infraestructura nacional a los capitalistas extranjeros había transformado a Chile en un país dependiente que no producía para sí, sino para los países desarrollados de occidente. Las inversiones de los monopolios transnacionales, especialmente norteamericanos, alcanzaban a un total que fluctuaba entre 1.100.000.000 y 1.130.000.000 de dólares, lo cual significaba en los hechos prácticos que la minería, la industria manufacturera, el transporte, la banca, el comercio y las comunicaciones no eran más que empresas privadas de propiedad extranjera. La deuda externa, por su parte, alcanzaba a los 394.500.000 dólares. Los monopolios extranjeros penetraban en Chile a través de la burguesía financiera, la que le servía de avanzada y administraba, por cuenta del imperialismo, los intereses monopólicos en el país. La degradación, la miseria y el hambre creadas por la explotación implacable eran el cuadro que enfrentaba la República. Chile poseía la tasa de mortalidad infantil más alta del mundo —262 por cada mil nacidos vivos—, había un déficit habitacional de más de 500.000 viviendas, una tasa de analfabetismo y semianalfabetismo cercana al 50%, y existía un promedio de vida de 23 años.

La tarea era, pues, titánica; pero titánica era la voluntad de emprenderla. Las medidas de la República Socialista<sup>13</sup> estuvieron impregnadas de un profundo sentido de justicia y de conciencia de la realidad nacional, dirigiéndose —impulsada por un sentido de urgencia comprensible por la magnitud de la empresa— a resolver los problemas más in-

(11) Oscar Weiss, *Del colonialismo a la revolución*, p. 56.

(12) Julio César Jobet, *Op. cit.*, pp. 35-37.

(13) Casanueva y Fernández, *Op. cit.*, pp. 84-87.

mediatamente y que afectaban más directamente al pueblo chileno. En el plano económico, se ordenó la devolución sin pago de los instrumentos de trabajo y otros objetos empeñados en la Caja de Crédito Popular; se concedieron préstamos a pequeños comerciantes a través de la Caja Nacional de Ahorros; se puso límite a los precios de los artículos de primera necesidad; se limitaron los giros bancarios para evitar la fuga de capitales; y en general, se intentó elevar el poder adquisitivo para revitalizar la actividad productiva nacional. Igualmente, se aumentaron los impuestos a los grupos de altos ingresos; se prohibió la importación de artículos suntuarios que pudieran ser reemplazados por productos nacionales; se expropiaron los depósitos en oro y moneda dura, pagándolos en moneda nacional; y se anunció la fusión de la Caja Nacional de Ahorros con el Banco Central para conformar el Banco del Estado de Chile. Como se anunciaba en el Programa de Acción Económica Inmediata, el estado pasó a cumplir un papel importante en el abastecimiento y el comercio, creando monopolios estatales de yodo, petróleo, fósforos, tabacos, alcohol y azúcar; asumiendo la responsabilidad del comercio exterior, expropiando terrenos fiscales improductivos; y suprimiendo los aranceles a la importación de trigo, ganado y materias primas para la industria nacional de alimentos. En materia social, se prohibió el lanzamiento de arrendatarios impagos de bajos ingresos, se requisaron las tierras ociosas de deudores del estado para entregarlas a cooperativas de cesantes, y se crearon los ministerios del Trabajo y de Salubridad Pública.

En lo político, se clausuró el Congreso nombrado por Ibáñez y se amnistió a todos los presos políticos; se abrieron relaciones diplomáticas con la Unión Soviética y se dieron los primeros pasos para la elección de una Asamblea Constituyente que estudiaría una nueva Constitución Política. En lo cultural y educacional, se hizo justicia a los profesores y estudiantes expulsados de sus instituciones por motivos políticos, restituyéndolos en sus puestos; se planteó la democratización de la universidad a través de la generación de todas sus autoridades mediante elecciones de estudiantes, profesores y egresados; se legisló la autonomía e inviolabilidad territorial de la universidad, adoptándose además medidas para su financiamiento. La República señaló igualmente que la educación dejaba de ser un privilegio, y que al pasar ésta a la responsabilidad del Estado —es decir, del conjunto de la nación— sus esfuerzos deberían orientarse hacia la promoción de los valores solidarios y de justicia del socialismo, eliminándose los intereses comerciales y la orientación individualista. Finalmente, se adoptaron medidas para conformar grupos de teatro, una editorial y una radio estatales para promover y difundir la cultura y el arte, el estudio de las raíces folklóricas chilenas y el aprendizaje de técnicas y métodos artísticos, actividades que pasarían a ser orientadas por los sindicatos obreros, técnicos e intelectuales.



El hondo sentido social y anticapitalista de estas medidas no dejaron lugar a dudas de que la República Socialista no era un simple golpe de Estado más, sino que estaba orientada a la destrucción del sistema imperante y a su reemplazo por otro. La burguesía nacional comprobó rápidamente que se hallaban amenazados sus intereses estratégicos e igual conclusión alcanzaron los representantes del imperialismo. La proclamación de la República generó una ola de entusiasmo y fervor popular que terminó de convencer a los representantes de los grupos reaccionarios y del capital extranjero de que se hacía necesario actuar rápidamente antes de que la situación escapara a toda posibilidad de control. El historiador Hernán Ramírez Necochea registró de esta forma el agitado movimiento de ambos grupos ante el alzamiento popular: <sup>14</sup>

*Con gran celeridad, los representantes de las empresas norteamericanas tomaron contacto entre sí y, en la tarde del 5 de junio, celebraron una larga reunión con Culbertson (Embajador de Estados Unidos) en la sede de la Embajada. Allí —el historiador cita ahora un cable de Culbertson al Departamento de Estado— preocupación fue expresada que el Gobierno quiera tomar servicios de utilidades pública americanos y que posiblemente Gobierno quiera pedir dinero a bancos y compañías americanas. (. . .) El mismo Culbertson tomó contacto con Carlos Dávila (el miembro de la Junta de Gobierno) para plantearle sus inquietudes.*

A pesar de la sinceridad de Matte y Grove y de su lealtad al Programa de Gobierno, la debilidad esencial de la República —es decir, la ausencia de una relación más estrecha con el pueblo a través de un Partido organizado— causó la entrada en ella de elementos reaccionarios como Puga, y especialmente, Dávila, y ello traería consecuencias direc-

\* El representante norteamericano informó en los siguientes términos al Departamento de Estado sobre dicha entrevista: 'El (Dávila) dijo que en ese momento venía de una conferencia con Puga, presidente de la Junta, y que el principal asunto discutido fue su actitud hacia intereses extranjeros. El declaró que estaban de acuerdo en que intereses extranjeros no debían ser molestados... Yo le recordé los rumores que Grove sustenta puntos de vista más extremistas. El replicó que había habido algunas diferencias de opinión, pero que ahora Grove acepta la política que sus intereses no sufrirían ningún acto del gobierno. . . Se quejó que el artículo en el New York Times que se refiere al Gobierno Soviético de Chile era inapropiado e injusto. . . Dijo que haría transformaciones en la vida económica de Chile, pero que los intereses americanos no tendrían más problemas bajo su Gobierno que bajo Ibáñez o Montero'. Entonces dijo (Dávila al Embajador): 'Por favor, asegure a mis amigos americanos que ellos no tienen nada que temer'.

(14) Hernán Ramírez Necochea, *Historia del imperialismo en Chile*, pp. 240-242. Citado en César Cerda y Guaraní Pereda, "A 50 años de la República Socialista de Grove y Matte", *Cuadernos de Orientación Socialista*, Berlín, RDA, 1982.

tas a corto plazo. Así, obstaculizada en su accionar por el carácter heterogéneo y disímil de sus componentes, y acosada desde el primer día por la derecha y los intereses extranjeros, la República intentó romper el esquema de dominación en un esfuerzo que estaba condenado al fracaso ante la ausencia de factores objetivos, siendo el más importante entre ellos la cuestión no resuelta del poder. Con su gigantesco poder institucional intacto, y consciente de las contradicciones existentes en el núcleo dirigente, la derecha y el capital extranjero iniciaron una fuerte ofensiva para contrarrestar el peligro. Los Tribunales Superiores suspendieron sus funciones, el Presidente de la Corte Suprema presentó la renuncia, y la oligarquía y los grupos alessandristas entraron en contacto con altos oficiales para preparar un contragolpe militar.

No obstante sus contradicciones, el nuevo gobierno pudo ser hegemonizado por sus miembros más avanzados y resueltos, quienes continuaron profundizando la aplicación del Programa de Gobierno rodeados del entusiasmo popular. El General Puga, personaje oscuro y claudicante que después seguiría colaborando con los gobiernos posteriores, se declaró "enfermo" y en la práctica no tuvo mayor participación en las decisiones del Consejo de Estado. Por su parte, la presencia de Dávila —quien después se haría cargo del gobierno durante 90 días a la caída de la República— había sido impuesta a último minuto por el Comandante Pedro Lagos, a quien nombró Ministro de Guerra en su gobierno, y quien durante la República declaró, ilustrando hasta qué punto el Gobierno había comprometido su propia existencia al aceptar la imposición, ". . . ha sido el Presidente Provisional (Dávila) no sólo el inspirador y coordinador de los proyectos destinados a transformar nuestra estructura política, económica y social, sino también el más activo propulsor de las medidas destinadas a matar de raíz y para siempre el terrible flagelo del comunismo"<sup>15</sup>. De esta forma, la responsabilidad real de implementar el proyecto socialista recayó sobre los hombros de los miembros más consecuentes del Consejo de Estado, Eugenio Matte y Marmaduke Grove. Al constatar ambos que la burguesía se había recuperado de su repliegue momentáneo, se dieron a la tarea de dar estructura orgánica al amplio movimiento de respaldo popular generado alrededor de la República, tarea que los dirigentes avanzados correctamente visualizaron como factor esencial para detener la respuesta de la burguesía y consolidar los avances logrados.

Al llamado de Matte y Grove a constituir un frente de lucha revolucionaria respondieron entusiastamente las organizaciones del movimiento popular. Así, el 11 de junio se conformó la Alianza Revolucionaria de Trabajadores, compuesta por la Asociación de Profesores de Chile, la Confederación de Sindicatos Industriales, la Federación Nacional de Trabajadores, el Sindicato de Comunicaciones, la Confede-

(15) Casanueva y Fernández, *Op. cit.*, p. 91.

ración Nacional de Cooperativas, el Comité de Dueños de Mejoras, el Comité de Obreros de la Construcción, el Sindicato Profesional de Choferes, y otras organizaciones. Este grupo amplio de apoyo a la República emitió un Manifiesto en el cual llamaba a "... la abolición de la clase opresora mediante la socialización de la tierra y de los medios de producción, con lo cual se facilitarían el advenimiento de una era de paz y de justicia".<sup>16</sup>

Sin embargo, la contraofensiva de la burguesía ganaba terreno día a día. Incapaz de operar dentro de los marcos del propio sistema democrático-liberal, cuyo fracaso y desprestigio había generado el alzamiento popular, la derecha política y económica comenzó a preparar las condiciones para el contragolpe iniciando una campaña de terror mediante la invocación del espectro de una dictadura comunista que se cernía sobre Chile.

Sobre este punto, conviene señalar la actuación del Partido Comunista durante los días de la República. Una de las principales causas del fracaso del ensayo socialista fue la ausencia de vinculación directa con el proletariado y de un partido que jugara el rol conductor del apoyo de masas al proceso. El Partido Comunista, único partido con experiencia de lucha y claridad estratégica que podría haber jugado tal papel, estaba sin embargo fracturado y aislado por las razones que se señalaron anteriormente. Ante esta situación, el experimento socialista agudizó aún más las disensiones internas, dado que los dos grupos en que se encontraba dividido —por una parte, el que encabezaba el Senador Manuel Hidalgo y que en rigor no debería llamarse trotskista sino, como se autodenominaban, de "Oposición Comunista", dado que su apoyo a Trotsky terminó poco después; y por otra, los sectores dirigidos por Elías Lafferte adoptaron posiciones diametralmente opuestas frente a la coyuntura. El mismo día de la proclamación de la República, la Federación de Estudiantes de Chile asumió el control del edificio central de la Universidad de Chile, ocupación que estuvo dirigida por líderes estudiantiles comunistas de ambos grupos. Ilustrando la carencia de vinculación con la realidad nacional que predominaba en el Partido Comunista de esa época, ambos sectores conformaron un Soviet de Obreros, Campesinos, Soldados y Marineros, entrando en conflicto sobre la orientación que éste debería tener frente a la República. Los hidalguistas pedían que se diera apoyo al gobierno condicionado a la entrega de armas al pueblo; los laffertistas, por su parte, se declararon en abierta y total oposición, instando a los trabajadores a presentar exagerados pliegos de peticiones al gobierno de Matte y Grove. Las extremas diferencias de opinión llevaron a los hidalguistas a retirarse del Soviet de la Universidad de Chile para plegarse al Partido Socialista

(16) Carlos Charlín, *Op. cit.*, citado en César Cerda y Guarani Pereda, *Op. cit.*, p. 58.

Marxista en la conformación de la Alianza Revolucionaria de Trabajadores que apoyó al gobierno. Así, el Partido Comunista —afectado por un fenómeno del cual no tuvo el monopolio sino que caracterizó al conjunto del movimiento comunista latinoamericano— no logró romper su aislamiento y reconocer a tiempo la convicción socialista de los líderes consecuentes de la República y el potencial revolucionario de una experiencia que nació impregnada de un profundo sentido anticapitalista y antimperialista, la cual, de haber sido hegemonizada por el proletariado, podría haber sentado las bases para la neutralización de la contraofensiva burguesa, traspasando la iniciativa a la clase obrera y alterando decisivamente la correlación de fuerzas en su favor.

El cuadro real, sin embargo, no fue así. El 13 de junio Carlos Dávila presentó su renuncia a la Junta de Gobierno, presagiando el contragolpe militar que se avecinaba. El día 14 se reunió el Consejo de Estado para tratar la forma de enfrentar la ofensiva de la burguesía. Mientras los acontecimientos se precipitaban y crecían las esperanzas que las grandes mayorías nacionales habían depositado en la República, Matte y los demás socialistas que conformaban el Gabinete abogaron por la idea de responder creando un respaldo armado que pudiera hacer frente a un intento golpista de la reacción, identificando correctamente —aunque tardíamente— las condiciones objetivas para el triunfo de una revolución popular.<sup>17</sup>

*En la sesión del Consejo de Estado de aquella tarde del 14 de junio se discutió con inusitado acaloramiento si convendría o no crear milicias populares, entregándole armamento y municiones a determinados sindicatos obreros en cuya lealtad el Gobierno tenía absoluta confianza. . . Matte Hurtado y los ministros de su confianza eran fervorosos defensores de esta medida; fue el Ministro de Defensa, Coronel Marmaduke Grove, el que se opuso tenazmente a una resolución de esta naturaleza. Grove argumentó que aquello significaba hacerles a las instituciones armadas la mayor ofensa, pues era dudar de la capacidad, lealtad y formalidad. . . (Finalmente) se dio por resuelta la cuestión en el sentido de no armar milicias del pueblo y se entró a tratar el problema de disolver los grupos conspirativos.*

El día 16 se realizó una manifestación popular de apoyo al gobierno en la que participaron más de 100.000 personas. El fervor del pueblo no disminuyó, y de haberse entregado armas a milicias populares podría haberse hecho la defensa del nuevo gobierno. Pero éste no contaba ya con el espacio de maniobra necesario para hacer frente a la respuesta de la burguesía, cuyo aparato político, institu-

(17) *Ibid.*, p. 60.

cional y militar había quedado intacto y se volcaba ahora con toda su fuerza contra la República Socialista. Durante la noche del 16 al 17 de junio, el ensayo socialista fue derrocado por una acción implementada por el alto mando de las Fuerzas Armadas. A la 1:45 de la madrugada del día 17, Matte y Grove fueron enviados al Cuartel de Dragones en calidad de prisioneros, para después ser enviados al desierto en Isla de Pascua.

De acuerdo a lo pactado, Carlos Dávila asumió el gobierno, promulgando la Ley Marcial para contener la indignación del movimiento obrero. Se suspendieron todas las garantías legales y se hicieron arrestos y deportaciones masivas, cancelándose la aplicación de todas las medidas de beneficio popular decretadas por Matte y Grove. Ante el aumento de la crisis y del descontento popular, los mismos oficiales reaccionarios derrocaron a Dávila el 13 de septiembre y se apoderaron directamente del gobierno. Asumió la presidencia Bartolomé Blanche, general de ejército. La anarquía y crisis general del sistema y la protesta popular crearon un estado de cosas imposible de controlar, al punto que ni siquiera un régimen de fuerza y restauración oligárquica podía contar con la homogeneidad necesaria para restablecer el orden burgués. Así, el 27 de septiembre se sublevó el general Pedro Vignola, jefe de la Primera División del Ejército con asiento en Antofagasta, obligando a Blanche a entregar el poder a un civil al cabo de pocos días. El 1º de octubre asumió temporalmente el gobierno Abraham Oyanedel, Presidente de la Corte Suprema, designado con el fin de restablecer el orden llamando a elecciones presidenciales y parlamentarias. A las elecciones, realizadas el 30 de octubre, se presentaron Arturo Alessandri, apoyado por liberales, radicales y demócratas; Héctor Rodríguez, apoyado por los conservadores, y Enrique Zañartu, representando a los agrarios y un sector liberal.

La Nueva Acción Pública, apoyada por todas las agrupaciones socialistas que habían generado la República, presentó las candidaturas de Marmaduke Grove a la presidencia y Eugenio Matte como senador, campaña que se llevó a cabo en ausencia de ambos, que seguían confinados en Isla de Pascua. El Partido Comunista, por su parte, presentó la candidatura presidencial de Elías Lafferte. En las elecciones triunfó Alessandri y Grove obtuvo la segunda mayoría, lo que dio cuenta de la gran popularidad y ascendiente que había adquirido como inspirador y líder de la República Socialista ante el movimiento popular, el que le entregó la primera mayoría en Santiago y Valparaíso, eligiendo también a Matte por un amplio margen de votos. En total, los grupos socialistas que presentaron candidatos a diputados obtuvieron 18.642 votos, equivalente al 5,5% del electorado nacional<sup>18</sup>.

(18) Julio César Jobet, *Op. cit.*, p. 76.

El historiador Julio César Jobet resume así el epílogo de aquella época<sup>19</sup>:

*El terreno se encontraba abonado en favor de un Gobierno "fuerte". Arturo Alessandri Palma, renegando de su pasado romántico, como abanderado del pueblo en 1920, se entregó en forma incondicional a la reacción oligárquica y a la penetración imperialista, realizando una gestión económica antipopular por intermedio de su Ministro de Hacienda, Gustavo Ross Santa María, y una acción política con leyes de excepción, aprobadas por la mayoría conservadora y apoyadas por un cuerpo civil armado, las Milicias Republicanas, organizado nacionalmente. So pretexto de impedir la intervención de los militares en la política, los elementos más reaccionarios de la vieja derecha y del Partido Radical dieron vida a una verdadera guardia pretoriana del gran capital, del clericalismo y de la feudo-burguesía, dirigida reprimir la actividad y el descontento de las fuerzas populares.*

Algunos meses después, el 19 de abril de 1933, representantes de la Nueva Acción Pública, la Orden Socialista, el Partido Socialista Marxista, la Acción Revolucionaria Socialista y el Partido Socialista Unificado acordaban fusionarse para constituir una nueva organización: el Partido Socialista de Chile, que nacía asumiendo las grandes enseñanzas que habían dejado los 12 días de la República Socialista.

### III EVALUACION Y BALANCE DE UN INTENTO FRUSTRADO

En orden a evitar conclusiones erróneas, es preciso señalar que la República Socialista —no obstante las grandes limitaciones que condicionaron su fracaso— no fue un caso de aventurerismo o irresponsabilidad política, sino un esfuerzo legítimo, consecuente y, a todas luces, auténticamente revolucionario por terminar con el dominio de la burguesía y dar paso a un sistema socialista. Los inspiradores del ensayo socialista eran humanistas consecuentes impregnados de un sentido nacionalista entendido en su mejor acepción que no buscaban privilegios ni cuotas de poder, sino que actuaban a nombre de lo que correctamente interpretaban como el bien del país y de las grandes mayorías nacionales. Sus ideas, aunque desprovistas aún de los elementos esenciales del socialismo científico, se inspiraban en un pensamiento socialista intuitivo y democrático cuyos orígenes se remontaban a los inicios de la agitación social de la segunda mitad del siglo XIX, y que venía desde entonces pasando por sucesivas etapas evolutivas que cul-

(19) *Ibid.*, p. 76.

minaron en la conformación posterior de una corriente proletaria socialista de inspiración marxista. Al momento de proclamarse la República Socialista, esta corriente se encontraba aún en un estadio insuficiente de desarrollo que contribuye a dar cuenta de la extrema heterogeneidad de sus componentes, los errores tácticos que cometió, y la ausencia de claridad respecto a los objetivos estratégicos de la clase obrera.

La evidencia existente, entonces, permite constatar de manera irrefutable que ni la inspiración de sus dirigentes, ni sus medidas prácticas, ni su esencia fenomenológica, ni sus objetivos programáticos, hacen posible su descalificación a priori; sino más bien, permiten concluir lo contrario. Esto es, que la República Socialista encuentra su explicación en el grado de desarrollo de las fuerzas sociales y productivas del país y en la evolución del modelo capitalista implementado en Chile. Establecida esta premisa —verificable en el análisis— se hace imprescindible dar cuenta de varias cuestiones fundamentales respecto al experimento socialista, tales como la definición más precisa de su carácter, la identificación de los errores y deficiencias que la llevaron al fracaso, y las enseñanzas que de ella se desprendieron para la clase obrera chilena. Sin intentar una exégesis determinista de los procesos, es posible, no obstante, señalar algunas de las deficiencias básicas del ensayo socialista que intentan arrojar luz sobre su derrota.

### 1. El problema del partido

Una de las exigencias históricas esenciales para realizar un asalto exitoso al poder burgués es la existencia de una vanguardia organizada que conduzca y oriente el proceso con arreglo a la estrategia, táctica, ideología científica y objetivos estratégicos de la clase rebelde. Esta vanguardia podrá tener la forma que dicten el desarrollo histórico, la transformación social y las circunstancias políticas de la sociedad en cuestión, e incluso podrá romper dialécticamente moldes "clásicos" de asalto al poder y crear su propia dinámica, pero inevitablemente, tarde o temprano, deberá convertirse en partido. La historia entrega ejemplos inagotables del destino que espera a los intentos que no consideren este componente básico —la República Socialista, entre otros— y entrega antecedentes sobre sus características. En el caso que nos ocupa, la ausencia de un partido obrero y popular organizado fue una de las causas directas de la derrota. A pesar de que, para fines formales, existía un partido revolucionario obrero en el Chile de 1932 —el Partido Comunista— los fenómenos internos y externos a que se hallaba sujeto lo incapacitaron para cumplir un papel dirigente. Con esto, la iniciativa pasó a manos de dirigentes e intelectuales revolucionarios, en un proceso superestructural en que la falta de vinculación directa con el pueblo canceló la posibilidad de que éste hegemonizara la rebelión anti-

burguesa, entregándole carácter y sentido de clase y alterando la correlación de fuerzas a su favor.

### 2. La cuestión del poder

Como es sabido, existe una radical diferencia entre los conceptos de gobierno y poder. La República Socialista asumió el gobierno pero nunca tomó el poder. Si bien algunos de sus objetivos programáticos se orientaban a la destrucción del origen del poder burgués —la propiedad privada de los medios de producción— éstas fueron demasiados generales o simplemente —como muchas medidas que podrían potencialmente haber generado una situación distinta— no llegaron a implementarse. De esta forma, el Estado quedó intacto, convirtiendo así la respuesta contrarrevolucionaria en sólo una cuestión de tiempo. Se mantuvo incólume todo el aparato de Estado, factor que restó al ensayo socialista cualquier posibilidad objetiva de haber alcanzado el poder.

### 3. El apoyo armado

A pesar de que la República llegó al gobierno mediante una acción de las Fuerzas Armadas, esto fue un hecho completamente circunstancial, y hubiera sido completamente erróneo esperar que éstas asumieran un papel revolucionario prestando el respaldo armado necesario a un asalto al poder, sin que hubiesen sufrido una radical transformación en su carácter. A pesar de que Matte y los dirigentes socialistas más esclarecidos visualizaron correctamente la necesidad imprescindible de la defensa armada del nuevo gobierno mediante Milicias Populares —cuestión que también exigió la Alianza Revolucionaria de Trabajadores, esta iniciativa no llegó a implementarse a causa de la oposición de Grove, en quien pesaron más las explicables reservas que una medida tan drástica generaba en una persona que había dedicado una vida entera al servicio en las Fuerzas Armadas.

El proyecto de las fuerzas sociales representadas en la República tuvo serias deficiencias estratégicas, destacándose entre ellas la ausencia de un programa de reforma agraria, cuestión fundamental en un país en que la tenencia de la tierra era una de las bases del poder burgués, y de medidas antimperialistas concretas para recuperar las riquezas básicas de Chile. Sin embargo, de igual forma que en los puntos anteriores, no es posible atribuir las fallas y ausencias a la simple falta de perspectiva de sus líderes. Las fuerzas sociales representadas en ella expresaban en sus actos el grado exacto de su desarrollo.

El grado de desarrollo de la conciencia de clase del proletariado y de las posibilidades de hegemonización de aliados fundamentales no habían alcanzado aún el nivel necesario para generar una praxis que tuviera correspondencia con el potencial de cambio que se abrió con la

República. Este factor es comprobable —entre otros hechos— en la actuación de su única vanguardia —el Partido Comunista— que, sin reconocer el carácter revolucionario, democrático y antimperialista del ensayo socialista, se declaró en activa y abierta oposición y calificó a sus gestores de social demócratas y pequeñoburgueses.

La República no fue, evidentemente, una revolución socialista. Fue, sin embargo, un intento revolucionario que abrió un potencial de acción que el proletariado y sus aliados no estuvieron en condiciones de capitalizar, pero que no obstante, contribuyó en gran medida a acelerar el proceso de desarrollo de esas mismas fuerzas. Su carácter fue esencialmente democrático y popular, orientándose a entregar respuestas coherentes a los graves problemas nacionales generados por la crisis del sistema de dominación. Fue también profundamente antioligárquica y antimperialista, logrando identificar correctamente que la crisis nacional tenía su origen en la dominación establecida por ambos grupos. Fue, finalmente, un ensayo prematuro que no tuvo correspondencia con la capacidad real de la clase obrera y el pueblo para hegemonizarlo, y cuya derrota no hizo más que reflejar con exactitud la inmadurez del desarrollo de las fuerzas sociales que presentaba. Esto, en definitiva, determinó que la existencia, los gestores y líderes, medidas concretas y objetivos programáticos, deficiencias y errores, aportes y derrota de la República Socialista, estuvieran en estricta correspondencia con el momento histórico y político, con las características de la formación social de la época, y con el grado de desarrollo de la sociedad chilena.

Uno de sus aportes, como se señalaba, consistió en servir de agente catalizador para la profundización acelerada de la conciencia y organización del movimiento obrero y popular, y sólo por ello este intento inmaduro y fallido, pero profundamente justo y necesario, ha pasado a ocupar un lugar de privilegio en la historia de la clase obrera chilena. De las grandes enseñanzas dejadas por la República, una de las más importantes fue la de contribuir a que se identificara con mayor exactitud el carácter de las etapas de los procesos revolucionarios y la composición de los grupos sociales que los llevan a la práctica. Pero su aporte más esencial y directo fue el de haber contribuido a que, poco después, el movimiento socialista que le dió vida asumiera la ideología y la orgánica del proletariado, entregando rigor científico y sentido de clase al pensamiento socialista que ya existía en el seno del pueblo, creando así las condiciones para que se acometiera con nuevos bríos la responsabilidad histórica de terminar con la explotación.

## LA MODERNIZACION DEL SUBDESARROLLO: EL SALVADOR, 1858 - 1931

E. Bradford Burns\*

“Lo que más me asombra a mi llegada desde Europa es la ausencia de la extrema pobreza”, es la observación satisfecha que hizo la sra. de Henry Grant Foote a mediados del siglo XIX<sup>1</sup>. La esposa del diplomático británico había llegado a la conclusión que en el sur de Europa y las principales ciudades de Inglaterra la pobreza y la miseria humanas eran mucho más severas que en la diminuta república de Centro América —que otros observadores también certificarían de “atrasada”—. Esta primera impresión del país, al cual la Reina Victoria había designado al esposo de la sra. Foote en 1853, llegó a ser una convicción final en ella, y como prueba están los ochos años de su residencia en éste.

Sus memorias revelaron por lo menos una explicación a esa calidad satisfactoria de la vida allí: a la gente le gusta tener acceso a la tierra. La vasta población indígena aún mantenía una parte de sus tierras comunitarias, las cuales en opinión de la sra. Foote estaban entre las áreas más fértiles de El Salvador<sup>2</sup>, y aquellos que habrían escogido vivir fuera de las comunidades, “generalmente tienen su propio pedacito de tierra en donde tienen su casa”<sup>3</sup>. La descripción que ella hace de los alrededores de la capital, San Salvador, casi parecen hablar de un edén: “Las afueras de la ciudad son muy hermosas, la conforman una masa de frondosos naranjos y árboles de mangos doblándose bajo el peso de su fruta y las casitas de la gente pobre son extremadamente ordenadas y limpias, cada una rodeada de hermosos árboles frutales”<sup>4</sup>. Estas observaciones refuerzan la inferencia que ella hace respecto a la disponibilidad de ali-

\* Profesor del Departamento de Historia de la Universidad de California en Los Angeles (UCLA). Colaborador del IEC en los EE.UU. (La traducción al español fue realizada por Hedy Herrera).

1. H.G. Foote, *Recollections of Central America and the West Coast of Africa*, London, 1869, pág. 101.
2. Idem, pág. 84.
3. Idem, pág. 61.
4. Idem, pág. 54—55.

mento. La sencilla sociedad excluye distinción alguna entre ricos y pobres. La inglesa alaba la sencillez de aquéllos de la clase alta, aunque algunas veces esta humildad la confunde. Cierta vez ella dijo sonriendo: "Hay una costumbre en este estado que encuentro muy peculiar. Todos, desde el presidente para abajo tienen algún negocio y nadie se hace problema de aparecer detrás de un mostrador vendiendo una pieza de algodón, a la par con sus esposas e hijas que también se dedican a lo mismo"<sup>5</sup>. Nos dejó ella un cuadro incompleto, pero muy sugerente de la nueva nación, describiéndola como bucólica y desprovista de los extremos sociales y económicos.

A mediados de siglo, un pequeño grupo de viajeros extranjeros y diplomáticos, entre ellos John Bailey, E.G. Squier, Carl Scherzer y G.F. von Tempsky, visitaron El Salvador<sup>6</sup>. Sus relatos corroboraron el de la sra. Foote. A pesar que los visitantes consideraron que la pequeña nación estaba sobrepoblada, estuvieron de acuerdo en que la mayoría de la población era dueña de su tierra ya sea en forma individual o colectiva y que los grandes fundos existían pero sin monopolizar la economía rural. Squier señaló que "había muy pocas tierras baldías sin derechos registrados, y pocos particulares dueños de tierras muy grandes"<sup>7</sup>. Squier contrapuso favorablemente ese aspecto de la tenencia de la tierra con otras naciones que conocía.

Los indígenas que a mitad de siglo comprendían por lo menos una cuarta parte de la población, trabajaban ya sea en tierras comunales o en propias parcelas. Un gran número de ellos residía exclusivamente en un área costera del Pacífico de 50 por 20 millas entre los puertos de La Libertad y Acajutla, "manteniendo sus costumbres pero habiendo avanzado muy poco desde el período de la Conquista", según Squier<sup>8</sup>. Todos los viajeros elogiaron la generosidad de la naturaleza y hablaron de la abundancia de alimentos. Von Tempsky rememoró que el pueblo indígena de Chinameca, que él visitó en 1855, estaba "bien provisto de las cosas necesarias para vivir"<sup>9</sup>. Impresionado en particular por la región de Sonsonate, Scherzer alababa la abundancia, variedad y bajos precios de los alimentos<sup>10</sup>. Ninguno de ellos mencionó el hambre ni la mala nutrición.

5. Idem, pag. 60.

6. John Baily, *Central America. Describing Each of the States of Guatemala, Honduras, Salvador, Nicaragua and Costa Rica*, London, 1850; E.G. Squier, *Notes on Central America, Particular the States of Honduras and Salvador*, New York, 1855; Carl Scherzer, *Travels in the Free States of Central America: Nicaragua, Honduras and San Salvador*, London, 1857, 2 vol.; G.F. von Tempsky, *Mitla: A Narrative of Incidents and Personal Adventures on a Journey in Mexico, Guatemala and Salvador in the Years 1853-1855*, London, 1858. En un estudio posterior y mucho más acabado, David Browning tiende a confirmar la mayoría de las tesis de estos viajeros impresionistas: *El Salvador: Landscape and Society*, Oxford, 1971.

7. Squier, *Notes on Central America*, pag. 326.

8. Idem, pag. 331.

9. Von Tempsky, *Mitla*, pag. 424.

10. Scherzer, *Travels in the Free States*, vol. 2, pag. 148 y 195-196.

La economía, mayormente de subsistencia, contaba con una producción bastante holgada para los mercados mundiales. El índigo, por tradición la principal exportación, producía \$ 700.000 de los \$ 1.200.000 de las ventas al extranjero en 1851. El resto de las ventas lo comprendían minerales, bálsamos, pieles, azúcar, algodón y cacao.

Aunque los visitantes extranjeros se mostraron elocuentes sobre algunos aspectos idílicos de la vida que ellos percibieron en El Salvador, ninguno pretendió decir que la aislada nación era un agreste paraíso. Existían problemas. Los visitantes lamentaban que existiera el desorden político, pero aun así, aunque no fuese el reflejo de lo ideal, un patrón socioeconómico que benefició a muchos había emergido del largo período colonial y del reciente período republicano, ya que había suficientes alimentos en producción para mantener a la población, la economía era variada, sólo parte del énfasis recaía en el sector exportador, la tierra estaba razonablemente bien distribuida, la deuda externa era baja, y la ausencia de la extrema pobreza y riqueza, daba a entender que había algún grado de igualdad. Tales características se sostuvieron por un buen tiempo, pero hacia los años 1850 iban a desaparecer. Los observadores extranjeros comentaron que El Salvador estaba en el umbral de un cambio y un cambio que iba a producirse rápida y dramáticamente.

En el transcurso de tres siglos España había implantado sus instituciones políticas, económicas, sociales y culturales en un vasto imperio americano con diferente grado de efectividad. Aquellas regiones más cercanas a las capitales con virreinos o mejor integradas a los patrones de comercio imperial eran el testimonio más vívido de la exitosa implantación de estas instituciones. Por ende y sin importar las distancias que puedan separar Lima de ciudad de México, o las minas de oro de Colombia de las de plata en Bolivia, o las plantaciones de azúcar de Cuba de las fincas de cacao de Venezuela, las similitudes en las estructuras políticas y económicas sobrepasaron las inevitables diferencias locales. La tendencia de los estudios historiográficos es tratar de la relativa inmutabilidad y continuidad de alguna de esas instituciones por más de medio milenio. Las instituciones relativas al uso de la tierra y la actividad laboral son dos ejemplos útiles; y otro es la concentración y autoritarismo en el ejercicio del poder político. Aun así, las instituciones metropolitanas no penetraron por entero en cada rincón de la América hispana. Aquellas regiones no penetradas se mantuvieron marginadas del comercio internacional y aisladas de las preocupaciones primarias de la corona. Estas regiones, donde se fundían culturas e instituciones ibéricas, indias y africanas, se mantuvieron nominalmente subordinadas a la lejana monarquía, pero para propósitos prácticos respondían a las condiciones locales.

Existían más diferencias regionales en Hispanoamérica durante el período en que las colonias obtuvieron su independencia, 1808-1824,

que las que había a finales del siglo. Y las razones para la rápida homogenización durante el siglo XIX no son difíciles de encontrar. Muchas de las élites de los nuevos gobiernos independientes abrazaron las ideas, o lo harían más tarde, del Renacimiento europeo, admiraban la cultura francesa y observaban el vigor económico de Inglaterra. Al pasar al siglo XIX el deseo colectivo de crear en el Nuevo Mundo una réplica de Europa al norte de los Pirineos, aumentó. Para emular el "progreso" las élites se fijaron en las características de las naciones que tomaban como modelos y para esto necesitaban capital que obtuvieron por medio de préstamos, inversiones y comercio, quedando así más atadas que nunca al capitalismo del noratlántico. Con los maravillosos avances de los medios de comunicación y transporte se facilitó la creciente avienencia, forzada por objetivos y patrones comerciales comunes. Una consecuencia notable fue que al acercarse al primer centenario de la independencia de estas nuevas naciones, los modelos institucionales de América Latina reflejaban una similitud sorprendente, más de lo que habían tenido nunca en más de tres siglos de dominación hispana. Para lograr una mayor concordancia se requería que algunas áreas y naciones, que antes habían estado marginadas de los intereses de España o más superficialmente incorporadas a los modelos comerciales europeos, cambiaran dramáticamente. Una economía predominantemente exportadora unida al capitalismo internacional se convirtió en el generador que impulsó un profundo y rápido cambio, y en algunos casos transformaciones radicales —casi revolucionarias— que desafiaban los estereotipos de "inmutabilidad" y "continuidad" que a menudo se aplicaban a todo el área.

El Salvador, una de las nuevas naciones que fuera una vez zona abandonada por el imperio español, nos entrega un sorprendente ejemplo de rápido y profundo cambio. Además, su experiencia de progreso y modernización acompañada del creciente empobrecimiento de la mayoría de los habitantes, nos ilustra cómo una nación latinoamericana se pudo modernizar sin llegar a desarrollarse<sup>11</sup>.

Las instituciones españolas habían penetrado equivocadamente en El Salvador. A través del período colonial esa pequeña área guardó más parecido con su pasado indígena que con alguno de los bulliciosos centros de la América hispana colonial; y como los otros países centroamericanos, los salvadoreños permanecieron geográficamente aislados y considerablemente autosuficientes. Los centroamericanos, sostenía convincentemente Adriaan C. van Oss, habían "dado sus espaldas a la

11. Para una serie de estudios de casos sobre los efectos de la penetración del capitalismo internacional en las economías locales durante el siglo XIX, véase Roberto Cortés Conde, *The First States of Modernization in Spanish America*, New York, 1974.

costa y por lo tanto el comercio intensivo con la madre patria"<sup>12</sup>. Sin embargo, en el corto lapso de tres décadas, más o menos de 1860 a 1890, El Salvador adquirió el tipo de instituciones económicas, políticas y sociales que caracterizaban al resto de América Latina. Estas incluían un modernizador y dinámico sector exportador basado en el monocultivo con el predominio de grandes haciendas productoras para el comercio exterior; una fuerza de trabajo rural empobrecida, despojada de sus tierras y subordinada; concentración del poder económico y político en las manos de los principales hacendados, ejercido desde la única y dominante ciudad, la capital, la cuál aunque se quedó chica tratando de duplicar su modelo urbano, París, contenía distritos que reflejaban la influencia arquitectónica del siglo XIX de Europa; y un entendimiento y tolerancia política entre las élites políticoeconómicas y los militares profesionales en aumento. En muchos aspectos fundamentales, El Salvador llegó a ser casi indistinguible de las otras naciones de habla hispana. El proceso mediante el cual ese singular estado que en tiempos pasados, estuvo aislado, adquiriera ahora el tipo de instituciones características del resto de Hispanoamérica así como las consecuencias de ese proceso, merece ser estudiado.

Durante tres siglos Centroamérica fue parte del imperio español antes de caer por corto tiempo bajo el poder mexicano. Con el nombre de Provincias Unidas de América Central surgió en 1824 esta débil confederación que se derrumbó debido a las rivalidades políticas una década y media más tarde. En 1839, algunos de los principales ciudadanos de El Salvador declararon su independencia, aun cuando la imagen de una madre patria centroamericana permanecía viva en El Salvador. Pero al promulgarse la Constitución de 1841, los salvadoreños se embarcaron en una tempestuosa aventura política. La nueva república tenía una población que se estimaba en 1850, de 394.000 habitantes compuesta en gran parte por indios y mestizos y con una minoría de blancos, negros y mulatos (ver tabla 1). La mayor parte de la población vivía en el campo.

12. Adriaan C. van Oss, *El régimen autosuficiente de España en Centroamérica, Mesoamérica, Guatemala*, 3 (junio, 1982), pág. 68.

Tabla 1  
**DATOS ESTIMATIVOS DE LA POBLACION DE  
 EL SALVADOR, 1821 - 1930**

Año	Población
1821	250.000
1855	394.000
1878	554.000
1882	612.943
1892	703.500
1900	783.433
1910	986.537
1920	1.178.665
1930	1.353.170

Fuente: Jeffry Royle Gibson, *A Demographic Analyse of Urbanization: Evolution of a System of Cities in Honduras, El Salvador, and Costa Rica*. (Disertación Ph. D., Cornell University, 1970), pág. 80.

Las estructuras económicas características del largo pasado colonial permanecieron intactas durante la primera mitad del siglo XIX. El Salvador continuó exportando en pequeñas cantidades productos de demanda limitada. El legado mercantilista español fue superficial debido a su aislamiento e insignificancia económica. Los modelos de uso de la tierra acomodaban tanto al sistema de españoles como de indios. Los pueblos indígenas mantenían las tierras que ellos necesitaban, sobreviviendo así sus comunidades. También existían las haciendas y los grandes fundos cuyos dueños eran españoles y sus descendientes. En la primera parte del siglo XIX había aproximadamente 440 haciendas que tenían un promedio de 2.000 acres cada una<sup>13</sup>, las que configuraban un tercio del área territorial. Las comunidades indias producían los alimentos para el consumo local; también las haciendas lo hacían, pero estas últimas además cultivaban productos de exportación de los cuales el índigo era el más importante.

La producción de índigo requería de fuerza laboral permanente y estacional. Las haciendas conseguían sus trabajadores de las comunidades indígenas cercanas, y también lentamente, pero en forma sostenida, usurpaban sus tierras. Complementaba estas acciones el hecho que el control de las instituciones políticas de la nueva república estaba en manos de una clase de comerciantes y hacendados. La nueva élite nacional comprendía plenamente la importancia que tenía para su prosperidad el controlar las tierras y la fuerza laboral, y la distante corona es-

13. Browning, *El Salvador*, pág. 85 y 87.

pañola no se les interponía. Sin embargo, en esos momentos existían otras realidades que inhibían su expansión económica: las frecuentes guerras en América Central, la escasez de capital y crédito, la interrupción de las vías y modelos comerciales y la falta de una demanda de productos en el mercado internacional, elementos que causaron una baja de la economía en general durante la mayor parte de la primera mitad del siglo XIX. Estas realidades políticas y económicas crearon un cierto balance entre las comunidades indígenas y las haciendas, y así parecía que ambas se proveían satisfactoriamente, aunque en forma modesta, de acuerdo a sus estilos de vida. Este era El Salvador descrito por Foote, Squier, von Tempsky, Scherzer y Baily.

Después de 1858, nuevos modelos socioeconómicos entraron en vigencia. Estos nuevos modelos se explican en parte por la mayor estabilidad política y el contacto más cercano con las naciones del Atlántico Norte, principalmente los Estados Unidos, Francia y Gran Bretaña. De mucha importancia es el hecho que la élite haya encontrado un nuevo cultivo, el café, que se podía plantar en el país y vender lucrativamente en el extranjero; así más que cualquier otra cosa, fue la concentración de la producción en un solo cultivo lo que alteró las viejas

instituciones. Antes de fines de siglo las fincas cafetaleras se transformaron en la base de la producción económica, del poder político y de las organizaciones sociales. Los hacendados cafetaleros surgieron como una élite con vasto poder económico, político y social.

El presidente Gerardo Barrios (1858-1863), conductor inicial del desafío al viejo sistema, dirigió los primeros pasos de la inexperta nación hacia el cambio y la modernización. Un viaje por Europa a principios de los años cincuenta lo había influenciado profundamente. En una carta que escribió a El Salvador, proclamaba su misión: "Era urgente y necesario que hiciera este viaje para corregir mis ideas y ser útil a mi país. . . Regresaré a predicar a mis conciudadanos cómo somos los centroamericanos y lo que podemos llegar a ser"<sup>14</sup>. Así lo hizo. En la Asamblea Legislativa de 1860 informó que pretendía "regenerar" la nación<sup>15</sup>.

El modelo llegó a hacerse familiar a través de Latinoamérica entre aquellos que querían "regenerar" sus sociedades, apoyándose poco críticamente en los modelos provistos por las naciones capitalistas más importantes del Atlántico Norte. Los avances agrarios, tecnológicos e industriales atemorizaban a las élites latinoamericanas. Estas naciones parecían haber encontrado el camino al "progreso", un glo-

14. Carta del general Gerardo Barrios, Roma, 21 de noviembre de 1853, impresa en la Revista del Departamento de Historia y Hemeroteca Nacional, N° 11, San Salvador, marzo de 1939, pág. 42.

15. Este discurso está impreso en Joaquín Parada Aparicio, *Discursos Médico-Históricos Salvadoreños*, San Salvador, 1942, pág. 222.



rioso término del siglo XIX que las actuales ciencias sociales llaman "modernización". En el pensamiento de las élites "progresar" llegó a significar recrear el modelo europeo en América Latina. Llevado a su extremo, hasta llegó a significar el impulso de la inmigración europea con el fin de reemplazar los indios y africanos del Nuevo Mundo. Dentro de una amplia perspectiva latinoamericana, Barrios no fue de ninguna manera original en su descubrimiento de Europa o en sus esperanzas de recrear su nación a su imagen. Pero dentro de los angostos límites del bucólico El Salvador, parecía ser un soñador listo a negar el pasado para participar en un futuro incierto y seductivo.

Barrios describió a la nación que gobernó como "atrasada", "indigente" y "mal administrada", a la cual él creía haber introducido el "progreso"<sup>16</sup>. El presidente, como comandante del Ejército y dueño de una finca de regular tamaño, era un representante de la naciente clase media en cuanto a su estilo de vida, actitud y aspiraciones. Su gobierno vagamente abarcaba un liberalismo, característico de las políticas salvadoreñas de la última parte del siglo XIX. Favorecía las libertades individuales, se oponía al régimen dictatorial y buscaba la forma de terminar con el neofeudalismo que dominaba el campo. Logró acelerar un cambio en lo rural, del neofeudalismo al neocapitalismo. Sin embargo, siguiendo un modelo común a América Latina en el siglo XIX, la libertad —durante los años de Barrios y desde ahí para adelante— le sonreía exclusivamente a las élites, y el régimen autoritario siguió poniéndose en práctica a pesar de la retórica.

Como devoto francófilo, el presidente Barrios incorporó ideas liberales y positivistas en su plan de acción para cambiar su país de su pasado indio e ibérico a una aproximación más cercana a la cambiante Europa occidental. El primer programa que anunció para su gobierno en 1860 incluía cinco objetivos: promover la agricultura, la industria y el comercio; introducir en El Salvador el progreso que distinguía a otras naciones; alentar la inmigración; reformar el sistema educacional de acuerdo a las últimas ideas europeas; construir carreteras y puertos para facilitar el transporte y la comunicación internacionales. Estos eran los objetivos que caracterizaban a los modernizadores del siglo XIX en América Latina. Luego, después de anunciar su programa, el presidente promulgó el primer código civil de la nación y un nuevo plan educacional, ambos copias inevitables de modelos europeos. En firme actitud positivista, Barrios creía que el gobierno debía actuar directamente en el incentivo de las exportaciones<sup>17</sup>. Los resultados

16. Mensaje a la Asamblea General del 29 de enero de 1862, Impreso en Italo López Vallecillos, *Gerardo Barrios y su tiempo*, vol. 2, San Salvador, 1967, pág. 219.

17. Gary G. Kuhn, *El positivismo de Gerardo Barrios*, Revista del Pensamiento Centroamericano, N° 36, Managua, julio-diciembre de 1981, pág. 88. Para mayor información sobre el positivismo en El Salvador, véase Patricia A. Andrews, *El liberalismo en El Salvador a finales del siglo XIX*, Idem, pág. 89-93.

más inmediatos de su plan de acción fueron facilitar el crecimiento del capitalismo y la promoción del mercado extranjero. En efecto, las exportaciones se duplicaron entre 1860 y 1862<sup>18</sup>.

Barrios valoraba los incipientes cambios agrarios y comerciales que ya comenzaban en El Salvador. El servicio de vapores entre El Salvador y California se inauguró en 1853; seis años más tarde el gobierno comenzó a pagar subsidios a la Pacific Mail Steamship Company para que prestara servicios en puerto salvadoreños. Como consecuencia inmediata las exportaciones de ron y azúcar subieron, crecimiento aplaudido por Barrios. También diplomáticos estadounidenses en El Salvador tuvieron palabras de entusiasmo sobre el crecimiento de las exportaciones que provocaron los vapores<sup>19</sup>. Además de promocionar el cultivo de productos con la demanda internacional, el presidente Barrios también se mostraba a favor de las leyes laborales y de tenencia de la tierra que complementaban dicha actividad agropecuaria.

Comprendiendo la importancia del café para el mercado mundial y la adaptabilidad del suelo salvadoreño, rico por su formación volcánica para producirlo, el presidente estimuló su producción<sup>20</sup>.

Primeramente, los agricultores habían comenzado a sembrar pequeñas cantidades de café para el consumo local ya en el siglo XVIII, pero a pesar de los incentivos gubernamentales para aumentar su producción desde el año 1846 estos no habían dado resultados notorios. Barrios asumió vigorosamente la promoción del café, tanto para diversificar las exportaciones como para incrementar el ingreso nacional.

18. Kuhn, *El positivismo*, pág. 87.

19. "... el comercio de los Estados Centroamericanos ha crecido maravillosamente, especialmente en los últimos quince años y desde el establecimiento de la línea de vapores desde Panamá. Esto ha introducido y establecido regularidad, seguridad y rapidez en sus comunicaciones con el resto del mundo. Se ha organizado y se mantiene un servicio de correo y se asegura un modo efectivo de intercambio comercial. En atención de que esto siga teniendo importancia, generando riqueza y teniendo influencia, deben encontrarse los medios para contrarrestar los nefastos resultados del sistema político y, pronto deben llegar a ser poderosos y generalizados para ser capaces de poner fin al sistema político que retarda y obstaculiza su desarrollo. Desde el establecimiento de los vapores de Panamá, las entradas de la Aduana en... Salvador han aumentado más de cuatro veces. El comercio exterior de todas las repúblicas, el cual previamente había estado en manos de algunos que podían importar alrededor del Cabo de Hornos, ha sido abierto a todos... El crecimiento de California y los Estados del Pacífico ha abierto nuevos cauces a este comercio" (James R. Partridge al Secretario de Estado, 22 de abril de 1865. Diplomatic Dispatches from U.S. Ministers to Central America, General Records of the Department of State, National Archives of the United States of America). "La República de El Salvador, territorialmente la más pequeña de los cinco estados centroamericanos, es la primera en los montos de exportación y solamente segunda en población. Tiene tres puertos en el Pacífico, La Unión, La Libertad y Acajutla, todos los cuales están conectados dos veces por mes, de ida y vuelta, por los vapores de la Panama Railroad Steamers, y los que son visitados con carga y pasajeros por veleros americanos. En los otros estados centroamericanos, los vapores sólo atracan en un puerto". (A.S. Williams al Secretario de Estado del 27 de marzo de 1867, Idem).

20. López Vallecillos, Gerardo Barrios, pág. 216-218 y 127-128.

Bajo su dirección las exportaciones de café tuvieron un modesto comienzo.

En su discurso presidencial a la Asamblea legislativa del 29 de enero de 1862, enfatizó el ímpetu que su gobierno le daba al café, prediciendo (incorrectamente) que dentro de dos años El Salvador sería el mayor productor de café de Centroamérica<sup>21</sup>.

En las décadas después de Barrios, incluyendo el gobierno conservador de Francisco Dueñas, 1863-1871<sup>22</sup>, los liberales articularon un programa de propósitos enfocados hacia la modernización del transporte y la infraestructura de las comunicaciones, la expansión de las exportaciones de café, la adopción de modelos europeos, y el fortalecimiento del poder ejecutivo. Nunca renuentes a usar la fuerza para implementar su programa, extendieron su actividad desde el palacio presidencial hasta alcanzar la más remota aldea.

El proceso de producción del café, relativamente complicado, engendró una serie de crisis en las instituciones neo-hispánicas y neo-indígenas que habían servido adecuadamente a una sociedad cuya economía cosechaba pausadamente índigo y hortalizas<sup>23</sup>. El espectacular triunfo del café, de alguna forma una victoria del moderno capitalismo, hacía necesario un nuevo orden institucional.

La producción de café difería significativamente del índigo que tradicionalmente había sido la principal exportación. La planta de índigo crecía sin necesidad de un gran cuidado o inversión. Dentro del año, el agricultor podía cosecharlo, a pesar que la cantidad de pigmento aumentaba mientras más demoraba la cosecha hasta llegar a los tres años. La producción de índigo requería de una pequeña fuerza laboral permanente que se suplementaba durante el tiempo de cosecha y procesamiento, siendo ambos procesos relativamente sencillos. El café podía sembrarse en variedad de condiciones en tierras que abarcaban desde un terreno pequeño de unos cuantos acres hasta vastas extensiones de tierra. Pequeños cafetaleros prosperaban en algunas partes de América Latina y Colombia era el mejor ejemplo. A pesar de esto, en El Salvador se dieron más las fincas cafetaleras de tamaño mediano y más grandes. El cuidado, la fertilización y conservación de la tierra y la preparación del café, que incluye el secado, su procesamiento y envasado, requería

21. Idem, págs. 216-217.

22. Esta interpretación de la administración Dueñas se encuentra en Derek N. Kerr, *La edad de oro del café en El Salvador, 1863-1885*, Mesoamérica, N° 3, Guatemala, junio de 1982, págs. 4 y 7, como así también en los informes diplomáticos de A.S. Williams. En particular, véase sus informes del 12 de enero y 8 de febrero de 1869 al Secretario de Estado, ob. cit.

23. Para la comprensión de los efectos negativos que tuvo la introducción del cultivo del café en el campesinado de Costa Rica y Guatemala, véase Mitchell A. Seligson, *Peasants of Costa Rica and the Development of Agrarian Capitalism*, Madison, 1980, y David J. McCreery, "Collee and Class: The Structure of Development in Liberal Guatemala", *Hispanic American Historical Review*, N° 56, Durham, agosto de 1976, págs. 438-460.

de un capital considerable y de una fuerza de trabajo permanente considerable que debía reforzarse generosamente en tiempos de cosecha. Había que esperar de tres a cinco años para su primera cosecha. Así, se requería considerablemente más capital, paciencia y técnica que para producir índigo. Estos requisitos limitaban severamente la cantidad de agricultores dedicados a sembrar café, y aun más la cantidad de ellos dedicados a su procesamiento. Sin embargo, las ganancias eran atractivas y recompensaban a aquellos pocos que tenían la capacidad de hacerlo.

La tentación de un mercado lucrativo impulsó a los agricultores que podían sustentar el peso financiero para expandir las tierras, las que crecieron a costo de pequeños terratenientes y de tierras comunitarias. El cambio de los modos de propiedad alteró fundamentalmente el estilo de vida de la mayoría y los gobiernos, entusiasmados con esto, incentivaron este cambio facilitando la concentración de tierras en pocas manos. Así, en las décadas entre 1860 y 1890 el modelo de prosperidad se llegó a parecer a los modelos comerciales capitalistas característicos de las economías de plantaciones de otros lugares del mundo. La primera medida fue la de etiquetar las tierras comunitarias indígenas como retrógradas y antiprogresivas. Se les acusaba del atroz crimen de atrasar y hasta no permitir la modernización. En pocas palabras, éstas preservaban el pasado "atrasado". El presidente Barrios inició el ataque legal contra los ejidos, propiedades comunitarias y las tierras comunales que eran propiedad municipal. Sus políticas arrojaron parte de estas tierras al mercado, justo cuando ambiciosos empresarios buscaban más acres para sus plantas de café.

Una encuesta oficial de 1879 da a conocer que solamente una cuarta parte de las tierras aún eran parte de las aldeas<sup>24</sup>. El gobierno del presidente Rafael Zaldívar (1876-1885) no tuvo reparos en alentar el despojo de las tierras restantes. Zaldívar se enorgullecía de seguir la misma tendencia modernizante de Barrios y para demostrar su admiración por su predecesor, erigió un imponente mausoleo en su honor. En un editorial del Diario Oficial a comienzos de 1880 resumió la actitud gubernamental hacia las tierras comunales, reclamando una vez más la continuidad ideológica de los gobiernos después de 1858:

"Por un lado vemos tierras vírgenes y fértiles que claman por la intervención de capital y ser trabajadas para sacar la riqueza que promete; mientras por otro lado, vemos que la mayoría de los habitantes de nuestras aldeas se contentan con sembrar maíz y frejoles que nunca sacaran a la gente de su miserable condición. Permanecerán en el mismo estado deplorable de los tiempos de la colonia. . . El gobierno se ha propuesto transformar la república para hacer de cada una de las aldeas que ayer

24. Browning, *El Salvador*, pág. 190.

eran tristes y miserables, en alegres centros de trabajo, riqueza y comodidades"<sup>25</sup>.

Así sucedió. A comienzos de 1881 el gobierno abolió las tierras comunales con incalculables consecuencias. El decreto censuraba antiguas prácticas para definir la política económica oficial después de 1881: "La existencia de tierras de propiedad de comunidades impide el desarrollo agrícola, obstruye la circulación de la riqueza y debilita el núcleo familiar y la independencia del individuo. Su existencia es contraria a los principios sociales y económicos que la república ha aceptado". Un año más tarde una ley disolvió los ejidos por la misma razón: eran "un obstáculo para el desarrollo agrícola y contrarios a nuestros principios económicos"<sup>26</sup>. Las comunidades y ejidos tenían la culpa de acuerdo al planteamiento oficial, de impedir el progreso, entendiéndose por esto la expansión del cultivo del café. En algunos casos, las tierras eran divididas entre miembros de la comunidad. Estas acciones desorientaron a los indios y a la población nativa, la cual tenía poco conocimiento del concepto de propiedad privada de la tierra. Muy por el contrario, ellos identificaban la comunidad y la tierra como una sola, la tierra existía para el bienestar del grupo, la comunidad cuidaba de las tierras en forma casi religiosa, la cooperación más que la competencia gobernaba el comportamiento económico de esas poblaciones. A juicio del gobierno, los indios y los campesinos, obviamente, no estaban preparados para contribuir al futuro capitalista de El Salvador.

Una vez que las tierras comunes fueron distribuidas en pequeños terrenos, los cafetaleros se dieron a la tarea de adquirir esas tierras. La experiencia probó que era más fácil confundir y comprarle las tierras al pequeño propietario que a la comunidad<sup>27</sup>. El naciente sistema de clases rural, mayoritariamente caracterizado por un pequeño grupo de cafetaleros y procesadores del café por un lado, y una gran masa de mal pagados trabajadores, por la otra, contrastaba fuertemente con las estructuras más igualitarias de El Salvador anterior a 1860.

El modelo de exportación se vio alterado radicalmente durante las mismas décadas. Desde el período colonial hasta principios de 1860, El Salvador había gozado de una variada producción agrícola y de

25. Idem, pág. 171.

26. Las cláusulas de la Ley de Extinción de las Tierras Comunes del 26 de febrero de 1881 y de la Ley de Extinción de las Tierras Públicas del 2 de marzo de 1882, se encuentran en William H. Durham, *Scarcity and Survival in Central America: Ecological Origins of the Soccer War*, Stanford, 1979, pág. 42.

27. Esta tendencia fue universal en toda América Latina. Para la discusión general, consúltese E. Bradford Burns, *The Poverty of Progress: Latin America in the Nineteenth Century*, Berkeley—Los Angeles, 1980, particularmente pág. 132—154. Para ver discusiones especiales sobre El Salvador, consúltese Browning, *El Salvador*, particularmente págs. 146, 147, 167, 173, 175 y 214; Alastair White, *El Salvador*, Boulder (Colorado), 1982, pág. 93, y Rafael Menjivar, *Acumulación originaria y desarrollo del capitalismo en El Salvador*, San José, 1980, págs. 123—127.

exportación: maíz, indigo, tabaco, azúcar, cacao, café, algodón y frutas tropicales. Pero la invención a mitad de siglo de las tinturas sintéticas, sentenció a muerte una de las exportaciones más importantes, el indigo. El café fue la causa de su defunción. Así lo indican las estadísticas de exportación. En 1860 el café era apenas el 1% de las exportaciones; en 1865, 8% y en 1870, 17%. En 1875, por primera vez, el valor de las exportaciones de café sobrepasaron a las exportaciones de indigo, lo que nos da un gran cambio desde 1865 cuando el valor de las exportaciones de indigo era 15 veces más que la de café. La tabla número 2 nos indica los cambios en las exportaciones de El Salvador durante el crítico período 1864—1875. En 1879 las exportaciones de café eran el 48,5% del valor total de las exportaciones. Y ya por 1910, éstas totalizaron \$ 4.661.440 de un total de exportaciones equivalente a \$ 5.696.706. Por ese entonces el indigo lograba sólo \$ 107.936 en el mercado mundial. Durante la década de 1880, El Salvador se convirtió virtualmente en una nación monoagropecuaria—exportadora, la prosperidad de su economía dependía enormemente de la compra de café por parte de tres o cuatro naciones, las cuales, a su vez, invertían en tecnología y bienes manufacturados en cantidades correspondientes a las ganancias provenientes del café.

La dominación de la economía nacional por el café obviamente afectó a los campesinos, la mayoría abrumadora de la población. Las fincas cafetaleras en expansión continuaron despojándolos de sus tierras. Estos, dependían de las plantaciones de café para obtener trabajo y, para alivio de los cafetaleros, formaban una gran fuente de trabajadores cesantes y sub-empleados que podían ser contratados por salarios bajos y miserables. Al mismo tiempo, la situación crecientemente inestable de gran parte de la población rural creaba descontento y desasosiego. El pobre rural protestó por esta deteriorada situación. Las protestas más importantes ocurrieron en 1872, 1875, 1880, 1885 y 1898. El gobierno, dominado por los cafetaleros se preocupó de mantener el orden no sólo para asegurar la tranquilidad, sino también para asegurarse una fuerza de trabajo dócil y abundante. Con multas, arrestos y castigos, las Leyes de Vagancia de 1881 obligaban a la plebe a volver al trabajo. La Ley Agraria de 1907, controló aún más a la clase trabajadora campesina al dar autoridad a la Guardia Civil para proteger físicamente a los propietarios si ellos lo demandaban. Había también jueces—en una forma parecida al sistema de repartimientos español—que aseguraban que la fuerza laboral estuviese disponible en el momento y el lugar en que los cafetaleros la necesitaban. La nueva policía rural hacía cumplir las decisiones de los jueces, intimidaba a los trabajadores, protegía a los cafetaleros y aseguraba una cierta clase de orden rural que los cafetaleros creían esencial para su prosperidad. Ellos, los cafetaleros, ya identificaban el bienestar nacional con el propio.

Hacia el fin del siglo, el cultivo del café había transformado El Salvador. Las estructuras de propiedad de la tierra, los modelos de uso de

la tierra y las relaciones entre los trabajadores y la tierra eran radicalmente diferentes. Mientras en 1858 existía un razonable balance entre las grandes fincas, pequeñas propiedades y los ejidos, ya en 1890 las fincas eran dominantes. La creciente acumulación de capital en pocas manos reforzó la finca cafetalera, mejoró el proceso del café, y facilitó aún más su exportación.

Hacia fines de siglo apareció un reducido pero significativo grupo de capitalistas. Se trataba de inmigrantes extranjeros llegados a El Salvador a través de enlaces matrimoniales con las familias nativas más importantes, que pasaron a desempeñar pronto un rol importantísimo entre ellas. Hábilmente combinaron su amplio conocimiento del capitalismo del Atlántico Norte con las necesidades locales. Un pequeño número de capitalistas salvadoreños de las clases alta y media junto a representantes locales del capitalismo británico se unieron a ellos. Algunos controlaban el proceso y/o el sector exportador de la industria cafetalera, ambas altamente lucrativas y estratégicas. Sus intereses obviamente se entrelazaban con los de los hacendados cafetaleros.

La estabilidad política acompañó el crecimiento económico y el cambio. Comenzando con el gobierno de Barrios en 1858 y terminando con el del General Antonio Gutiérrez en 1898, estos gobernantes permanecieron en el poder más tiempo que sus predecesores. En esos 39 años, 7 presidentes gobernaron un promedio de 5,7 años cada uno, más del doble del tiempo de los jefes de estado entre 1839, y 1858. Cinco de los presidentes eran militares, y fueron sacados por la fuerza. La administración de Tomás Regalado, 1898 - 1903, marcó una transición. El General Regalado llegó al poder por medio de la fuerza y regularizó su situación mediante elecciones, gobernó el período constitucional de cuatro años y entregó la presidencia al fin de ese lapso<sup>28</sup>.

Las élites cafetaleras habían consagrado las reglas políticas de su dominación en la Constitución de 1886. Esta permaneció vigente hasta 1939, siendo la constitución de más duración en El Salvador. Suprimía la propiedad comunitaria y enfatizaba la inviolabilidad de la propiedad privada. Dentro del marco clásico del liberalismo del siglo XIX, la carta valorizaba al individuo sobre el colectivo. Daba franquicias a los hombres adultos y letrados, que eran una minoría en un país mayoritariamente analfabeto. Caracterizada por su autoritarismo y elitismo, sirvió a los hacendados durante el medio siglo que tuvo vigencia, definiendo los límites políticos del estado "moderno" que ellos buscaban crear<sup>29</sup>. Contribuyó, además, significativamente a la nueva estabilidad política.

28. Jorge Larde y Larín, *Guía histórica de El Salvador*, San Salvador, 1858, págs. 32-43.

29. Rafael Guldos Vejar, *El ascenso del militarismo en El Salvador*, San Salvador, 1980, pág. 65.

La estabilidad política, el aumento de las exportaciones y de los ingresos, el crecimiento económico y un cuidadoso pago de la deuda externa hicieron de El Salvador un candidato a préstamos extranjeros que fueron usados para comprar una amplia variedad de artículos de consumo que los cafetaleros deseaban, para introducir tecnología y modernizar la economía. Naturalmente, un gobierno al servicio de los hacendados favoreció la modernización de la infraestructura de servicio de la industria cafetalera. Se renovaron dos importantes puertos, La Libertad y Acajutla, que fueron completados en 1860. El primer banco abrió sus puertas en 1872, y se multiplicaron, luego, en la década de 1880. La República entró en la era del ferrocarril en 1882 con la inauguración de modestas 12 millas de línea entre Sonsonate, capital de departamento y uno de los principales centros comerciales y Acajutla. La línea facilitó la exportación de variados productos locales, entre los cuales el café llegó rápidamente a ser el más importante. Préstamos ingleses en 1889 permitieron la expansión del incipiente sistema de ferrocarril que también cayó bajo la administración británica. Las inversiones y préstamos británicos aseguraron el predominio económico del Reino Unido. Después de los ferrocarriles, la minería atrajo al capital inglés. En 1888, los ingleses establecieron la Divisadero Gold and Silver Mining Company y, al año siguiente, la Butter Salvador Mines. En 1893 los británicos comenzaron a entrar en el negocio bancario de El Salvador.

Aquellos que tenían intereses en el café también apreciaban la importancia del capital moderno, símbolo de su prosperidad, como tributo a sus inclinaciones "progresistas" y como punto central de su política autoritaria. Hacia fines de siglo un creciente número de familias ricas se construyeron confortables casas en la capital que en algunos casos eran verdaderos palacios rompiendo así sus más inmediatos lazos con el campo y las ciudades provinciales, para convertirse en una élite nacional centrada en San Salvador.

En 1860, San Salvador era una lánguida capital de 25.000 habitantes sin muchas pretensiones. Así lo recuerda un visitante de mediados de los años ochenta: "Muy poco gusto arquitectónico se ve en las residencias y en los edificios públicos. . . las calles son aburridas y poco atractivas. . . los edificios públicos tienen una apariencia insignificante"<sup>30</sup>. Comparada con ciudades similares de Latinoamérica San Salvador salía desfavorecido. Sensibles a esa realidad, las nuevas y prósperas élites del café decidieron renovar la capital destruyendo el pasado somnoliento en favor de una vigorosa visión futurista. La ciudad tomó nuevos aires como centro de una economía en apogeo. Haci 1910, la población llegaba a más de 32.000 hab. Las calles principales fueron pavi-

30. William Eleroy Curtis, *The Capitals of Spanish America*, New York, 1888, págs. 180-181.

mentadas y la electricidad iluminaba la ciudad. Un excelente sistema de canalización aseguraba la salud de sus habitantes. Una serie de nuevos edificios, entre ellos las cómodas oficinas gubernamentales, la Catedral, y un mercado se sumaron a la modernización. Las élites se complacían de sus atractivas casas en la capital. La nueva y hermosa Avenida de la Independencia que combinaba amplios parques y plazas, le daba gracia y espacio a la ciudad. Esta imagen moderna pero aún tranquila de la capital, daba una impresión favorable a los visitantes. Hablaba también —en forma simbólica— de la prosperidad que el café daba a la nación<sup>31</sup>.

La democracia restringida, amparada por la Constitución de 1886, funcionó sin problemas durante las primeras décadas del siglo XX. Desde 1903 a 1931, cada presidente fue elegido de la forma acordada —nominado por su predecesor y ratificado por un electorado reducido—, gobernando por un período constitucional de cuatro años. Los políticos respetaban la doctrina de la “no reelección”. La sucesión pacífica y la rotación de presidentes contrastaba fuertemente con las características violentas de cambios de gobierno en el siglo XIX. La preponderancia de presidentes civiles era también única. De los ocho hombres elegidos a la presidencia entre 1903 - 1931, sólo uno era militar de oficio, el General Fernando Figueroa (1907 - 1911).

La prosperidad y el poder de los hacendados cafetaleros alcanzó su culminación durante los años 1913 - 1929, período conocido como la dinastía de los Meléndez-Quiñones por el parentesco de las dos familias que alcanzaron la presidencia. Pertenecían a las principales familias productoras de café. A raíz del asesinato del presidente Manuel Enrique Araujo en 1913, asumió de acuerdo a la constitución el vicepresidente Carlos Meléndez, y ganó al año siguiente la presidencia por sus propios méritos. En 1919, su hermano, Jorge Meléndez, lo sucedió por otros cuatro años, seguido éste por su cuñado, Alfonso Quiñonez Molina por otro cuatrienio. Esta dinastía política familiar demostraba la facilidad que tenían los presidentes para manipular las elecciones y seleccionar su sucesor. Además, ilustra la base política cada vez más estrecha de los cafetaleros. En efecto, cada vez menos hombres controlaban la floreciente industria del café, particularmente el procesamiento y la exportación. Durante la dinastía, más que en ningún otro período, los sectores ligados a la exportación de café fueron capaces de monopolizar tanto el poder económico como el político. Obviamente, uno resultaba del otro. La riqueza les confería el prestigio y la facilidad para manipular políticamente. A cambio, el control del gobierno complementaba sus intereses económicos. Durante esos años, los hacendados mantuvieron exitosamente acosada a la pequeña pero agresiva clase media, reprimieron y manipularon a la gran mayoría pobre —tanto a

31. Percy F. Martin, *Salvador in the XXth Century*, London, 1911, págs. 256-275.

Tabla 2  
VALOR DE LAS EXPORTACIONES, 1854—1875 (en pesos de plata)

Año	Valor total exportaciones	Valor Export. índigo	Porcentaje Export.	Valor Export. café	Porcentaje Export.	Valor todas Exp.	Porcentaje Export.
1864	—	1.129.105	—	80.105	—	—	—
1865	2.765.260	1.357.400	49,0	138.263	1,5	1.369.597	49,5
1866	2.463.437	1.548.000	64,3	197.075	8,1	682.362	27,6
1867	3.056.388	1.979.850	64,7	275.075	9,1	801.463	26,2
1868	3.521.020	2.131.500	60,5	528.153	15,0	861.367	24,5
1869	3.906.100	2.447.550	62,7	507.793	13,0	950.767	24,8
1870	3.902.041	2.619.749	67,1	663.347	17,0	618.945	15,9
1871	3.896.588	2.308.317	59,2	662.420	17,0	925.851	23,8
1872	3.763.838	2.786.574	74,0	489.299	13,0	487.965	13,0
1873	3.521.096	1.808.037	51,2	1.056.329	30,0	662.730	18,8
1874	3.949.858	1.721.378	43,5	1.342.952	34,0	885.528	22,5
1875	5.070.172	1.160.700	22,9	1.673.157	33,0	236.351	44,1

Fuente: Rafael Menjivar, *Acumulación originaria y desarrollo del capitalismo en El Salvador*, San José, 1980, pág. 35.

las masas rurales como al creciente proletariado urbano— y neutralizaron a los militares de cuyas filas habían salido numerosos presidentes durante el siglo anterior.

El ejercicio del poder por los cafetaleros forjó un singular capítulo de la historia salvadoreña: prolongó la autoridad civil. Cuando el General Figueroa, un constitucionalista elegido presidente, dejó el palacio presidencial en 1911, políticos civiles lo ocuparon por las siguientes dos décadas, un récord apreciable, nunca igualado desde entonces. Claro está que la fortaleza económica, la influencia política y la dominación social de las élites del café habían sido una realidad en las últimas décadas del siglo XIX. Desde el comienzo de su ascenso al poder político y económico, durante los años sesenta y setenta, había gozado de relaciones amistosas con los militares. Los hacendados contaban con los militares para apoyar un sistema político que les complementara sus intereses. Después de todo, la prosperidad económica facilitó la modernización y profesionalización del Ejército. Las armoniosas relaciones entre los hacendados y los oficiales se reflejaron en el fácil cambio de presidentes militares a civiles.

El ejército había ganado sus laureles en el campo de batalla. Casi un siglo de conflictos internacionales —frecuentes guerras contra Guatemala, Honduras y contra una variedad de filibusteros extranjeros— y guerras civiles crearon un ejército bastante eficiente y fuerte, quizás el mejor de América Central. Un gobierno prudente mantenía buenas relaciones con la milicia.

En un comienzo funcionaba esporádicamente una academia militar para entrenar oficiales, pero en 1900 se abrió la Escuela Politécnica Militar para cerrarse sólo en 1927. Cinco años más tarde el gobierno inauguró la Escuela militar, de ese modo durante la mayor parte del siglo XX existió una academia profesional. En 1909 el gobierno firmó un contrato con Chile para una misión militar con el objeto de mejorar el entrenamiento de los militares. La Escuela Politécnica Militar y la Escuela Militar proporcionaron los cadetes destinados a la oficialidad, además de una educación y alimentación bastante buenas. La Academia proporcionaría, cada vez más, cadetes de las clases bajas y medias, dos grupos a los que entusiasmaba la idea de la modernización del país<sup>32</sup>. El concepto de modernización de los oficiales era similar al de los agricultores, pero también enfatizaban la necesidad de un entrenamiento y equipamiento militar moderno. Esta tendencia se proyectó a través

32. El rol de los militares en El Salvador, 1858—1931, y las relaciones entre políticos civiles y oficiales del Ejército coincide en términos generales con las observaciones hechas por Edwin Lieuwen acerca del modelo de comportamiento del ejército latinoamericano durante el siglo XIX y las primeras décadas del XX. Véase su *Arms and Politics in Latin America*, New York, 1961, pp. 17—35. Vejar entrega detalles y algunas conclusiones generales para el estudio del ejército salvadoreño en el siglo XIX y las primeras décadas del siglo XX en *El Ascenso del Militarismo*.

de una creciente fe en la industrialización y en la vaga, pero poderosa fuerza del nacionalismo.

En 1970 el gobierno informó que su ejército consistían en 78 oficiales de estado mayor, 512 oficiales y 1.554 elementos de tropa en servicio activo (una cifra que parece exagerada a todas luces)<sup>33</sup>.

Percy F. Martin, en su exhaustivo estudio de El Salvador en 1911, reportó lo siguiente: "El gobierno... ha (sic) puesto su mayor cuidado y atención a la cuestión de la instrucción militar, y el sistema presente es el resultado de un inteligente estudio de sistemas similares vigentes en otros países y de la adaptación de las mejores características existentes dentro de cada uno. Entre las tropas salvadoreñas existe un gran espíritu de cuerpo, y la mayoría de ellos empieza a disfrutar de su educación y entrenamiento con devoción e interés<sup>34</sup>. El gobierno favorecía a los oficiales con un buen salario, un rápido ascenso y un sinnúmero de beneficios. Martin se maravilló al ver los beneficios que proporcionaba uno de los clubes de oficiales: "Para el uso de los oficiales existe un club muy agradable en el cual pueden servirse todas sus comidas y todo tipo de bebidas a precios muy módicos; en tanto que las entreteniciones acostumbradas, tales como naipes, billares y tiro al blanco están a su disposición. Este club especialmente construido para los oficiales es tan agradable que ha logrado que ellos sientan poco interés por visitar pueblos más grandes en busca de entreteniciones"<sup>35</sup>. Una militancia satisfecha era el corolario lógico de la prosperidad de la hacienda. La posterior materialización de los intereses generales de la milicia fue favorecido por el establecimiento en 1919 y en 1922 de una sociedad de ayuda mutua por y para el ejército, el Círculo Militar. Más que una asociación de tipo económico esta sociedad fomentó el mejoramiento moral, físico e intelectual de sus miembros. Un informado visitante a Centro América en 1928 señaló que El Salvador tenía el ejército mejor formado y entrenado en la región<sup>36</sup>.

La paz y el orden interno combinados con el aumento de las demandas del café aseguraron una fuerte prosperidad a los cultivadores y su gobierno. Con la excepción de algún año ocasionalmente pobre, generalmente debido al mal tiempo, la producción comenzó a ascender después de 1926 hasta una cosecha anual de 130.000 / 140.000 libras como aparece ilustrado en la tabla 3. Después de 1907 El Salvador produjo al menos un tercio del café de la región centroamericana, siendo sus más cercanos competidores Guatemala y Costa Rica. Después de 1924 la producción salvadoreña sobrepasó la de Guatemala para mantener en primer lugar en cantidad (y muchos agregarían calidad) en América Central.

33. Martin, *Salvador*, pág. 86.

34. Idem, pág. 87.

35. Idem, pág. 88.

36. Arthur J. Ruht, *The Central Americans*, New York, 1928, pág. 174.

Tabla 3  
 PRODUCCION DE CAFE, 1924 - 1935

Año	Libras
1924 - 25	95.020
1925 - 26	101.413
1926 - 27	66.139
1927 - 28	149.474
1928 - 29	134.042
1929 - 30	143.301
1930 - 31	165.347
1931 - 31	105.822
1932 - 33	141.096
1933 - 34	127.869
1934 - 35	130.073

Fuente: Edelberto Torres Rivas, Interpretación del Desarrollo Social Centroamericano, San José, 1973, pág. 284 - 285.

Las élites y el gobierno llegaron a ser cada vez más dependientes de los ingresos de la producción del café.

También se produjo un significativo cambio en el patrón del comercio internacional de El Salvador. Durante el siglo XIX El Salvador vendía muchas de sus exportaciones y compraba la mayoría de sus importaciones en Europa. En el siglo XX este patrón triangular llegó progresivamente a convertirse en bilateral, debido a una relación cada vez más estrecha con EE. UU. el cual compró más exportaciones salvadoreñas que ninguna otra nación y comenzó a "proveer" la mayoría de las importaciones.

El aumento de las inversiones de los Estados Unidos en El Salvador produjo una estrecha unión económica entre las dos naciones. Antes de comenzar el siglo XX las inversiones norteamericanas en El Salvador prácticamente no existían. En 1908 ellas alcanzaban modestos US\$ 1,8 millones, pero rápidamente subieron a US\$ 6,6 en 1914, US\$ 12,8 en 1919 y US\$ 24,8 en 1929. Mientras estas sumas eran insignificantes en términos del total de las inversiones de los EE.UU. en el extranjero, ellas representaban un porcentaje considerable de las inversiones extranjeras en El Salvador hacia 1929. Como consecuencia los inversionistas norteamericanos comenzaron a ejercer influencias sobre la economía salvadoreña. Las actitudes pronorteamericanas de los presidentes de la dinastía Meléndez Quiñones facilitaron en gran medida la penetración de los intereses de los EE.UU. dentro del El Salvador. Ello ocurría

mientras declinaba la presencia británica como consecuencia de la Primera Guerra Mundial<sup>37</sup>.

Los plantadores de café y sus aliados rebozaban de confianza. Los precios del café, de la tierra destinada a la producción, las exportaciones y los ingresos subieron impresionantemente hasta 1920. En ningún momento desde 1922 hasta 1935 el café representó menos del 88% del valor total de las exportaciones. Durante tres de esos años, 1926, 1931 y 1934, éste alcanzó el 95%. La cantidad de las tierras produciendo café aumentó de 170.000 acres en los primeros años de la década de los veinte a 262.000 a comienzos de los treinta. Mientras tanto el cultivo del café y su procesamiento se concentraba progresivamente en pocas manos, controlando la industria, a mediados de los años veinte, no más de 350 cultivadores. Los más grandes disfrutaban de ingresos anuales de US\$ 200.000<sup>38</sup>.

Los planteadores y sus aliados desde la cómoda y moderna capital, fueron creando una impresionante infraestructura de caminos, vías ferroviarias y puertos, como asimismo una red telegráfica y telefónica. Las plantaciones, el gobierno y el ejército eran dirigidos eficientemente. Dentro de sus términos las elites tenían éxito. Aún más, algunos abrigan la intención de cambios posteriores y otros se manifestaban inquietos por la dependencia de la prosperidad del país en el café y hablaban de la necesidad de diversificar la agricultura. Unos pocos experimentaban con el algodón como producto alternativo de exportación. Otros hablaban en términos de industrialización y limitaban las cantidades de capital para apoyar al sector manufacturero incipiente. Las élites incluso discutían la extensión de la democratización y la integración de las clases bajas en el proceso político, era el tema de conversación de una minoría satisfecha, que quería perfeccionar sus sistemas políticos y económicos.

Los pequeños grupos del café, beneficiados por los grandes cambios logrados por las transformaciones de una economía campesina de subsistencia hacia una economía de plantación y exportación, suponían que su propia prosperidad se vería reflejada en el desarrollo del conjunto de la nación que gobernaban.

Aún cuando el cambio al cultivo del café podría haber creado un aura de progreso alrededor de las áreas de plantación y de la capital, esto se volvió cada vez más perjudicial para la calidad de vida de la mayoría. Un observador de los Estados Unidos contrastó los estilos de vida de las clases en 1931 de la siguiente manera: "Prácticamente no hay clase media entre los muy ricos y los muy pobres. De la gente

37. Rafael Menjivar se refiere a las estadísticas e índices de las inversiones estadounidenses en *Acumulación originaria*, ob. cit.

38. La información estadística en este párrafo está ampliamente descrita por Everett A. Wilson, *The Crisis of National Integration in El Salvador, 1919-1935* (Disertación Ph. D., Stanford University, 1969), págs. 108-141.

con la cual conversé, supe que casi el 90% de las riquezas del país son propiedad del 0,5 por ciento de la población. Treinta o cuarenta familias poseen casi todo en el país. Ellos viven en un regío esplendor con muchos sirvientes, enviando a sus hijos a educarse a Europa o a los Estados Unidos, y despilfarran dinero en lujos. El resto de la población no tiene prácticamente nada. Esta pobre gente trabaja por unos cuantos centavos al día subsistiendo lo mejor posible".<sup>39</sup>

Esta negativa observación no era de ningún modo nueva. Después de un viaje por América Central en 1912, Charles Domville-Fife infirió que: "comparativamente hay más gente pobre en este país (El Salvador) que la que hay en algunos de los estados más grandes".<sup>40</sup> Un estudio académico del período 1919-1935 habla de "la escasez periódica de alimentos" y "desesperación económica" entre las masas en un período de costos de vida altos y salarios bajos.<sup>41</sup> El costo de los alimentos básicos se disparó entre 1922 y 1926: los precios del maíz, en un 100%; frejoles, 225%; arroz, 300%. La importación de estos alimentos llegó a ser significativa en 1929.<sup>42</sup>

Un análisis de la estructura de clases en 1930 indica el grado de concentración de las riquezas: el 0,2% de la población está clasificada como clase alta.<sup>43</sup> El rápido aumento de la población acentuó los problemas de pobreza. Antes de 1930 la población alcanzaba 1.443.000 personas. La gran mayoría era rural; aún así, sólo el 8,2% podía ser clasificada como terratenientes.<sup>44</sup>

Los mismos cambios que facilitaron la concentración de tierras en pocas manos también precipitaron la desintegración social y económica del estilo de vida de la abrumadora mayoría de los salvadoreños. Los cambios sacaron de sus tierras a aquellos que cultivaban alimentos para su propio consumo y vendían sus sobrantes en los mercados locales. La relativa facilidad de acceso a la tierra —y como consecuencia al alimento— descrito por los cinco viajeros de los años 1850 ya no existía después de 1900. Los desposeídos dependían de los trabajos temporales de plantación. Algunos comenzaron a irse a los pueblos y a la capital impulsados por la pobreza rural y por la búsqueda de trabajos urbanos que no existían, o para los cuales ellos no habían sido preparados. La magnitud del nuevo desequilibrio social y económico no fue inmedia-

39. Mayor A.R. Harris, agregado militar de EE.UU. en Centroamérica, 22 de diciembre de 1931, National Archives of the United States, R.G. 59, File 816.00/828, está reproducido en Thomas P. Anderson, *Matanza: El Salvador's Communist Revolt of 1932*, Lincoln, 1971, págs. 83-84.

40. Charles W. Domville-Fife, *Guatemala and the States of Central America*, London, 1913, págs. 285-286.

41. Wilson, *Crisis of National Integration*, págs. 29, 115 y 128.

42. Idem, págs. 126-127; Durham, *Scarcity and Survival*, pág. 36.

43. Alejandro R. Marroquín, *Estudio sobre la crisis de los años treinta en El Salvador*, Anuario de Estudios Centroamericanos, N° 3, 1977, pág. 118.

44. Idem.

tamente advertido. El impresionante crecimiento económico disfrazó por un tiempo la debilidad de la cada vez más angosta, inflexible y dependiente economía.

Como es evidente en las economías dependientes, los acontecimientos externos afectan profundamente las realidades locales. Hacia fines de los años 1920, el mundo capitalista estuvo al borde de un colapso económico grave cuyas repercusiones harían estremecer no sólo las bases económicas de El Salvador, sino también las políticas.

Antes de dejar el poder hacia fines del año 1927, el presidente Quiñones escogió a su propio cuñado, Pío Romero Bosque, para sucederle. Fue una elección con consecuencias importantes. Don Pío, como los salvadoreños inevitablemente se refieren a él, resultó ser más liberal, menos convencional y altamente impredecible en comparación con sus tres predecesores de la dinastía Meléndez-Quiñones. Asumió el poder durante la prosperidad del café, pero la crisis financiera internacional que comenzó en 1929-1930 sumió a su gobierno en graves problemas económicos, poniendo a prueba todas sus habilidades para conducir el barco del Estado.

El sector dinámico de la economía sufrió las consecuencias comunes a las naciones dependientes de las exportaciones de un solo producto. En un sumario ante la Asamblea Legislativa, el ministro de economía, José Esrepanza Suay, señalaba la causa de la crisis económica de la nación: "La crisis del café que este año (1929) ha alarmado a todo el mundo, señala claramente los peligros del monocultivo para nuestra economía nacional y la mantención del dominio del café en la producción agraria".<sup>45</sup> El Salvador podría haber sido un eficiente productor de café, pero no era el único. De hecho, los exportadores estaban comenzando a exceder en número a los importadores. La prosperidad económica de al menos diez naciones latinoamericanas, de las cuales Brasil era lejos la más importante, también dependían de las ventas del café. Al mismo tiempo algunos sectores de África estaban produciendo café de exportación. La demanda decrecía mientras los suministros se mantenían constantes o incluso aumentaban en algunas instancias. Como consecuencia el precio cayó drásticamente: En 1928, El Salvador vendió su café en \$ 15,75 los cien kilos —en 1932, en \$ 5.97. Las consecuencias financieras para El Salvador pueden fácilmente ser percibidas en una economía en la cual el café constituía el 90% de las exportaciones. Así, no es sorprendente que las rentas del gobierno cayeran verticalmente un 50% entre 1928 y 1932. El Salvador fue testigo del índice de desempleo rural más alto de América Central: los pequeños productores de café sufrieron severamente la pérdida de sus tierras a través de las quiebras y los juicios hipotecarios

45. Reproducido en Idem, pág. 121.



—un porcentaje estimado en un 28%— que aumentaron el patrimonio de los grandes terratenientes. Los problemas revelaron una economía modernizada pero subdesarrollada, una economía que respondía fácilmente a los caprichos extranjeros, pero que fracasó en servir a las necesidades salvadoreñas.

La reacción de los plantadores a esta enormidad de problemas agravaron la crisis económica. Incrementaron la cantidad de tierras dedicadas al café en un esfuerzo por compensar la caída de los precios. Obviamente las consecuencias de estas conductas fue desastrosa: la economía dependió más que nunca del café; más campesinos perdieron sus tierras, el desempleo rural aumentó, y la producción de alimentos para el consumo interno cayó<sup>46</sup>.

El presidente Romero Bosque trató valientemente de superar la tormenta económica. Políticamente sin embargo, le fue mejor. Inspirado en la ideología liberal permitió el total ejercicio de aquellas libertades autorizadas por la Constitución de 1886 hasta entonces suprimidas. Su talento administrativo y su impecable honestidad impresionaban a los campesinos. Se había propuesto hacer de los políticos hombres honestos, volviéndose contra sus inescrupulosos predecesores e incluso hizo mandar a Quiñones al exilio. Estas acciones realzaron su popularidad a pesar de la crisis económica. Para el asombro de todos y la consternación de políticos profesionales Don Pío decidió realizar una elección presidencial honesta en 1931. Contrariamente a todas las prácticas políticas anteriores, el presidente no promovió a ningún candidato. Puesto que los partidos no existían, unos pocos se organizaron precipitadamente para enfrentar la campaña electoral.

Los nuevos partidos surgidos (6) representaban los intereses de las clases trabajadoras, medias y de los plantadores y los profesionales, reflejando las transformaciones sociales producidos en El Salvador<sup>47</sup>. Una pequeña pero vociferante clase trabajadora urbana había surgido en los años veinte demostrando su fuerza en varios enfrentamientos importantes. Los presidentes de la dinastía flirteaban ocasionalmente con esa potencial fuente de poder político, y la conducta policial iba desde consentir a los trabajadores hasta reprimirlos. En 1925 algunos trabaja-

46. Vejar, *Ascenso del militarismo*, págs. 102, 100.

47. Estos partidos eran el Partido Evolución Nacional, representante de los grupos más conservadores y económicamente poderosos; el Partido Zarista (partido de Alberto Gómez Zárate) que agrupaba a los segadores urbanos de Zárate, quien favoreció las políticas de la "Dinastía"; el Partido Constitucional, seguidor más bien de la filosofía conservadora del Partido Evolución Nacional y que se dirigía a los mismos grupos adherentes; el Partido Fraternal Progresista, dirigido por un general y apoyado por los militares se dirigía a los trabajadores rurales en una forma paternalista; el Partido Nacional Republicano, también dirigido por un general, Maximiliano Hernández Martínez, y que unía a profesionales, estudiantes, trabajadores y algunos dueños de empresas cafetaleras; y el Partido del Trabajo, que apelaba a los trabajadores urbanos y rurales como también a los pequeños granjeros. *Idem*, págs. 113—114.

dores e intelectuales, con la ayuda de líderes comunistas de Guatemala, fundaron el Partido Comunista de El Salvador. Durante los preparativos para la elección de 1931 surgió el Partido del Trabajo. Su candidato, Arturo Araujo gozaba de un genuino apoyo popular. Araujo trató de separarse de sus partidarios más radicalizados, entre los cuales estaba Agustín Farabundo Martí, quien se ocupaba de la agitación rural en contra de los patrones, despertando la inquietud entre los militares.

Para evitar cualquier influencia internacional entre los miembros el Partido del Trabajo, especialmente la de los comunistas, Araujo recurrió a las ideas de Alberto Masferrer para escribir el programa de su partido. Intelectual, filósofo y escritor Masferrer sobresalía en las esferas salvadoreñas<sup>48</sup>, siendo la voz más potente del nacionalismo salvadoreño crítico a las instituciones moldeadas por la clase del café, y demandante de una mayor justicia social. En "La Patria", el prestigio periódico que fundó el 27 de abril de 1928, Masferrer protestaba contra la presencia de compañías extranjeras, la falta de viviendas decentes y el alto costo de la vida, defendiendo la industrialización y la protección de los recursos naturales de la explotación extranjeras, denunciando "a aquellos que tienen el espíritu de un libreto de cheques y la conciencia en un libro de contabilidad" y que mantenían "al pueblo en la miseria, a quienes mataban de hambre a miles de personas y causaban más de la mitad de las muertes de los trabajadores debido a la falta de comida, techo o descanso antes que cumplieran los 30 años"<sup>49</sup>.

Tanto la izquierda como la derecha combatieron a Masferrer. La derecha lo tildó de bolchevique, agitador criminal y subversivo, y, la izquierda lo atacó de demagogo, traidor y socialista de derecha.

En su campaña Araujo adoptó como programa el "vitalismo" de Masferrer, "el mínimo vital", definido por el filósofo como "la segura y constante satisfacción de nuestras necesidades básicas"<sup>50</sup>. Los puntos del programa "vitalista" eran: trabajo higiénico, honesto y justamente remunerado; agua potable y condiciones sanitarias adecuadas; dieta variada y nutritiva; hogares decentes; ropas suficientes; justicia honesta y expedita; educación; descanso y recreación. Dentro del contexto de la sociedad salvadoreña de fines de 1930 y comienzos del 31, Araujo expresaba puntos de vista "revolucionarios". El vitalismo, declaró, sería financiado por el traspaso de fondos desde el presupuesto militar al gasto social.

Masferrer sostenía algunas ideas poco convencionales acerca del

48. Hugo Lindo, *El año de Alberto Masferrer*, *Inter-American Review of Bibliography*, Nº 29, Julio—Septiembre de 1969, págs. 263—277. Sus biógrafos tienden a ser acrílicos. Uno de ellos, Matilde Elena López, lo caracterizó como el "pensador más grande" de América Central, uno de los "hombres más ilustrados del continente" y un "revolucionario": *Masferrer, Alto pensador de Centroamérica: Ensayo biográfico*, Guatemala, 1954, pág. 9.

49. Publicado en Marroquín, *Estudio sobre la crisis*, pág. 144.

rol del ejército dentro de la sociedad salvadoreña. Específicamente le molestaba el porcentaje del presupuesto nacional destinado al ejército (1/6 del presupuesto), considerándolo una inversión improductiva que no contribuía al desarrollo nacional. "Para un país que no pelea más guerras nuestro ejército es extraordinariamente caro . . . y si no hay más guerras por qué debería el estado mantener una institución tan onerosa?", se preguntaba<sup>51</sup>. El ejército serviría mucho más al interés nacional si agregara a sus roles tradicionales de defensa de invasiones extrenas y la mantención del orden interno, la colaboración en tareas de construcción, mantención de caminos, provisión de agua a los poblados, mejorar la salud de los habitantes a través de campañas sanitarias, protección de bosques y, ayuda a la población en tiempos de desastres naturales.

Araujo también compartió el llamado de Masferrer para realizar la reforma agraria. El filósofo abogaba por la nacionalización y redistribución de la tierra<sup>52</sup>, clasificando como feudal el sistema de tenencia de la tierra así como las relaciones patrón-campesinos existentes. "El señor en este caso es el patrón que da y quita, que permite al trabajador vivir en sus tierras o que lo expulsa si no le obedece o no lo satisfacen"<sup>53</sup>. Para realizar la reforma agraria Araujo planeaba que el gobierno adquiriese las tierras de los ricos y las distribuyera entre los pobres.

Con su plataforma firmemente apoyada en las ideas de Masferrer, el Partido del Trabajo atrajo el entusiasmo de miles de personas que veían en su programa la resolución de las inmensas dificultades económicas y la creación de un orden social más justo. Como compañero de lista Araujo eligió a un militar, el general Maximiliano Hernández Martínez, quien había sostenido el estandarte presidencial del pequeño partido republicano antes de unirse a Araujo. Primero como candidato presidencial y, más tarde, como candidato a la vicepresidencia, Martínez sensibilizó también a las clases populares acerca de sus problemas.

Cumpliendo su promesa, don Pío permaneció imparcial durante la selección de los candidatos presidenciales y durante la campaña. Las elecciones se realizaron en enero de 1931 y Araujo ganó, enfrentándose a una tarea imposible. De alguna forma tenía que reconciliar las enormes diferencias entre el Partido del Trabajo, los hacendados, los militares y la nueva clase media emergente, tenía que lograr un milagro en medio de la peor y más larga crisis económica de la historia contemporánea de El Salvador. Los problemas creados por la crisis y las vacilaciones de Araujo para actuar demostraron su incapacidad,

50. Alberto Masferrer, *Patria*, San Salvador, 1960, pág. 83. La primera edición de *El minimum vital* apareció en 1929. Este ensayo extrae su idea de la polémica en el diario de Masferrer y de la edición textual definitiva: *Minimum Vital y Otras Obras de Carácter Sociológico*. Guatemala, 1950, págs. 179-210.

51. Masferrer, *Patria*, pág. 219.

52. *Idem*, págs. 189-190.

53. Publicado en Marroquin, *Estudio sobre la crisis*, pág. 145.

ignoró su programa del "mínimo vital" lo que confundió y le restó el apoyo de sus partidarios, aumentando rápidamente el descontento traduciéndose en conflictos políticos.

El 2 de diciembre de 1931, los militares respondieron a la crisis ocasionada por el colapso económico y la inquietud política. Los militares derrocaron al primer y único presidente elegido libremente a menos de cumplir un año en su cargo. Araujo huyó del país. El golpe militar era el primero en 33 años—desde noviembre de 1898 cuando el general Tomás Regalado se tomó el poder— y el primero preparado por oficiales del ejército profesional que no provenían de la clase dominante<sup>54</sup>. Tres días más tarde, la Junta Militar devolvió el poder al vicepresidente constitucional, general Hernández Martínez, quien también había sido ministro de guerra<sup>55</sup>. Su papel exacto en el golpe de estado aún permanece oscuro. Investido con el poder gobernó enérgicamente durante los 13 años siguientes, un récord de duración política en El Salvador.

La mayoría de los sectores de la sociedad vieron con alivio la subida al poder de los militares. Había llegado a ser dolorosamente evidente para todos que el presidente Araujo, inmovilizado por el desastre económico y la incapacidad de las instituciones para responder a las nuevas demandas, no podía gobernar. La mayoría también pensaba que los jóvenes oficiales golpistas serían capaces de resolver la crisis que amenazaba destruir el país. Fuese correcto o no, el pueblo depositó su confianza y esperanza en estos oficiales. El periódico de los estudiantes marxistas "Estrella Roja" felicitó a los militares por el golpe de estado y reiteró la opinión común que la incompetencia de Araujo "impuso una obligación moral a los militares para removerlo de su cargo". El periódico, sin embargo, señaló rápidamente que el golpe resolvería pocos de los problemas más fundamentales de la nación, expresando: "Disculpen nuestro escepticismo. No creemos que el golpe terminará con la crisis salvadoreña que es mucho más trascendental que un mero cambio de gobierno. La crisis tiene raíces más profundas que la incapacidad de don Arturo. Es el resultado del dominio de una clase capitalista que es dueña de toda la tierra y medios de producción y, que se ha dedicado sólo al monocultivo del café"<sup>56</sup>.

54. Vejar, *Ascenso del Militarismo*, pág. 12.

55. No hay duda que Maximiliano Hernández Martínez es una figura controvertida en la historiografía salvadoreña, generalmente denunciado como glitador "excéntrico", si no "insano". Dos estudiosos de la historia salvadoreña del siglo XIX, Everett A. Wilson y Robert V. Elam, sugieren que algunas ideas revisionistas de Martínez tienen sentido. Wilson concluye: "Hay varias indicaciones que Martínez, a pesar de su notorio excentricismo y brutalidad de su largo régimen, presidió una significativa reconstrucción nacional a comienzos de los años de 1930". *Crisis of National Integration*, pág. 233. Elam enfatiza: "Quizás ningún presidente en la historia de esta nación comienza con una base de apoyo tan amplia como la que tuvo Maximiliano Hernández Martínez en 1932". *Appeal to Arms: The Army and Politics in El Salvador, 1931-1964*, Ph. diss. University of New México, pág. 45.

56. Vejar, *Ascenso del Militarismo*, pág. 131.

Aun cuando no se aproximaban cambios institucionales profundos, la caída de Araujo resultó ser algo más que un "mero cambio de gobierno". Se iniciaron nuevas alianzas y se abrió paso a un poder compartido, terminándose con el monopolio del poder político y económico de los plantadores de café.

El golpe no fue únicamente resultado del colapso económico, sino también de las transformaciones provocadas por el crecimiento social y económico; de las complicaciones políticas engendradas por una industrialización incipiente; del rápido crecimiento urbano; por el nacionalismo; por el rol desempeñado por los inmigrantes; por el proletariado urbano; por una clase media en expansión y, por los militares dentro de una sociedad compleja; por las mejoras en los transportes y en las comunicaciones, y de los esfuerzos por diversificar la economía. Además cualquier explicación del golpe debe tomar en cuenta la incapacidad del presidente Araujo para gobernar, desafortunada realidad en el primer experimento democrático del país, que revela mucho más acerca de la estructura institucional que acerca de las cualidades de éste.

Las presiones sobre el gobierno cambiaron y algunas pudieron solucionarse, otras, en cambio quedaron sin resolverse. Los campesinos miraron el pasado comunal como solución a su condición y pidieron al gobierno les devolviera las tierras. Las élites de plantadores obviamente preferían la actual distribución de las tierras y la economía exportadora, de la cual habían obtenido enormes beneficios por un largo período. La emergente clase media y los militares pensaban en términos nacionalistas que incluían una reducción del nivel de dependencia, una repartición más amplia de los beneficios sociales e industrialización. La solución de las crisis descansaba en que el crecimiento urbano de las ciudades había sido lento como lo muestra la tabla 4, la población de las cinco ciudades más grandes era relativamente pequeña. Los habitantes urbanos sumaban sólo el 15% de la población, aunque ellos proporcionaban muchos de los líderes que se dedicaron a las innovaciones.

Los sucesos de 1931 crearon un dinámico período en la historia de El Salvador, durante el cual los plantadores de cafetales habían ganado influencia política y económica para llegar a dominar la nación. El breve experimento político bajo don Pío y don Arturo había sido suficiente para probar que una democracia funcional pluralista iba en beneficio de los cafetaleros. Perdieron su monopolio político, el golpe en 1931 significó que no lo recuperarían. Entonces la élite llegó a comprender que se beneficiarían más de un gobierno autoritario manejado por los militares y complementado con algunas metas de la clase media, que aspiraban al acceso a instituciones nacionales y ascender en éstas. Estos grupos lograron un acuerdo apropiado, para excluir a los sectores rurales y a las clases trabajadoras urbanas. Dividieron de esa manera

las tareas de gobierno después del 5 de diciembre en 1931. En lo sucesivo los militares ejercerían el poder político, entre tanto los propietarios en alianza con banqueros simpatizantes, comerciantes exportadores y sectores de clase media urbana controlarían la economía, respetándose entre ellos. El general Martínez tuvo éxito para restablecer el orden oligárquico, sin embargo, no pudo devolver a la nación el estado de prosperidad anterior a 1931. El Salvador estaba entrando en una nueva fase de su historia.

Tabla 4  
POBLACION DE CINCO GRANDES CIUDADES, 1930

CIUDAD	POBLACION
San Salvador	89.385
Santa Ana	39.825
Santa Tecla	20.049
San Miguel	17.330
Sonsonate	15.260

Fuente: Gibson, ob. cit., pág. 338.

Durante el período entre 1858 - 1931, El Salvador remodeló sus instituciones con el objeto de mejorar la exportación de café; la modernización se llevó a cabo produciendo algunas ventajas que sus defensores habían pronosticado. Hubo más y mejores carreteras, un sistema ferroviario modesto, puertos eficientes y una capital ostentando todas las amenidades de sus contrapartes europeas y estadounidenses. Casi todo lo conectado con la exportación de café y los modos de vida de las élites, hasta la fecha, girarían en lo sucesivo en torno a los parámetros de las naciones industrializadas. Se había producido un crecimiento impresionante. Las estadísticas de población, de producción de café y de inversiones extranjeras habían subido impresionantemente. Hasta 1929 había cambiado el ingreso nacional. Un observador podría concluir que ciertos aspectos de la vida nacional habían progresado en el curso de siete décadas. El "progresivo" El Salvador de 1931 difería considerablemente de la nación "atrasada" que Barrios había decidido "regenerar" en 1858.

La vida nacional era diferente, pero no siempre desde un punto de vista positivo. Otro legado del crecimiento y progreso fue la aguda dependencia de la exportación de un solo producto, el café, para su prosperidad. El monocultivo y las plantaciones fueron algunos de los resultados que dominaron en la economía. La eficiencia en la producción del café no se extendió a otros comestibles. El campo alimentaba a la

población de la ciudad con mayores dificultades que antes. A fines de los años veinte, El Salvador comenzó a importar alimentos, no porque la tierra no pudiera alimentar a la gente, —la miserable excusa de la sobrepoblación había sido rechazada— sino porque los plantadores la usaban para cosechas de exportación<sup>57</sup>. En varios niveles la nación había perdido el control sobre su propia economía. Al comenzar el año 1931 El Salvador enfrentó una serie de crisis económicas y políticas, consecuencias del tipo de modernización que sus gobiernos habían impuesto.

Las agudas observaciones de dos cronistas muy distanciados en el tiempo revela la diferencia básica que separa El Salvador de fines de los años 1850 del de fines de los años 1920. La señora Foote había vivido entre la población bien alimentada. Las grandes provincias, las pequeñas granjas y las tierras comunitarias coexistían. El sector exportador relativamente variado había jugado un significativo pero no dominante papel en la economía. El ojo crítico de Alberto Masferrer vio una situación completamente distinta. El evaluó el estado de la sociedad salvadoreña en 1928 de este modo: "No hay crisis prolongada; sino enfermedades crónicas y hambruna . . . El Salvador no tiene más frutas ni verduras silvestres que las que en un tiempo se pudo cosechar, ni siquiera frutos cultivados que una vez fueron baratos . . . Hoy día hay estados de café donde sólo crece café. Donde ahora hay un estado voraz que consume cientos y cientos de acres, antes había doscientos pequeños granjeros cuyos terrenos producían maíz, arroz, frejoles, frutas y verduras. Ahora en las tierras montañosas se cultiva solamente café y en las tierras bajas se cría ganado. Los campos de maíz están desapareciendo. ¿Y de dónde irá a venir el maíz? Los plantadores de café no lo van a cultivar porque sus ganancias son mayores con el café. Si cosecha suficiente café y lo vende a buen precio, podrá importar maíz y le costará menos que sacrificar los cafetales para cultivarlo . . . ¿Quién cultivará maíz y dónde? . . . Cualquier nación que no pueda asegurar la producción y regular el precio de la cosecha más vital, el alimento diario del pueblo, no tiene derecho de considerarse soberana. Tal ha llegado a ser el caso de nuestra nación"<sup>58</sup>.

En intenso contraste con las observaciones hechas antes por la sra. Foote, Masferrer vio a una población hambrienta con un limitado acceso a usar la tierra. Una población cuya necesidad básica de alimentos estaba subordinada a las demandas de una economía orientada hacia la exportación. El progreso graficado por las élites salvadoreñas había

57. Un tema central de William H. Durham, *Scarcity and Survival in Central America*, es si los salvadoreños hubiesen hecho un uso más eficiente de sus tierras, podían haber sido capaces de alimentarse por sí mismos.

58. Masferrer, *Patria*, págs. 179—182.

fracasado en beneficiar a la mayoría de los ciudadanos<sup>59</sup>. La prosperidad de unos pocos cuesta el bienestar de muchos.

Los contrastes entre las observaciones de Foote y las de Masferrer sugieren que poco o ningún desarrollo se ha producido si uno mide el desarrollo como una mejoría en la calidad de los índices de vida y el uso máximo de los recursos naturales y humanos para el bienestar de la mayoría. Así, los contrastes provocan preguntas serias sobre el buen criterio del tipo de modernización y crecimiento económico que El Salvador perseguía después de 1858, ya que tampoco satisfacían las necesidades de la mayoría de los salvadoreños. Más bien ellos dejaron un legado de pobreza, dependencia y conflicto de clases que generaciones siguientes de generales, políticos y plantadores no han sido capaces de resolver.

59. La situación salvadoreña ilustra ampliamente el tema del empobrecimiento de la mayoría visto como "progreso" o "modernización" en el siglo XIX, publicado en Burns, *The Poverty of Progress*. Para una visión económica de este tema, consúltese a Robert E. Gamer, *The Developing Nations: A comparative Perspective*, Boston, 1976. Otro valioso análisis económico, pero con énfasis contemporáneo es, David Félix, *Income Distribution and the Quality of Life in Latin America: Trends, and Policy Implications*, *Latin American Research Review*, 18, N<sup>o</sup> 2, 1983, págs. 3—34.

Carlos Ossandón B.\*

*Si tú no crees en tu pueblo, si  
no amas, ni esperas,  
ni sufres, ni gozas con tu pueblo,  
no alcanzarás a traducirlo nunca".*

Atahualpa Yupanqui<sup>1</sup>

1. No deja de llamar la atención el cúmulo de adjetivos "deficitarios" con que se ha venido caracterizando a esta nuestra América. Junto a los rasgos que se desprenden del análisis social, donde la dependencia, el rol de las oligarquías dominantes y la explotación constituyen algunos de los elementos recurrentes, se han indicado otros igualmente dolorosos o patéticos que remiten a los cien años de soledad de García Márquez, al también laberinto de la soledad de Octavio Paz, al paisaje entristecido de las tierras del sur de Neruda, a una cierta inexpresabilidad o silencio que empañaría los gestos más cotidianos del pueblo americano. Más allá de la validez o no de estas intuiciones, ellas insinúan un tipo de aproximación complementario al del análisis social, no reductible totalmente a sus categorías o resultados más fundamentales.

Los rasgos recién nombrados presentan una fuerte carga afectiva y subjetiva, están más sentidos que objetivados, y esto hace que sean difícilmente aprehensibles dentro de los parámetros de medición habituales de las ciencias sociales. La labor de captación y más aún de interpretación ilustrada de estos perfiles sensibles parece ser particularmente complicada, no exenta de agudos desgarramientos o sustituciones. No es probablemente una casualidad que la novela o la poesía estén mejores dispuestas y sean quizá más iluminadoras que el ensayo en este

---

\* Doctor en Filosofía. Profesor del Instituto Superior de Arte y Ciencias Sociales (ARCIS) y de la Academia de Humanismo Cristiano.

(1) *Nuevo Mundo*, Biblioteca "Fr. Mamerto Esquiú", Argentina, enero-junio de 1973, p. 90.

ámbito. Atemorizados por las dificultades y por el tipo de objeto que tenemos delante, el presente discurso podría cerrarse con una afirmación encontrada en el *Tractatus lógico-philosophicus* de Wittgenstein: "De lo que no se puede hablar se debe callar".

No obstante lo dicho, la fascinación se trastoca aquí en arrebatado intelectual. En suma, queremos comprender. El objetivo de estas notas es el de bosquejar algunas de las diligencias metodológicas más generales que esta comprensión requiere. Nuestro referente será la cultura popular, en una de sus facetas importantes.

2. "Se entiende por hermenéutica —dice Gadamer— la teoría o el arte de la interpretación"<sup>2</sup>. No es éste un concepto nuevo en la historia de la metodología. Se vincula particularmente con la reflexión teológica, como producto de la necesidad de leer o interpretar adecuadamente la palabra de Dios expresada en la Biblia. La hipótesis es que la cultura popular puede ser sometida a las pautas que rigen dicho arte; que es posible, en otras palabras, una exégesis (práctica) de lo popular, en el marco de los lineamientos de una cierta hermenéutica (teoría). La opción por la hermenéutica refleja, claro está, un interés por el *sentido*. A su vez, este interés se sustenta en la presunción que "detrás" —por así decir— de las manifestaciones más visibles de la cultura popular se halla, imbricada en la vida cotidiana del pueblo como en la forma cómo vive sus ideas, una determinada *actitud vital*, no fácilmente asimilable a esquemas racionales, que envuelve la cultura en cuestión. No se trata, a mi juicio, de una sustancia atemporal o abstracta, anterior a todo contacto con el proceso histórico, sino de un cierto comportamiento existencial, plasmado práxicamente y, por lo tanto, nunca acabado ni fijo, donde se condensan decisivas y variadas maneras de estar, sentir y valorar. En el contexto de las relaciones y estructuras socio-económicas dentro de las cuales estas maneras se recrean, la tarea consistiría entonces en *descifrar*, con las ayudas disciplinarias necesarias, algunos de los aspectos de este fondo cultural.

Una diligencia con esta intención puede complementar otra puramente sociológica, o sociologista (si queremos ser duros), que ha imperado en ciertos trabajos sobre cultura popular. Estos trabajos, muchos de ellos muy valiosos, partiendo de un horror a la teoría se han servido básicamente de las técnicas de recolección de datos para inventariar y clasificar algunos de los caracteres observables del mundo popular. Mi propósito no es desconocer sus resultados, sino tan sólo señalar las parcialidades inherentes a un arrimo empiricista. Subyace a esta crítica una aprensión ideológica. Subyace, además, la convicción que la "escritura" cultural popular no se restringe solamente a sus signos

(2) Gadamer, Hans-Georg: "Hermenéutica como filosofía práctica" en *La razón en la época de la ciencia*, Alfa, Barcelona, 1981, p. 59.

externos, ya que ésta se desplaza también sobre una línea de flotación cargada de contenidos no perceptibles directamente. La vigencia, en interdependencia, de estos dos factores hace que la cultura popular (aunque no únicamente esta cultura) trascienda cualquier esquematismo sociológico o historiográfico, ofreciendo un tipo de presencia no equiparable en todos sus puntos a las categorías procedentes de estas disciplinas. Es precisamente esta situación la que explica la posibilidad de la hermenéutica y con ella la restauración-crítica de lo abismal.

3. El proyecto es —repetámoslo— develar el acertijo, es decir, aquellas valorizaciones básicas que definen (en un tejido de acción y reacción cultural) una cierta intimidación popular. Este proyecto requiere de una serie de operaciones importantes. Una de ellas es la delimitación del "género" de la expresión que se estudia. Si la intención es, por ejemplo, analizar el panfleto popular, habrá que partir considerando su carácter apelativo, evitando de esta forma su asimilación a otros géneros. Será igualmente necesario descubrir el autor o sus autores sociales, el grado de su conflictividad y también su destinatario.

Con esos y otros elementos, la mirada que proponemos quiere avanzar todavía más. Partiendo de lo literal o carnal el punto de arribo de ésta es lo infraliteral. Por aproximación *infraliteral* entendemos aquella que, yendo más allá de los hechos o de la escritura manifiesta, interroga acerca de las significaciones psico-sociales envolventes. Esta aproximación no debe ser confundida con el examen de invariantes lógicas ni con el estudio de arquetipos universales, puesto que su interés principal es el descubrimiento de contenidos americanos y populares específicos, probablemente encerrados en formas más globales o permanentes que también habrá que auscultar. Más allá de lo literal, pero más acá del "a priori", la idea es alcanzar un determinado núcleo sapiencial, "ético-mítico" según expresión de Paul Ricoeur, donde se encuentran las representaciones características, expresadas en imágenes, símbolos y actitudes también característicos de este nuestro pueblo. El viaje infraliteral indicado conduce, como en el símbolo mismo, a la aparición de un secreto.

No se nos escapan las variables políticas y utópicas presentes en dicho viaje. Tampoco que para lograr su objetivo habrá que potenciar una cualidad quizá recóndita en nosotros; tendremos que ser —si se me permite la expresión— *nictálopes*, es decir, desarrollar esa capacidad que permite ver mejor de noche que de día. Sumergidos en las tinieblas es probable que algunas de las concepciones que han estado en uso sufran un efecto de cataclismo. Y esto porque lo abismal termina a la larga por poner en entredicho visiones comprometidas con procesos de "jibarización" y derivados, poco dispuestas metodológicamente a atisbar aquellos remanentes constitutivos y sociales que están en el origen de la cultura popular y que pueden frenar la inmolación. Son los tesoros de las cuevas de Aladino . . .

4. La aproximación infraliteral aludida supone una práctica específica: la traducción. Por lo demás, la propia hermenéutica remite, en uno de sus significados originarios, a la operación consistente en hacer pasar de un idioma a otro. Esta traslación adquiere, en el caso que nos ocupa, una determinación y un forcejeo particulares. Se trata aquí de verter un modo más espiritualizado y sensible en otro más estrictamente racional y trinchador. Tarea de la traducción será acortar esta distancia, evitando al menos los malentendidos más graves<sup>3</sup>.

Esta traducción-interpretación puede descansar en dos momentos esenciales, bastante interferidos. Ellos son de distinto carácter, aunque ambos igualmente imprescindibles. El primero, que es más bien requisito de la traducción, tiene por objetivo el buceamiento y la instalación posible en lo invisible y ambiguo. Podrá éste regocijarse o temblar con el cúmulo de insinuaciones que trae la noche, deviniendo al límite en poesía, mística o iniciación. Es el caso del aprendiz de brujo Carlos Castaneda, producto de la enseñanza de don Juan, indio yaqui de Sonora. Aunque esto último puede ser tentador, el desarrollo de este sólo momento desnaturalizaría el sentido mismo del procedimiento que nos interesa. De aquí la necesidad de montar un "plan de retorno".

La preparación de las condiciones del retorno, así como el apesentamiento renovado en el hogar habitual, representan el otro momento, el más propio a la práctica traductora. Su misión específica consiste en descubrir y poner en conceptos aquello que está normalmente cubierto para el análisis conceptual. La pretensión es que algo de lo abismal salga a flote, descifrado y categorizado. Para conseguir esto, dicho momento no podrá efectuar un quehacer puramente "literalista" o de calco, que haría de seguro imposible o ininteligible el resultado (debido a la profunda diferencia de niveles), sino que se impone más bien una actividad "literaria" o parafrástica, que intente recrear el sentido del "texto", de una suerte de aire o peso popular, según las posibilidades lingüísticas y estilísticas del receptor<sup>4</sup>. Bajo esta doble fidelidad (al sentido, por un lado, y al modo del receptor, por el otro), la tendencia "literaria" puede adquirir distintas formas intermedias.

Las precisiones señaladas no aseguran, sin embargo, que la dicha tendencia esté a un paso de ganar la batalla. Y ello porque es fuertemente probable que sus categorías, enfrentadas a lo fragmentario, a

(3) Si alguien desprendiera de lo dicho una concepción ontológicamente diferenciada y excluyente (sensibilidad, por un lado; razón por el otro), estaría muy lejos de reflejar nuestro ánimo. La separación establecida sólo se explica por la pista que estamos siguiendo en esta exposición. Esto significa, en primer lugar, que lo popular no se agota en el rostro aparentemente imperturbable del indígena americano (lo popular es también organización, partido, doctrina) y, en segundo lugar, que éste efectúa sus propios, masivos y abigarrados procesos de traducción.

(4) Cfr. Schoekel, Luis Alonso: "La traducción bíblica: Lingüística y estilística", en *Ideas y Valores*, Universidad Nacional, Bogotá, Nº 55-56, agosto de 1979.

lo cambiante y diverso, sufran ajustes y embates. No es por lo demás conveniente cifrar en ella demasiadas expectativas: al conjurar el hechizo terminará indefectiblemente por desencantar. Pero, junto a este sino irresistible, la traducción ofrece también, si la imaginamos en permanente revisión (ideológica y técnica), una esperanza matizada: la posibilidad de superar la incomunicación, a veces tan dramática en países como los nuestros, entre nuestro "cultivo" (es éste el significado etimológico de cultura) y las obras culturales ("superestructurales") que producimos. La diligencia reseñada puede cumplir así, con todos los celos del caso, la función de reestablecer críticamente la unidad perdida.

5. No termina aquí, sin embargo, el espacio de la traducción. Si concebimos la(s) cultura(s) popular(es) como una subalterna que se ha constituido a partir de sus condiciones materiales de existencia y en relación con los sectores hegemónicos, bien cabría preguntarse acerca de las actividades traductorales, de contestación, degradación, préstamos y otras que esta cultura experimenta. De una "operación del espíritu" (Georges Mounin), básicamente metodológica, la traducción se transforma, en este caso, en una de las determinaciones fundantes del mundo popular. El problema de la traducción como uno de los rasgos de lo subalterno sobrepasa sí los alcances de esta exposición.

## CONSIDERACIONES ACERCA DEL CONCEPTO DE CULTURA POPULAR

Mario Berríos C.,

Recientemente se publicó en El Mercurio de Santiago una nota firmada por Miguel Delibes (de la Real Academia Española) titulada "Cultura Popular"<sup>1</sup>. El autor nos dice que éste no es "un concepto feo, torpe, ambiguo, que conviene manejar con cuidado para eludir la demagogia y la propaganda política". Más adelante agrega: "al hablar de culturizar al pueblo, lo que procede es todo lo contrario, y más en una sociedad desnivelada como la nuestra, esto es, levantar al pueblo, informarle, para que pueda prestar su adhesión libre y gozosa al hecho cultural. Aprovecharse de su defectuosa formación para halagarle con espectáculos y festejos torpes y degradantes, más o menos disfrazados de manifestaciones culturales, es hundirle más en su oscurantismo secular, negarle la puerta de acceso a su verdadera redención. A la cultura, como a la democracia, es sospechoso apellidarle, ya que con demasiada frecuencia el adjetivo neutraliza al sustantivo. La cultura es la cultura —una, ni popular ni de elite— y la democracia, democracia, y proponerse matizar cualquiera de estos dos conceptos equivale a pervertirlos, en un intento de debilitar su propia naturaleza". Y concluye luego de proponer la incorporación del pueblo en esa "tradición cultural" de las grandes creaciones humanas: "en una palabra, la cultura es una y hacer cultura popular, como ahora se dice, debería ser, por un lado, despertar en el pueblo el deseo de disfrutarla y, por otro, una vez creada la necesidad, facilitarle el acceso a ella. Pretender difundir como cultura lo que no lo es, a dar la verdadera, antes que por el noble deseo de que el pueblo las disfrute, para pavonearnos como autores de una revolución cultural, es mera propaganda política". Hasta aquí el artículo de Delibes.

Se desprende, con relativa claridad, que el juicio sobre la Cultura Popular se hace desde un torreón que domina absolutamente toda la realidad. Lo que suele llamarse Cultura Popular es impugnado sin coheren-

*Dr. Phil. Colaborador IEC.*

(1) Miguel Delibes, Cultura Popular. En: El Mercurio 12.5.1985. pág. 7.



cia respecto a esa visión total y globalizante, es disfuncional a ella. En consecuencia, independiente que ella exista o no los intentos por sistematizarla o presentarla carecen de suficiencia para hacerla entrar en el dominio de lo teórico. Lo que se opera "abajo" no alcanza a ser cultura, o si lo es, su consistencia le viene exclusivamente como carencia o cualidad por llenar. Por lo tanto, ella no es cultura, no forma parte del acervo universal sino en la medida que se incorpora a lo que sí es definido como la cultura. Es ella quien determina lo que efectivamente se comprende por tal. Ella determina el valor de lo que surge y, abre o cierra la puerta a la universalización de lo creado en medio de la masa popular.

Si existe una sola cultura universal que no requiere legitimarse, ya que ello le viene por el solo hecho de existir, la acción cultural se transforma en la entrega de contenidos y de información que "complemente" ese valor básico. El saber viene a sustituir la creación, la aprobación de contenidos es más importante que la pregunta por la propia realidad. (¿No será el sentido de tanto libro y colección "pertenecientes a la cultura universal y necesario para el colegio y útil para todos" que se entrega con las revistas y publicaciones periódicas en Chile?). Es así que las instituciones culturales se rehacen en cada momento, recreando la hegemonía de que son portadores.

Por último se entiende que la cultura degenera en sus expresiones masivas y pase por ser una "franja en la TV", junto a otras, un compartimiento más. A la cultura se le confiere un espacio, un lugar específico. Otras manifestaciones culturales en este esquema, simplemente no tienen cabida porque no existen. Se afirma, entonces por la vía de la negación la unidad de la cultura, se salva la coherencia y se asegura, aparentemente la hegemonía.

## II

La opinión de Delibes, al parecer, encuentra un terreno abonado. En efecto. En Chile actualmente provoca mucho revuelo discutir sobre cultura popular. Más aún, hay una cantidad enorme de experiencias de diverso carácter que reciben ese nombre. Ellas abarcan prácticamente todas las manifestaciones artísticas e incorpora la educación. Lo que tenemos es una gran práctica, repartida en diversas formas. Existe también una cierta conciencia del problema y de sus insuficientes definiciones. En diversas oportunidades ella se ha asomado a la vida pública o ha ganado espacios. Así al hablarse, hace algunos años del "Apagón Cultural" se reconoció una falta, algo que debía ser completado. Pero, lo que se señalaba más claramente era el reconocimiento que no existía una hegemonía asegurada y que ello había permitido la existencia de formas alternativas. Pero lo que resulta imposible, para cualquier persona que con honradez entre al problema de la cultura en Chile, es desligarse de la existencia de una inmensa práctica en el campo de la

creación cultural, cubriendo ella desde formas elementales unidas a la sobrevivencia hasta los contenidos alternativos.

En el primer caso, las formas elementales vinculadas a la sobrevivencia, las arpilleras por ejemplo, han descubierto el sentido en la realización del trabajo manual. Se pregunta, a lo más, por la raíz que la explique, pero no se avanza mucho más.

Unido a la sobrevivencia se construye un cierto parámetro estético, lo cual se otorga unido a una forma de expresión, situada y con un contenido determinado.

Forma y contenido se adecuan para expresar una unidad esperada, forma que asume una generalización de la validez de una opción. La expresión y la elección de forma y contenido implica un concepto axiológico determinado. Expresión cultural, nacida de una circunstancia, en un momento de la historia, conlleva una forma y una axiología. Es decir, en definitiva, una visión del mundo cuya mediatización es la forma de expresión. Las formas culturales primeras que surgen y se les nombra como populares lo son por el lugar donde surgen y se les nombra populares por enraizar en una tradición de un grupo social.

Algunos toman esta tradición y la presentan como típica y real. Los restaurantes que ofrecen comida típica, tienen poca relación con lo que son mariscales del mercado, las pequeñas "picadas", ni se encuadran en formas estéticas ni expresan determinada axiología. Simplemente son mundos distintos que por lo mismo representan diversas representaciones de él.

Las formas desarrolladas por las arpilleras y otras que han surgido en diversas dinámicas dan cuenta ante todo de una visión del mundo. Se identifican en ella algunos sectores sociales, pero deben reconocer que, ninguna de ellas representa una visión que se puede decir es del conjunto de la sociedad.

La diversidad de opciones que, por lo mismo es casi única, reivindica lo personal como universal. A través de ellas es posible percatarse que lo puesto en cuestión no es la cultura, sino aquello que lo sostiene y, por lo mismo busca en la crisis de valores la explicación a toda esa dispersión.

La diversidad de formas ofrece una doble vertiente para su interpretación. Por un lado, el fenómeno a nivel mundial: la valoración de los pequeños grupos, de las experiencias individuales, la búsqueda de un sustrato en la percepción de la irracionalidad. Por otra, la variante introducida por las nuevas circunstancias en la sociedad chilena. Hecho que ha traspado toda la sociedad y todos los ámbitos de ella. La prueba de la constitución de esa crisis profunda la encontramos en algunos textos publicados en los últimos años en Chile. El problema visto desde esa perspectiva adquiere carácter nacional: abarca a todos y a todo.

"La clave del derrumbe democrático, pues, reside en el proceso

por el cual la misma democracia chilena se fue desarrollando: una enfermedad congénita, oculta y fatal, llevaba a aquella hacia la muerte y no nos dábamos cuenta (...) es importante ahora, cuando queremos y buscamos constituir otra democracia, saber qué enfermedad mató a la primera<sup>2</sup>.

... y la primera raíz es, también el primer desafío planteado al Chile del siglo XX, desafío que, según veremos, el país no ha sabido enfrentar ni resolver: cómo reconstruir la rota unidad nacional<sup>3</sup>.

Desde otro ángulo y respondiendo a una coyuntura asume el problema Miguel Ibáñez Langlois<sup>4</sup>. Toma posición al respecto en los siguientes términos:

"En todos los casos he comprobado una gran diferencia entre esa fachada externa y bullanguera de la "cultura oficial" —susceptible de producirse por decreto superior— y esa otra médula escondida, espontánea y silenciosa que llamaríamos la cultura real.

"La cultura real ... está hecha de alumbramientos anónimos, de desarrollos morales imperceptibles y orgánicos, de creaciones dolorosas y secretas, de obras plenas que ciertas minorías actuales —cuando no póstumas— son, ellas solas, capaces de degustar y asimilar. Tales energías penetran por cauces misteriosos en el corazón mismo de la sociedad, a la cual vivifican, tonifican, animan como una forma mágica: nos devuelven un poco al origen, a la especie humana, al estado de inocencia ...

"Se me dirá que entonces la cultura oficial carece de toda razón de ser. Yo no suscribiría ese juicio. A ella le corresponde, al menos, institucionalizar las glorias del pasado. Y en tiempo presente, su misión es acercarse lo más estrechamente a la cultura real del momento, para ofrecerle las mejores herramientas posibles lo cual supone, a su cabeza, espíritus visionarios. (...)

"No hay recetas de política cultural para 'promover' —es la palabra usual— grandes creadores. Sólo se puede estar atentos a su natural génesis, para ayudarlos, y aún esto, sin ahogar la raíz genial en la facilidad de la hojarasca"<sup>4</sup>.

La existencia de un conflicto y de su expresión, escondida, clandestina, aparece clara a partir de los textos reseñados, también es claro que el problema abarca la vida nacional en su gran complejidad.

La dificultad para incorporar al status a la cultura popular redundaba en la afirmación de sí misma como ente independiente. El Encuentro de Prensa Popular organizado por Eco (Santiago 26. 5. 1984) así lo muestra:

(2) Gonzalo Vial, Historia de Chile (1891-1973), Santiago 1981, Tomo 1, Volumen 1, pág. 8.

(3) Gonzalo Vial, op. cit., pág. 33.

(4) Miguel Ibáñez Langlois, Cultura oficial y cultura real. En: El Mercurio, 18.6. 1978.

"Ellos han contribuido a que recuperáramos la palabra, rompíeramos el silencio y empezáramos a ejercer nuestro derecho a informar y expresarnos. También han servido como instrumentos de organización, de educación, incluso de recreación. Gracias a los boletines, muchas organizaciones populares nos hemos fortalecido y unido. Gracias a los boletines, hemos podido ofrecer a sus lectores una información propia, elaborada 'desde abajo', contraria o al menos distinta, a la que ofrecen "desde arriba" la TV, la prensa y la radio manejadas por el oficialismo"<sup>5</sup>.

Se define comunicación popular en términos de acción: "Comunicación popular es pues una tarea —una iniciativa y, alguien— personas que la llevan a cabo" ... "es el intercambio de mensajes, de informaciones o expresiones, que surgen del pueblo para dirigirse prioritariamente a él ... Y hablamos de pueblo para referirnos a esas muchas personas que comparten una posición subordinada en la estructura económica social y política"<sup>6</sup>.

Más adelante se dice: "En suma, antes decíamos que algunas experiencias nacieron para contrarrestar los efectos de la comunicación de masas; hacer un periodismo alternativo a nivel local. Ahora añadimos que la mayoría de las experiencias han nacido para satisfacer necesidades propias de la comunicación de los actores que las impulsa, o sea, para cohesión la vida cultural y la organización de un sector o territorio"<sup>7</sup>.

En definitiva, se reconoce la existencia de algo que puede llamarse cultura de los de abajo, o, al menos de los que están fuera del sistema. ¿Tiene esta forma estructura propia?

Al menos en el resultado parece que la respuesta a dicha pregunta fuera negativa. Las experiencias tienden a quedarse en su mundo donde fueron generadas, se encastillan, trabajan su propia realidad pero no se les ve una proyección universal cual no sea estar inscrita en un proceso que se reduce al final a la suma de las diversas experiencias, pero son consistencia, sin una estructura interna que las explique.

La solución que se busca existe, entonces, despegada del valor de lo universal. Su misma existencia se agota en el pequeño campo donde mueve su existencia. No se le exige tampoco que asuma toda la realidad. No tendría porqué asumir el pasado ni tampoco proyectarse. Al menos la asunción del pasado le ha sido entregado a lo que se ha dado en llamar o lo que se considera lo universal. Precisamente en este punto reside su falta de consistencia, adolece de una identidad propia. Se sabe experiencia, pero ausente, huérfano de teoría.

"En efecto, ellas (las experiencias de educación popular) no

(5) Informe Final del Encuentro de Prensa Popular, Eco Nº 12, pág. 5.

(6) Informe ..., op. cit., pág. 14.

(7) Informe ..., op. cit., pág. 16.

se entienden sino como respuesta a la dura situación de pobreza, de explotación y silenciamiento en que vive la gran mayoría de los sectores populares del país, frente a la cual buscan contribuir para recuperar la esperanza en una sociedad mejor y a mantenerla cotidianamente como una verdad posible<sup>8</sup>. Sin embargo, es poco lo que aún sabemos sobre ellas. Aún más, los mismos protagonistas de este trabajo están conscientes de las insuficiencias de su lenguaje para registrar y dar cuenta de los procesos en los cuales participan. Este hecho se explica no sólo por la falta de tiempo para escribir y analizar la propia experiencia sino que, sustancialmente, por la ausencia de categorías y de un marco de análisis que supere los enfoques tradicionales de la investigación social y evolutiva<sup>9</sup>.

En resumen, no existe una sistematización de las experiencias y del trabajo realizado; reconociendo su existencia, se lamenta su dispersión.

La falta de criterios unánimes habla en primer lugar de una nostalgia de unidad, donde lo bello, lo bueno, lo uno, se juntan en el ser, idéntico a sí mismo. La experiencia muestra más bien, desarticulación, desunión, desestructuramiento. Aparece, tratado así el problema, como moviéndose en el campo ontológico, pero mostrando al mismo tiempo que no se resuelve en ese plano, y por momentos aparece exigido lo hermenéutico.

Desafíos de esta naturaleza han estado siempre presentes en la vida latinoamericana. De allí que sea el problema de la unidad, de la identidad consigo mismo lo importante. "¿Quién soy? es la pregunta del criollo. En pos de respuestas acudió al pasado indígena para exaltarlo, transfigurarlo en un equivalente de las tradiciones culturales europeas: ese criollo que, a fin de cuentas, distaba mucho de ser indio"<sup>10</sup>.

Refiriéndose al momento de la emancipación política en el siglo XIX se dice que "Bello, Olmedo, Echeverría, crearon poesía nacional, adoptando un estilo peculiar y tomando sus asuntos de los anales patrios. Su poesía se diferencia ya notoriamente de la europea. Estos poetas son grandes porque (como escribiera Manuel Altamirano, 1834-1893) 'Cantan siempre sus mares, sus montañas, su sol, sus pampas y sus riquezas. Cantan a su patria y cantan a su libertad'. Avanzan en crear su propio lenguaje poético, adaptándolo a su realidad nacional. La lengua española, castiza, era ya pequeña para reflejar la naturaleza, el espíritu, las costumbres de los pueblos americanos"<sup>11</sup>.

(8) Educación popular en Chile: 100 experiencias. Edit. por A. Delpiano/ D. Sánchez. Proyecto sistematización de experiencias de Educación popular y acción social. Cide-Flacso. Santiago 1984, pág. 1.

(9) Educación popular . . . op. cit., pág. 3.

(10) Varios Autores, Historia General de México (en tres tomos). El Colegio de México (1a. edición 1976), reimpresión 1980, Tomo II, pág. 361.

(11) Cfr. José Luis Martínez, México en busca de su expresión. En: Historia General de México, Op. cit., Tomo III, págs. 285-337.

Lo sucedido con los criollos no está lejos de lo que hoy, de muchas maneras, ocurre entre nosotros. Los marcos, las formas, las condiciones en que fuimos formados ceden ante nuevos desafíos. Uno de los elementos que más muestran dicha búsqueda es el lenguaje.

Pero, nos hemos dado cuenta en la propia experiencia que, permanecer en el puro estudio del lenguaje, aun con la riqueza que aporta la lingüística, o sólo en la interpretación de sociometrías o, más aún, en la pura consideración de la coyuntura política donde se desarrolla la nueva creación, impiden acceder a la verdadera pregunta por el ser, por la identidad, por nosotros mismos. La sistematización pretendida y deseada, en definitiva, es el desafío a buscar la comprensión de este proceso, no en el campo de la definición abstracta, sino en la pregunta que exige la propia síntesis que buscamos.

### III

Para un primer tratamiento el concepto eje es la "identidad". No cabe duda de su importancia si consideramos la literatura de ensayo y de ficción actualmente en América Latina. La identidad ha sido objeto de estudios y de definiciones y se le considera lo básico en América: "toda identidad humana es histórico-social o sea cultural"<sup>12</sup>.

Lo fundamental parece ser que la construcción de esta identidad en un proceso en el cual ha habido ciclos de descubrimiento de lo propio. "Los cuatro cantadores chilenos son para mí, antes que otra cosa, los que han salvado nuestros aires rurales, que se perdían o iban a desaparecer . . ."<sup>13</sup>.

"El público de los "cuatro huasos", lo sepan ellos o no, es el de las masas americanas y el de la multitud escolar (. . .) Espacio y más espacio pide este espectáculo mayor y un horizonte de gentío. El arte de ellos se ahoga, se empequeñece, se pierde en salas de casino o de clubes nocturnos".

"El pueblo está tomando posesión del aire y quiere un reparto frecuente de pan musical. Ojalá lo haya, y esto lo salve de la gran bastardad en que puede caer llegando a las plazas sólo para vocear arengas guerreras y hacer desfiles subimperiales y de una monotonía faraónica"<sup>14</sup>. El problema de la identidad plantea, al mismo tiempo, recordar el lugar en que estamos. Si la cultura es el conjunto de gestos, tradiciones, etc., que hace que un pueblo sea idéntico a sí mismo, con un lenguaje común, debemos, entonces, poner atención a estos elementos.

(12) Mario Sambarino, Identidad-tradición-autenticidad. Tres problemas de América Latina. Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos, Caracas 1980, pág. 20.

(13) Gabriela Mistral. Música americana de los "cuatro huasos". (El Mercurio, 1. 12. 1940). En: Gabriela Mistral, Recados. Contanto a Chile, Santiago 1957, pág. 211.

(14) Gabriela Mistral, op. cit., pág. 217.

Entre ellas destaca el lenguaje como forma peculiar. El lenguaje por su parte no se agota sólo en el problema idiomático. Lo que está en juego es la interioridad de él. El aspecto puramente sociológico permanece en un segundo plano respecto a esta consideración de la identidad. Ella está en la base de una definición de cultura y no sólo de la pura descripción, como creemos ha sido una de las deficiencias para tipificar al problema.

Los problemas planteados entre una cultura letrada y una no letrada, entre lo extranjerizante y lo nacionalista, entre lo clásico y lo popular, no están; desde esta perspectiva, en el primer plano, porque todos esos binomios suponen una cultura única y uniforme, frente a la cual hay que reconocerse o negarse.

Una posición de este tipo reconoce que lo central parece ser el proceso de renovación donde estamos insertos, inscritos en una dinámica planetaria y muy por encima de la pura coyuntura. Esta nueva realidad, a la que se apunta desde el quehacer cultural, no desconoce lo profundo de las expresiones culturales actuales, cuya característica, es precisamente, no agotarse en la coyuntura. La sistematización de esta experiencia no puede reducirse a la pura aplicación de un modelo, exige más bien una constatación, antes que una interpretación previa, aún más, requiere de un relato, de una empiria descriptiva donde lo central no es dar cuenta, sino ordenarla para ser susceptible de estudio e investigación. No realizar esta exigencia, o encuadrarlo en categorías a priori es agotar la experiencia antes que se realice, es definir antes de tener los términos de la definición, es, en definitiva, impedir que se exprese y reconozca la identidad en toda su riqueza. De allí que el simple relato buscando la explicación de dónde surgen esas formas de expresión sea parte integrante de la propia identidad.

El instrumental adquirido en los años sesenta como estructurador de la realidad latinoamericana en el plano de la educación (P. Freire), en la economía (G. Franck y otros muchos) y aun en la teología (G. Gutiérrez) son intentos que siguen siendo válidos para comprender una situación de dominación e iniciar la lectura. El avance en torno al concepto de Realidad Nacional en el plano de la reflexión filosófica colabora en este empeño<sup>15</sup>. Todo ello es una buena introducción a una lectura crítica de nuestra propia experiencia en cada coyuntura.

A pesar de todos estos avances nos encontramos siempre con algo que resolver. La cultura popular, a pesar de su experiencia, llevando su falta de sistematización, aparece como no universal, se nos muestra como de raíces muy cortas. Queda fuera la pregunta por lo universal.

(15) Rodolfo Ortiz, Reflexiones sobre el concepto de "realidad nacional". En: Revista de Filosofía de la Universidad de Costa Rica. San José XV (1971) 41, pág. 217 ss.

El concepto de universalidad va unido a una concepción del ser: uno y múltiple, incluye de suyo toda manifestación de él. La manifestación siempre de algo, es un modo de expresar su existencia. En las expresiones reconocemos existencia. Esta verdad, de validez universal, se complica cuando buscamos explicitarla. Una idea determinada es levantada como la única forma, unívoca, que expresa el ser. Las variaciones existentes son de corto alcance, no cuestionan nada porque no contienen nada nuevo, son variaciones menores respecto a la gran opción que sólo se da en la reconocida como universal.

La validez de éste es distinta cuando se trata del problema cultural. En ese instante se pone en cuestión, antes que nada, el problema de lo particular.

En América Latina el reconocimiento de una cultura independiente, o al menos paralela con derecho a tener su propio idioma, duró oficialmente hasta 1770 cuando Carlos III suprimió la cátedra de idioma indígena en la Universidad de San Marcos, siendo reemplazada por la de Filosofía Moral. Con ello se cierra un ciclo: el reconocimiento de las culturas paralelas (representada por el idioma) y quebrada por la concepción de la unidad impuesta: el imperio es único y exige homogeneidad. Dicha idea ayudó a los criollos a fundamentar su propia visión de la unidad cultural del continente.

Previo a un examen crítico de la cultura popular, a lo menos, a la sospecha de su existencia, es conveniente examinar el concepto de universalidad, desde el cual, consciente o inconscientemente, con intención o sin ella, se recurre permanentemente para juzgar la existencia de una cultura popular. Tanto los que la niegan, como aquellos que la fomentan, cuando se trata de sistematizar y presentarla, lo hacen desde la universalidad.

El concepto de universalidad está unidos al proceso de internacionalización del capital. Lo regional, en todos sus ámbitos, se integra a lo universal, atribuyéndole una connotación axiológica.

Los criterios de validez son determinados por la universalidad. Se integran y reconocen como tales aquellos que de alguna manera forman parte del circuito creado por ella. Se determina lo justo y apropiado. Lo otro, lo que no cabe, a lo más puede aspirar a la categoría de subcultura, cuando no le es negada, toda identidad consigo misma: es simple copia, es visión deformada, es atípico. Más aún. Se determina lo que debe ser folklórico y lo que no lo es. Se condenan a la obscuridad historias, tradiciones, visiones completas del mundo por el solo hecho de no ser funcionales a la intención de la universalidad. Olvida ella misma que en algún momento fue popular, desconociendo su propio origen y la lucha que dio al ser disfuncional al sistema; de cómo ella misma integró las respuestas populares a su dinámica. Este complicado y, a la

vez simple proceso de apropiación y creación de tradición ha sido el sino de toda la creación cultural; en la misma perspectiva se inscribe lo que ahora es llamado "cultura popular".

Cuando se sospecha, como Delibes, de la existencia de una cultura popular, o se concibe todo el quehacer social en medio de una crisis consensual rota una vez (precisamente por lo que hoy son reivindicados como sujetos de esa cultura)<sup>16</sup>, o cuando se le considera como válida en la forma y se llama la atención sobre la necesidad de incorporarla al acervo cultural universal, haciendo de ella portavoz de lo político, entonces, se está aplicando la idea de una "cultura universal" previa al planteo de los problemas y de la circunstancia que la origina y la sustenta como expresión de crisis.

Goethe en los primeros años del siglo XIX<sup>17</sup>, ante la urgencia del problema nacional, elabora este concepto de literatura universal que no es sino dar carta de validez amplia a lo regional. Lo que ahora es afirmado como universal le da consistencia a la múltiple expresión regional.

La dificultad para definir cultura popular adolece de la misma falla. Se pretende generar una idea universal que, en este momento es particular, pero que en su expresión concreta, en su universo, tiene la perspectiva de lo amplio, de la respuesta global.

No es la primera vez que se plantea este problema en la discusión teórica contemporánea. La discusión entre Lukacs y Krauss en la década de los cincuenta, en Alemania, da pie para ver confrontadas las dos maneras posibles de asumir el problema cuando no se parte cuestionando su existencia y negándole toda validez. A propósito de la valoración de Franz Mehring y su historia de la literatura popular alemana, G. Lukacs la critica porque se pone más atención al elemento histórico que a lo estético. Es decir, valora las formas porque ellas están inscritas en una universalidad en cuanto abstraídas de su situación concreta el emerger como expresiones culturales. W. Krauss por su parte le discute a Lukacs que al valorar la ubicación histórica concreta de esas expresiones se les reconoce su originalidad y su aporte a la cultura universal, no fundamentando su validez sólo en la forma estética<sup>18</sup>.

La discusión de ambos no quedó zanjada en forma definitiva, se develaron dos formas distintas de asumir el problema, formas que han subsistido hasta el día de hoy, aún entre nosotros.

(16) Gonzalo Vial, op. cit., pág. 923.

(17) Cfr. P. Weber, Die Herausbildung des Begriffes Weltliteratur. En: Literatur im Epochenbruch. Hrg. G. Klotz, W. Schröder, P. Weber. Berlin und Wiesbaden 1977, pág. 531-614.

(18) Cfr. Manfred Naumann, Divergenzen im Literaturbegriff: Krauss und Lukacs. En: Literaturgeschichte als geschichtlicher Auftrag. In Memoriam Werner Krauss. A.d.W. Berlin 1978, pág. 31-40.

1) Estando de acuerdo en la existencia y en el aporte que la cultura popular ofrece, preguntarse por su definición antes que por su circunstancia es buscar los elementos que la hagan aceptable para todos, es decir, que forme parte de lo que ya ha sido consagrado como cultura universal.

2) Tomar en cuenta la circunstancia en que surge, ubicarla históricamente parece más importante, es un camino más largo, pero también más real en cuanto ubica esa expresión cultural en su verdadera dimensión, en la realidad de su existencia.

3) Esta concreción en el estudio que asume la cultura popular, no sólo con simpatía, sino ante todo como promesa de futuro, debe hacerse cargo del estudio del lenguaje. En todas las expresiones se ha ido legitimando una cierta forma de expresar las cosas, haciendo referencia a ciertos universos temáticos. Allí reside la primera clave para desentrañar los significados. En todos ellos se expresa de una u otra forma la crisis y las opciones que ya se insinúan. Es, en este sentido igualmente válido un estudio de la obra de Radrigán como del lenguaje de Don Francisco.

4) Por último remarcamos la necesidad del estudio histórico, desarrollando con ello también una metodología adecuada, que permita comprensión del cómo se gestan las ideas y los movimientos. Es necesario sumar muchos estudios monográficos, consignar cada experiencia y no pretender la universalización, y definirla apresuradamente a partir del primer éxito logrado o percibido como tal. Es necesario acumular hechos y estudios de lo concreto. No será, en definitiva, la suma de las diversas experiencias lo que entregue una definición, sino la recurrencia en la percepción del mundo en forma de visión comprehensiva de él. Se penetra así en la forma histórica que asume el conocimiento legitimado en una visión de mundo.

*"Economía Mapuche: pobreza y subsistencia en la sociedad mapuche contemporánea"*, por José Bengoa y Eduardo Valenzuela, PAS, Santiago de Chile, s.f.e., 221 pp.

"Economía Mapuche" contiene los resultados de una encuesta socio-económica aplicada a 200 familias mapuches de la provincia de Cautín, a partir de la cual, los autores infieren resultados para la sociedad mapuche contemporánea, global, con una orientación teórica y definiciones operacionales correlacionadas: la economía mapuche analizada —desde una aproximación substantivista— según los términos de categorías apropiadas a sus características específicas y no en términos de categorías generales y formales que designen ciertas conductas "económicas", ya sean técnicas, condiciones institucionales o culturales en que ellas se presentan, para establecer y afirmar que la sociedad mapuche de los últimos diez años, es relativamente homogénea.

En los dos primeros capítulos de introducción al tema, Bengoa y Valenzuela plantean un modelo de evolución de la sociedad mapuche distinguiendo tres períodos históricos: primero, la sociedad mapuche pre-hispánica dominada por una economía horticultora, cazadora y recolectora en base a una división sexual del trabajo que reposa en una estructura de hordas, nómades, sin un sistema social y político institucionalizados, como tampoco con formas germinales de Estado. La sociedad mapuche de entonces —según Bengoa y Valenzuela— tiene una tendencia a la "anarquía" por carecer de un gobierno central, cuestión que, más tarde, habría evolucionado hacia formas "ordenadas" de organización causadas por la influencia externa del colonialismo español. No trato de negar las causas de la transformación y evolución del sistema económico y social mapuche, pero los autores desconocen que dichas causas, sean externas o internas, sólo tienen efectividad cuando ponen en funcionamiento las propiedades estructurales del sistema, y que dichas propiedades son siempre internas del sistema, explicando el aspecto no intencional de su funcionamiento y existencia. En segundo lugar, Bengoa y Valenzuela distinguen la sociedad mapuche dominada por una economía mercantil pre-capitalista (siglos XVIII y XIX) basada en la ganadería, e influida fuertemente por las relaciones de intercambio

mercantil y la presión externa al punto de determinar la formación de una estructura económica y social institucionalizada y jerarquizada en torno a la división social del trabajo y la localización del poder político. Luego, en tercer lugar, la sociedad mapuche del período reduccional, contemporánea, con una economía de subsistencia ("producción mercantil simple") orientada fundamentalmente a satisfacer las necesidades básicas. Para Bengoa y Valenzuela, la economía mapuche contemporánea descansa sobre la existencia y funcionamiento de las unidades domésticas mapuches —unidades económicas y sociales básicas de la sociedad campesina— definidas como "unidades pequeñas de producción agrícola y pecuaria, que producen tanto para resolver la subsistencia familiar como para vender sus productos y comprar los artículos no producidos localmente". Para los autores, la economía mapuche tiene un doble carácter: por un lado, funciona internamente de acuerdo a leyes que le son propias, básicamente la subsistencia familiar y su reproducción. En "**Economía Mapuche**", cada una de las tres etapas históricas de la sociedad mapuche estaría dominada por un "modo de producción pre-comunal", un "modo de producción ganadero" y un "modo de producción comunal", respectivamente. Nos encontramos ante un error común de interpretación del marxismo: confundir el estudio del proceso de producción con el de los procesos de trabajo, creando tantos modos de producción como procesos de trabajo existen. Por esta razón no se puede hablar de modos de producción hortícola, ganadero, agrícola, etc. Se efectúa un traslado de las categorías marxistas a los "hechos" para reajustarlos a partir de un nuevo vocabulario teórico, falso y parcial.

Los capítulos restantes de "**Economía Mapuche**" están destinados propiamente a dar a conocer los resultados de la investigación socio-económica de las unidades domésticas mapuches cuya selección fue realizada en base a consideraciones sobre su actividad y representatividad con respecto a los diferentes estratos de la sociedad mapuche contemporánea. Cuatro son los estratos que Bengoa y Valenzuela distinguen: a) los comuneros mapuches, b) los campesinos mapuches no-comuneros, hijueleros y asalariados, c) los inmigrantes mapuches, y d) los mestizos. Los autores distinguen dos unidades económicas y sociales yuxtapuestas: la unidad doméstica y la comunidad indígena. En "**Economía Mapuche**", las unidades domésticas mapuches están compuestas de familias nucleares con una economía orientada, principalmente, hacia el consumo y la producción, y con una acentuada autarquía. Por sobre ella, la comunidad mapuche regula el individualismo económico y protege a sus miembros de las relaciones de mercado. "La economía mapuche no es un sistema de asignación fundado en decisiones tomadas colectivamente (centralizado) sino que opera y funciona a partir de decisiones individuales, del mismo modo que el mercado. Sin embargo, contrariamente a éste, no produce desigualdad

sino que —acercándose al modelo comunal— tiende a equilibrar los recursos de la comunidad y de cada uno de sus miembros, protegiendo especialmente a los de menores recursos". La economía mapuche —conforme establecen— no está orientada hacia la acumulación capitalista, sino más bien, a satisfacer sus necesidades mínimas de consumo. Para explicar esto, Bengoa y Valenzuela introducen la fórmula del economista ruso de la agricultura campesina, A.V. Chayanov. Bengoa y Valenzuela afirman, en forma implícita, que la capacidad de trabajo relativa de la unidad doméstica es menor a la de sus miembros. Esto porque dentro de la limitada división del trabajo y los recursos técnicos de las unidades domésticas sólo ciertos usuales medios de subsistencia pueden ser producidos y cualquier excedente de aquellos medios de subsistencia en un sistema de producción para el uso, sólo pueden ser distribuidos entre otras unidades domésticas.

Tengo dos críticas que hacer al libro, especialmente en lo que atañe a las definiciones operativas y a la orientación teórica empleadas en la investigación socio-económica. Primero, en respuesta de una presión ideológica de poner a la sociedad mapuche subordinada a una clase dominante que no tiene participación directa en la producción, Bengoa y Valenzuela caen en el error de analizar la economía mapuche desde el punto de vista de la economía clásica. La unidad doméstica mapuche es definida en tanto sus relaciones con el mercado capitalista en vez de hacerlo considerando su casi total integración de la vida de la familia y su explotación agrícola. En la unidad doméstica, la familia suministra el trabajo necesario mientras que las actividades agrícolas se orientan, principalmente, a la producción suficiente para satisfacer sus necesidades básicas y las imposiciones establecidas por los defensores del poder económico y político. Por esta razón es que debe imponerse el criterio metodológico de empezar estudiando las relaciones de producción y no las relaciones de intercambio natural o monetario.

En una adopción del método de Chayanov, Bengoa y Valenzuela hacen uso del formalismo. Chayanov opta por una concepción formalista del cálculo económico para explicar las operaciones del trabajo familiar campesino. Esta es precisamente la forma de cálculo que Bengoa y Valenzuela trasladan hacia la unidad doméstica mapuche: la suma de cantidades de productos habituales al margen del consumo habitual no es estimado por ser valor gastado de trabajo que es necesario producirlo. Esto es lo que ocurre cuando los autores emplean el método de los "estudios presupuestarios de las unidades domésticas campesinas" para analizar la economía mapuche. Los estudios presupuestarios está, compuestos por un análisis input/output sistemático (incluyendo, trabajo, consumo, ventas, gastos, acumulación, etc.) de cada unidad doméstica campesina de una muestra seleccionada y un censo de sus principales factores productivos, es decir, riqueza, equipos, etc.

Los dualismos básicos entre ingresos monetarios versus ingresos en especies o ingresos de tipo agrícola versus ingresos procedentes de actividades artesanales y comerciales (promysly) dejan bastantes dudas. Resulta muy difícil, sino imposible, llegar a una estimación completa de todos los artículos comprendidos en un presupuesto global. A veces estos estudios pasan por alto algunos artículos como, por ejemplo, el abono, de enorme valor en la agricultura tradicional campesina o la venta originada en la "economía femenina" (venta de productos avícolas y hortícolas realizados en las localidades vecinas por las mujeres en forma independiente e informal) pertenece al secreto de las interesadas. Las evidencias presentadas por los estudios presupuestarios podrían ser vistos dentro del armazón del determinismo económico y sus explicaciones tan simples tiemblan hasta los cimientos ante los resultados de los llamados "estudios dinámicos de las unidades domésticas campesinas". Sin embargo, Bengoa y Valenzuela arriban a la conclusión de que la sociedad mapuche de los últimos diez años es relativamente homogénea. El concepto de "homogéneo" hace referencia a la igualdad social y económica. Creo que es ingenuo plantear que la desigualdad social o la competencia comercial están ausentes en las economías no-capitalistas para aparentar no ser partidario de la teoría formal de la economía. Más bien desprendo de las conclusiones de Bengoa y Valenzuela que en la sociedad mapuche de los últimos diez años ha tenido lugar un cambio agregado descendente muy pronunciado acompañado de nivelación, esto es, un empeoramiento general de la posición socio-económica del conjunto del campesinado mapuche agregado a la disminución de la riqueza alrededor de la concentración en un nivel medio.

El libro "**Economía Mapuche**" es la afirmación y establecimiento de una aproximación substantivista en el estudio de las unidades domésticas campesinas mapuches al no poder dispensar una teoría general y no poder definir rigurosa y teóricamente la estructura de las economías de no-mercado por sus propios medios, concediendo una primacía teórica al formalismo: es el formalismo el que define el objeto del substantivismo. El empirismo no es una alternativa real, los conocimientos siempre requieren de conceptos y categorías reales generales.

*Eugenio Alcamán*